

GUARDIANA

NESA COSTAS



Copyright

EDICIONES KIWI, 2019
info@edicioneskiwi.com
www.edicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, mayo 2019

© 2019 Nesa Costas
© de la cubierta: Borja Puig
© de la fotografía de cubierta: shutterstock
© Ediciones Kiwi S.L.

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[ITINERARIO](#)

[TARIK](#)

[CLARA](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

Para ti, por seguir leyendo esta historia.

ITINERARIO

La carretera en la que quedé atrapado el autobús, el punto seguro, la estación de autobuses, un pequeño pueblo remoto, el hospital de campaña, la soledad más absoluta y la casa rural. Ese había sido mi recorrido o, al menos, el camino por el que me llevaron en una primera etapa de la que apenas soy consciente. Tras el derrumbe del granero, la persona que fui no tuvo más alternativas que desaparecer. Ahora, la fortaleza había impuesto nuevos cambios, y a saber qué me supondría vérmelas con el poblado. Cada paso que das te moldea, dando forma a quién eres. Como no dejas de moverte es difícil saber en qué puedes terminar convirtiéndote.

Al llegar a la fortaleza, nos habían quitado las armas. Era algo habitual, casi no esperaba recuperarlas, pero Eladio dio la orden de devolverme la bolsa de deporte. Pesaba bastante, pero me aguanté para no tener que pedirle al salvaje que la llevase. Creo que lo supo y, por eso, no se prestó a ayudarme.

Cuanto más avanzábamos por los pasillos más nerviosa me ponía. No esperaba ser bien recibida en el poblado, aspiraba a que los guerreros me tolerasen. Mi cabeza empezó a plagarse de dudas. ¿Dónde viviría? ¿Cómo viviría? Dudaba que me estuviera esperando una cabaña para mí y para la niña. No se fiarían de mí, comprensible, por lo que, como mínimo, seguiría compartiendo cuarto con el salvaje. No quería, pero tampoco podía hacer nada por evitarlo.

La expectación de la pequeña duplicó mi ansiedad. Las ganas de echar a correr en dirección opuesta resultaron insoportables, pero la bolsa me pesaba lo bastante como para desterrar cualquier carrera. De nuevo, crucé la puerta de dos hojas para reunirme con los guerreros, que me saludaron con la habitual inclinación de cabeza. Intenté no angustiarme antes de tiempo. Tenía suficientes cosas en la cabeza para mantenerme ocupada. Sostenía la menuda mano de la niña entre una de las mías y me coloqué junto a Gyasi para emprender el paseo hasta el poblado. Planteé lo que necesitaba: un mapa y alguna incursión por los alrededores. Él tardó poco en asegurarme que tendría el mapa y en prestarse a cargar la bolsa. No me negué, él tampoco se negó a lo de las incursiones, pero como cruzó una mirada con el salvaje supuse que dependía de él cualquier salida.

No pude evitar que mis pasos se volvieran más lentos cuando reconocí en la lejanía las cabañas. El escenario se mantenía fiel a mi recuerdo, con sus construcciones prefabricadas, idénticas, con ese aire rustico que confundía. Lo peor, había movimiento en las calles de tierra. Hombres y mujeres, en su mayoría jóvenes, varios niños, vestidos con ropas sencillas, algunos con uniformes negros, otros con togas. Solo esperaba que no me lanzasen piedras o algo. Cuando también ellos nos miraron no aguanté callada.

—Supongo que esto no va a haceros la menor gracia.

Gyasi pareció confundido y tuve que ser más clara.

—Que me venga aquí.

Siguió extrañado antes de reír por lo bajo.

—No nos gustáis, pero tú... bueno, tu caso es distinto.

—Ya —murmuré, comprendiendo que lo distinto de mi caso era la obligación del salvaje con respecto a mí.

No me sentí mucho mejor al ver que nos dirigíamos a la cabaña que había ocupado cuando me hirieron. Esperaba que la amable mujer que me había drogado o la guerrera desafiante, con la que di al despertarme, tuvieran su propia casa.

Me equivoqué, al menos con la mujer. Era su hogar, o iba a serlo mientras yo estuviera en el poblado, no lo tenía claro. Sí vi que cruzaba una extraña mirada con el salvaje que no pude interpretar. Se conocían, quizá fuesen parientes. Nos reunimos en el salón con chimenea y Gyasi tradujo las palabras de la mujer.

—Sed bienvenidos.

—Sí, seguro —murmuré, porque el modo en el que me miraba la mujer era pura advertencia, y aunque no había percibido el mismo desagrado que en mi primera visita, las personas de la calle no se alegraban de verme.

No sentí un rechazo expreso, quizá porque imperaba la sorpresa que generaba la niña. Respecto a ella, le echaba valor. Se aferraba a mi mano, le sudaban las palmas, pero mantenía el paso firme y la tranquilidad que le suponía ir a mi lado.

La mujer nos condujo a la habitación que también conocía. No había cama para la niña, quien poco tardó en susurrarme si podía dormir conmigo. Ni se me ocurrió negarme. Sabía que la otra cama correspondería al salvaje, pero este no entró con nosotros sino que se fue a otra cabaña. Que dejase distancia debería permitirme respirar mejor, pero no fue el caso.

Apoyé la bolsa que Gyasi me devolvió y la metí dentro del único armario, en la parte baja. Ignoré la ropa en los estantes, al guerrero y a la mujer que esperaban en la puerta, porque tenía algo muy importante que decirle a la niña. Me acuclillé frente a ella y apoyé mis manos en sus pequeños hombros.

—¿Me prometes que no te acercaras a ellas tú sola?

La niña asintió con suma entrega.

—Me dan miedo, sé lo que pueden hacer.

Y yo me alegraba por ello. En ocasiones no hay más alternativa que empuñar un arma, pero siempre implica un riesgo. Si se le suma falta de experiencia y conocimientos, lo último que se consigue es una defensa. Yo lo sabía mejor que nadie. Antes que mi mente regresara al pasillo en forma de ele dónde realicé mi primer disparo, la mujer dijo algo, también Gyasi, y la niña tradujo.

—Dice que ha preparado algo para comer.

Me levanté y encontré los ojos de la mujer. No me miraba a mí sino a la niña y su rostro se había suavizado muchísimo. Me alegré por ello. Como suponía, la pequeña no tendría problemas ni siquiera con la persona menos amistosa que había conocido. Gyasi atrajo mi atención.

—Te buscaré un mapa, aunque lo más probable sea que tenga que encargarlo.

—Gracias.

El hombre asintió con una sonrisa repleta de entusiasmo.

—En cuanto lo tenga, volveré.

Yo también quería que se diera prisa, pero por mantenerme ocupada. Mientras él se iba, la niña y yo seguimos a la mujer hasta la mesa. Ninguna se sentó a esperar que nos sirvieran, nos acercamos con intención de hacerlo nosotras mismas y la mujer no nos lo impidió. Comimos en tensión por la presencia de la extraña, pero como su expresión con la pequeña no era desagradable, la niña tardó poco en confiarse.

—Es tal y como me lo imaginaba. Me gusta.

Me mordí la lengua para no pedirle calma. No llevábamos allí ni dos horas. Sonreí y seguí comiendo. Me alegraba, pero alguien debía mantener los pies en el suelo. La mujer dijo algo y ella tradujo.

—Pregunta si vas a quedarte mucho.

Bonita forma de echarme. Me encogí de hombros.

—Un par de días. Gracias por dejarnos sitio en tu casa.

La mujer me miró con una clara nota molesta. La niña tradujo a media voz.

—Dice que esta no es su casa.

Lo que decía era que no me quería allí, hasta la niña se había dado cuenta. Por ella, de nuevo, me tragué las ganas de replicar. Jugué con la comida, porque tenía el estómago cerrado. Iba a ser una estancia muy muy larga.

TARIK

Se me hacía extraño no verla, pero era justo lo que necesitaba. Esperé en la puerta de la cabaña de mis padres tratando de sacármela de la cabeza. Mi padre me abrió y con un gesto me invitó a entrar. Ambos nos contemplamos unos instantes. Al fin, dio un paso hacia mí y me envolvió en un cálido abrazo.

Agradecí el gesto como nunca. Su aceptación era algo que llevaba buscando toda la vida. Cómo la había conseguido no dejaba de resultar irónico. Mis padres no se habían tomado bien que formase parte de los guerreros que protegían la fortaleza, ahora que era guardián de uno de ellos, me mostraba su aprecio.

—Mucho ha debido impresionarte la chica para esto.

Mi padre dejó salir una de sus risas roncadas.

—Lo hizo, es... diferente. No solo a ellos, diferente en todo.

Asentí porque sabía bien a qué se refería. Debería consolarme no ser el único que encontraba algo fascinante en ella.

—¿Por qué está aquí? —quiso saber mi padre.

—No estoy seguro. Creo que porque allí no la quieren.

—Son lo bastante estúpidos para que así sea, pero ella no me parece alguien que se preocupe porque la quieran o no.

—Tal vez sea por la niña, no le gusta lo que hacen con ella.

Mi padre asintió, pero vi en sus ojos que se guardaba algo. Nos sentamos a la mesa de la cocina frente a un vaso de cerveza casera. No pude desprenderme del todo de la sensación de echarla en falta, por mucho que supiera que allí nada ni nadie le harían daño, sobre todo mientras estuviera con mi madre.

—¿Cuál es su plan?

—Le pidió a Gyasi un mapa, supongo que querrá buscar el asentamiento y comprobar a qué nos enfrentamos.

Mi padre volvió a reírse y sacudió la cabeza.

—Buen plan. ¿Vas a dejar que lo haga?

—Claro que no. Es peligroso. Yo sí iré, pero ella no va a dejar esto.

—Ajá —murmuró mi padre, antes de dar un largo trago para ocultar su diversión.

No me gustó su tono ni el brillo de sus ojos.

—La ataré si hace falta.

—Va a hacerte falta, hijo —aseguró mi padre, sin rastro de duda.

Asentí, porque era cierto. Ella quería salir, no dejaría que la encerrasen, pero era lo bastante arriesgado como para que yo se lo impidiera. Sus ideas eran buenas, iba a tener que conformarse con ello, porque no la dejaría que interviniera en la práctica. Sin previo aviso, a mi mente acudió un momento de la noche pasada. La chica sobre mí, su lengua recorría mi pecho. Me revolví intranquilo. El deseo me agujoneó perverso. La ofensa consiguió que lo repeliese. Su actitud me había molestado, se mantenía a distancia, mientras fingía que no había pasado nada entre nosotros. Que fuese por el sentimiento de culpa o por vergüenza me traía sin cuidado. Yo

no pensaba olvidarlo, y ella seguro que tampoco iba a hacerlo.

CLARA

A la hora de comer, el salvaje estaba de vuelta. Percibió la tensión, pero mantuvo la boca cerrada. Él y la mujer cruzaban miradas, no palabras, seguro que para que la niña no me desvelara a qué venía tanto recelo. Me debatía entre ayudar a recoger la mesa o amotinarme, cuando la mujer dejó su sitio y nos hizo un gesto a mí y a Nekhbet. Por lo que la niña tradujo, nos invitaba a conocer el poblado. Quise negarme, pero no me dejaron. Tarik se encargaría de recoger la cocina mientras nosotras salíamos fuera. Por la niña, una vez más, me tragué toda queja. Quería saber si estaría bien allí, y esa era una forma bastante directa. A ver cómo llevaban los sufridos habitantes nuestra presencia.

Me quedaría con la intriga porque las calles estaban desiertas. Reposaban la comida, echaban la siesta, o a saber qué los mantenía a cubierto. A pesar de la soledad, mi inquietud se mantenía. De verdad que seguía esperando que me cayese la primera piedra. La mujer empezó a explicar su historia, con pausas para que la niña tradujera. Mantuve mi cara de póker ante aquella concesión. Esa mujer me odiaba, pero ahí estaba parlotando. Incómoda, tensa, pero me contaba sus inicios. No repliqué, porque había bajado la guardia de pura sorpresa. A Tarik no le había gustado nada que me interesase por ellos, sin embargo, ella hablaba sin necesidad de que yo preguntase. Muy a mi pesar, la curiosidad me atrapó y me vi escuchando con atención.

Según la mujer, cuando dejaron sus hogares, ningún estado o gobierno los quería cerca. Sin embargo, para que no se montase revuelo, y se descubriese que los salvajes estaban allí porque les habían quitado sus casas, se vieron obligados a acogerlos. Exterminarlos había sido una opción, pero de descubrirse eso sí saldría en los titulares, y el inestimable poder de la opinión pública haría trascender algo que debía seguir siendo un secreto. De esta forma, los reunieron en aquel terreno apartado y plagado de relieves, les montaron las cabañas y el mundo aceptó su aparición sin encontrar nada relevante, por lo que poco tardaron en volver a ignorarlos. Esto le daba sentido a los aseos vistos y también a la mezcla de lo convencional y lo artesanal. Que no hubiese camas ni casi muebles ni sofás o sillas en serie correspondía a otro motivo: formaban parte de las barricadas y armas necesarias para sobrevivir durante esos años o de los paneles que atravesaban los carriles, y el bosque.

Tras unos minutos de paseo, me vi en el centro del poblado, en la especie de plaza que formaban las cabañas, donde estaba la colina. En mi anterior visita, no me había quedado con más detalles que los justos, ahora percibía una especie de acceso elaborado en la colina. La elevación del terreno no era solo un accidente natural, lo comprobé al atravesar el umbral. Contenía nada más y nada menos que un modesto santuario.

No era una iglesia ni una mezquita ni nada que a mí me sonase para poder compararlo. Era un espacio amplio con extraños dibujos en las paredes, cojines en el suelo donde debería haber bancos y una tarima que bien podría simbolizar el altar. El lugar en sí no sugería nada, pero destilaba una fuerza que no me pasó desapercibida. La fe de los salvajes cargaba el ambiente del santuario, se mezclaba con los inciensos, relucía bajo las llamas de las velas, colocadas en elaborados candelabros respaldados por un par de antorchas. La voz de la mujer adquirió un tono reverencial y le presté atención. Yo no la entendía, pero esperaba que Nekhbet se hiciera cargo

de las traducciones como hasta ahora. La niña no me defraudó.

—Aquí toma las decisiones el consejo y se cuenta nuestra historia —dijo la mujer, abriendo los brazos para señalar su entorno con orgullo—. Si vais a vivir con nosotros, debéis conocernos.

Me crucé de brazos a la defensiva. Nekhbet, por el contrario, parecía hechizada. Sus ojos recorrían cada dibujo de la pared, y su boca formaba una «o» de asombro cuando no tenía que traducir. A mí me gustaba lo que veía, aunque careciera por completo de significado. Sin embargo, la mujer no tenía por qué saberlo.

—Somos un pueblo libre, pero la libertad de uno termina donde empieza la de otro —sentenció con satisfacción.

Era una frase manida, la había escuchado mil veces. Mi expresión debía transmitir mis pensamientos, por lo que me gané una mirada furibunda. La mujer no iba a darse por vencida, yo decidí hacer algo útil y empezar a prestar atención para comprender el idioma sin intermediarios. Su mano de aspecto curtido, uñas cortas y sin pintar, se centró en un conjunto de imágenes que había a mi derecha. En ella, aparecían siluetas que reflejaban tareas cotidianas. Hombres y mujeres representaban diversas actividades. Intuí labradores, guerreros, cazadores. Otros no supe cómo definirlos.

—Cuando cumplimos diez años debemos escoger nuestro camino. Es el primer paso al mundo adulto. Es el momento de señalar a qué queremos dedicarnos para contribuir al mundo.

Tanta solemnidad me ponía nerviosa. Quería reírme para deshacerme de la incomodidad, pero me vi intimidada por la mujer y por mi entorno. No expresaría mis puntualizaciones en voz alta, pero en mi cabeza podía desquitarme. Me dije a mí misma que con diez años es imposible saber en qué se quiere trabajar. Así había sido. Yo era una adolescente cuando dejé mi casa, y ni siquiera me había planteado las optativas del año siguiente. Supuse que ahí estaba la diferencia cultural. Los salvajes no parecían tener tantas opciones como nosotros o su vida era más simple y lo de destacar en un campo u en otro no se lo tomaban tan a pecho.

—¿No estudian? Qué afortunados —repliqué, incapaz de contenerme.

Previsora, la mujer señaló un conjunto de dibujos. Se parecía mucho a un grupo de niños, sentados en mesas, mientras un adulto en pie se expresaba. Tenía toda la pinta de ser una clase de algo. Debería haberme estado callada.

—Se pueden hacer muchas cosas en un día —apuntilló la mujer—. Se puede aprender a leer, a escribir, a sumar y, a su vez, contribuir en las tareas del poblado.

—Por supuesto —murmuré, preguntándome si sería buena idea pronunciar algo sobre la explotación infantil. Por la expresión soñadora de Nekhbet y el tono reverencial con el que traducía no contaba con su apoyo. Como la mujer tendría una respuesta a la altura de mi puya, seguí escuchando.

—El tiempo puede cambiarte tu tarea también. Lo importante siempre es el compromiso que uno adquiere.

Cuando la mujer solo hablaba para Nekhbet, su voz parecía un arrullo. Me recordó a mi madre y se me formó un nudo en la garganta. Me centré en otros dibujos, a la caza de algo que me desviase por completo de mis pérdidas.

—Vaya —dije con malicia al encontrar justo lo que necesitaba—. ¿Sería tan amable de explicarme esto?

Señalé con falsa inocencia la pared de la izquierda. En ella, se componía un mural de lo más

peculiar. Había un hombre y una mujer de la mano con un par de niños a su alrededor. El concepto clásico de familia. Lo llamativo era que a su lado había dos hombres de la mano, también dos mujeres. Otro hombre con dos mujeres y más niños. O mucho fallaba mi comprensión o los salvajes eran fans del amor libre.

—¿Llegasteis en los 60? —pregunté, con una radiante sonrisa.

Comprendiera o no mi comentario, la mujer supo que me burlaba de ella. Su frente se arrugó en señal de rechazo. Yo sonreí todavía más. Eso le pasaba por querer sacarme de paseo y darme lecciones sin venir a cuento. Yo estaba allí de paso. Su cultura me importaba un bledo.

—El amor no entiende de juicios —sentenció, centrándose en la pared dibujada para no verme poner los ojos en blanco por la frasecita—. Valoras a las personas, no el recipiente. Hombres, mujeres, distintas edades... Se puede querer a dos personas con la misma intensidad, de diferente forma y de la misma.

Mis ojos estudiaron con repulsa el dibujo del hombre con dos mujeres, sin mejorar mi expresión el que hubiera una mujer con dos hombres justo al lado.

—Lo siento pero no me van los tríos.

La mujer soltó una expresión en su lengua que hizo que Nekhbet diera un respingo. Seguro que eso la niña no lo traduciría, y se lo agradecí guiñándole un ojo. Mi gesto pareció aliviar a la pequeña. La mujer seguía cabreada conmigo.

—Todos forman una familia. Matrimonio —siseó, señalando el dibujo de un hombre y una mujer. Su mano se movió hacia un dibujo que había pasado por alto al estar un poco más apartado del resto—. Pareja.

Un escalofrío me hizo revolverme. Las dos siluetas asexuadas que señalaba la mano parecían iluminadas por una luz mágica, y la forma de abrazarse me sobrecogió. Quien hubiese dibujado aquello había plasmado con exactitud los sentimientos.

—Todo gira en torno al compromiso. Uno es libre hasta que elige a la persona con la que desea pasar su vida. Entonces, tiene el deber de respetarla, y a la inversa.

Ahora se me había revuelto el estómago, porque casi podía jurar que se refería a Tarik y a la aguadora y a mi aparición en sus vidas. Los momentos vividos con él por la noche quisieron hacerme temblar y sentir culpable, pero me mantuve firme.

—¿Sabe? Su concepto no es tan diferente del mío —apuntillé, con aire insolente. Yo también tenía de todo eso en mi mundo, no lo habían inventado los salvajes.

Los ojos de la mujer centellearon, como si esa fuera la contestación que esperaba.

—El concepto es el mismo —aceptó, con tanto orgullo que le salía por las orejas—. La diferencia es que nosotros lo cumplimos, nuestros vínculos son irrompibles. ¿Puedes decir tú lo mismo?

Sabía de sobra a qué se refería. Infidelidades y faltas de respeto plagaban mi mundo, pero yo también tenía una respuesta acorde para ella. A mi pesar, tuve que contenerme por Nekhbet. No iba a pasarme delante de ella ni la obligaría a traducir algo desagradable. Algo de vocabulario había ganado, y me pareció un buen momento para ponerlo en práctica. No diría lo que quería de forma contundente, pero se le acercaría bastante.

—Para nada —reconocí, con un engañoso tono cordial que la hizo ponerse en guardia, sorprendiéndola también al hablar en su lengua—. He tenido pegado a un hombre que estaba prometido... capaz de abandonar hasta a su familia por una desconocida. ¿No es terrible?

La mujer apretó los puños con rabia, parecía a punto de convertirse en un dragón y echar fuego por la boca. Nekhbet, acobardada, evitaba hasta respirar. Al hablar, la mujer parecía estar masticando cristales.

—El compromiso de un guardián...

Harta me tenía con sus lecciones morales y su arrogancia. Chasqué la lengua y la interrumpí.

—Anoche parecía muy comprometido, eso es cierto —dije, caldeando un poco más el ambiente, porque se intuía el mensaje sin necesidad de entrar en detalles.

El rostro maduro se tornó tan rojo que me preocupó que le diera algo. No sabía qué relación unía a la mujer y a Tarik, pero estaba claro que él le importaba lo bastante como para defenderlo a muerte. Y lo único que me libraba a mí de pagar la ofensa era la presencia de Nekhbet. Los ojos de la mujer localizaron a la niña y la vi contenerse. También por la pequeña yo decidí morderme del todo la lengua. Mis ojos y los de la mujer se encontraron, en ambos se leía rechazo. Sin embargo, la niña tenía mucho más peso que nuestro orgullo. Ahí se terminaba el enfrentamiento.



Tras la tensión del santuario, dimos un pequeño paseo por el poblado. Regresamos pronto, porque no me gustaba el modo en el que miraban a la niña. Intriga, congoja, como si fuese terrible su suerte. Ella estaba bien, su sonrisa lo confirmaba, y por lo único que temblaba era porque todos la estaban mirando. Del salvaje no había ni rastro, tampoco de Gyasi. Solo la mujer, ahora entretenida en algún tipo de dibujo que ni me molesté en mirar.

Caía la noche cuando perdí la paciencia. Con la niña a mi lado, me planté en la cocina.

—¿Tarik?

La mujer levantó la mirada con lentitud, como si mi impertinencia le fuese indiferente. Dijo algo, la niña tradujo.

—Salieron a reconocer el terreno.

La niña dio un respingo ante el modo en el que me sentaron sus palabras. Hubiera preferido que estuviera con su prometida o con sus amigos o con su familia. Pero no, hacía justo lo que yo debería estar haciendo. Me volví hacia la pequeña e intenté suavizar mi expresión.

—Escucha, Niki, quédate aquí, ¿vale? Voy a salir.

Sentí los ojos de la mujer y no me gustó nada el modo tranquilo en el que dejó las pinturas y se levantó. La miré con cautela, sobre todo al ver que se dirigía a la puerta, para coger una vara muy similar a la que yo me había llevado en mi primera visita. Obviamente no iba a dejarme ir a ninguna parte. O eso creía. Acompañé a la niña a la habitación y, de paso, cogí una automática.

—Clara... ¿qué vas a hacer? —preguntó Nekhbet en un susurro.

—Salir a reconocer el terreno —respondí, con los dientes apretados—. Descansa, este lugar está repleto de vigilantes, no me pasará nada.

La niña accedió, pero porque sabía que no tenía alternativas. Yo salí del cuarto con mi arma bien visible. La mujer estaba justo en la puerta con la vara. No necesitábamos traducción. Para mi sorpresa, habló en mi idioma.

—No conoces nuestras tierras. No irás sola.

Amartillé el arma con rabia. La mujer hablaba con suficiente ligereza como para demostrar que sabía de sobra hablar mi lengua. No lo había hecho hasta el momento, pero porque no le había dado la gana.

—Para conocerlas tengo que salir. No iría sola si no me hubieran dejado atrás.

La mujer sonrió con regocijo.

—No sabes las ganas que tengo de golpearte, dame un motivo.

Yo también le sonreí.

—Sí que lo sé. No me caes mejor, así que dame un motivo para pegarte un tiro.

No le gustó mi respuesta, su cuerpo adoptó una postura de ataque. Seguro que era buena con ese palo. Hasta a mí me parecería rastrero, y poco prudente, dispararle, por lo que enganché el arma en la cintura del pantalón y me preparé para evitar golpes y, a poder ser, devolverlos.

La primera estocada era puro tanteo y me moví con falsa torpeza, como si me costase esquivarlo. La mujer no parecía dispuesta a confiarse, por lo que tuve que dejar que me cayese un golpe en el muslo que me calentó toda la pierna. Ahí venía el tan esperado comentario mordaz para resaltar lo fácil que ella lo tenía. No la dejé pronunciar más que un par de palabras. Arremetí contra ella, con el factor sorpresa conmigo, y logré no solo arrebatarse el palo sino tirarla al suelo y amenazar el cuello con un extremo. Su expresión de sorpresa compitió con el brillo rabioso de sus ojos. Verse tendida de espaldas en el suelo conmigo erguida junto a ella le dolió más que la caída. Ella no era una guerrera, suerte para mí o ahora tendría también una guardiana, pero ser derrotada le sentaba igual de mal que a los vigilantes de la fortaleza.

—No me espere despierta —repliqué mezquina, antes de soltar el palo con un ruido sordo y cruzar la puerta.

Las calles se veían desiertas lo que me relajó un poco. Seguro que más de uno ansiaba detenerme. Tocaba moverse con sigilo y en las sombras. La mujer tenía parte de razón. No conocía esas tierras, pero no era la primera vez que debía moverme a ciegas y la noche es el mejor momento para ello. No se ve bien, pero tampoco te ven bien.

Mi mayor preocupación eran las trampas y los vigías. No quería caer en ninguna ni que ninguno de ellos cayera sobre mí. No sabía cuáles eran sus prioridades, pero quizá primase detenerme antes que hacer su trabajo de vigilancia.

El silencio de la noche, interrumpido por el baile del viento y movimientos animales, me puso nerviosa. Quizá no fuese buena idea moverme sola, pero ya estaba hecho. Avancé con mucho cuidado y casi conteniendo el aire. No pensaba hacer el menor ruido, por los infectados y por los que no lo estaban.

Veinte minutos después, reconocí entre los árboles lo que parecía una urbanización moderna. Una valla rodeaba un perímetro extenso, demasiado despejado hasta las primeras casas. Los descuidados jardines y el par de infectados que rondaban no me hicieron creer que el lugar no estaba ocupado, por lo que extremé la cautela. Iba a entrar, pero debía buscar un ángulo muerto o una zona algo más cubierta. Podría encontrarme con el salvaje, pero también con los salvajes que pretendían asaltar la fortaleza o con supervivientes ajenos al asunto o con corredores. Todo era posible. Lo primero, desenfundar mi cuchillo. La pistola era el último recurso a menos que, por algún tipo de milagro, me encontrase con un silenciador que le sirviera.

Mi desconfianza aumentó considerablemente al descubrir que la zona más adecuada para

entrar era justo la puerta principal. El enorme portón estaba abierto, un camino con sauces a ambos lados aseguraba discreción, pero algo no terminaba de gustarme. Descarté la idea y seguí rodeando el vallado. Tenía la impresión de que estaría menos expuesta en la zona más despejada.

Escudriñé suelo y ramas. El salvaje y los suyos deberían estar por allí, pero no encontré una sola pisada. O eran muy buenos o yo los sobreestimaba. Confirmé mis sospechas acerca de lo buenos que eran al acercarme al punto trasero en el vallado. Gyasi y otro de los guerreros me miraban como si fuese una aparición. Alcé las cejas divertida y me acerqué con cautela.

—Sorpresa.

Gyasi sacudió la cabeza como si pretendiese despejarse.

—¿Qué haces aquí? —preguntó a media voz.

Su colega parecía igual de desconcertado, mientras buscaba algo a mi alrededor.

—No vais a dejarme fuera.

La incomprensión de Gyasi ascendió, antes de entender lo que sugería. Me miró con inquietud.

—Tarik no está aquí.

Con eso sí que no contaba. Me costaba creerlo, ¿dónde se había metido si no? ¿Por qué me había dicho la mujer que había salido? Quizá para perderme de vista o para que me matasen en el proceso. En cualquier caso, ahora no sabía bien qué hacer. El otro salvaje soltó una parrafada en el mismo tono medio. Lo único que comprendí fue el nombre de la chica impresionante. El salvaje estaba con su prometida, lógico. No tan lógico fue que me molestase, pero no había pasado un día desde que había estado conmigo. Lo mismo le podía la urgencia por quitarse de encima mi recuerdo y sustituirlo por quien sí debía. Les di la espalda dispuesta a entrar en la urbanización. Gyasi tardó poco en plantarse delante de mí.

—Ya tenemos uno dentro, tú... puede ser peligroso.

Lo miré con toda mi ofensa.

—¿Cuántas veces tengo que demostrarte que no os necesito? No voy a volverme. ¿Qué hay ahí dentro?

Porque mi empecinamiento era obvio y empezaba a conocerme, suspiró con resignación. Sus ojos fueron a una de las casas.

—Niños, de los tuyos. Hanif ha ido a ver cómo están. Llevamos tiempo espiándolos, pero creo que ha pasado algo. Esta... tarda mucho.

Niños de los míos. Mis ojos también se fijaron en la casa. Los niños podían ser más peligrosos que los adultos cuando carecían de más referencia que esa forma de vida.

—Será mejor que entremos.

—Por favor, espera aquí —rogó Gyasi y no me dejó protestar—. Sé que podrías hacerlo sola, pero si te pasa algo yo no me lo perdonaría, y Tarik tampoco.

Abrí las manos con un gesto dramático.

—Tarik no está y yo no voy a contárselo. Sabes que no pienso esperarte. Si quieres te digo que lo haré. ¿Vas a creerme?

Resopló molesto. Sí que empezaba a conocerme. Me lanzó una mirada de advertencia y observó mis armas.

—No te separes de mí.

Sonreí con suficiencia.

—Tú tampoco.

Fingió molestarse, pero le había hecho gracia. Al final, iba a caerme bien. El segundo en discordia se quedaría de vigía, Gyasi y yo nos preparamos para asaltar la urbanización.

TARIK

Tras ponerme los pantalones, volví a sentarme en la cama para calzarme. Tenía a mi espalda a la mujer más hermosa de todo el mundo y no había dejado de pensar en mi protegida en ningún momento. Tiye lo había notado, lo sabía, pero no haría el menor comentario ni me lo tendría en cuenta. Ella sí me deseaba a mí sobre cualquier cosa. Estaba dispuesta a conformarse con tenerme a medias. Y yo no podía sentirme más miserable.

Jamás me había pasado nada semejante, carecía de sentido cuando la relación con mi protegida era de todo menos grata. No quería sentir lo que sentía ni tenerla en mi cabeza. Había pensado que Tiye anularía cualquier recuerdo, pero no había surtido efecto. No cuando era a Clara a quien quería tener en mi cama, no a mi prometida.

Sentí que Tiye se incorporaba, sus manos recorrieron mi espalda desnuda.

—Está bien, Tarik, todo está bien —susurró, con su voz melódica. Nada de siseos ni palabras extrañas.

—No lo está —dije a mi pesar. Ojalá pudiese darle la razón, complacerla, pero yo no servía para mantener engaños.

Ella dejó de tocarme al momento. Me daba espacio. Volvió a tenderse sobre la cama, a la espera de que yo hiciese lo mismo.

Por el contrario, lo que hice fue levantarme. Me volví y mis ojos recorrieron su deslumbrante cuerpo cuyas únicas marcas eran pinturas de gena. Ni un arañazo ni moratones. Piel y formas perfectas. Sin vendajes ni remiendos.

—Lo siento, Tiye —dije, pues no veía otra alternativa.

Ella sonrió conciliadora.

—Se te pasará, Tarik. Entonces, todo volverá a ser como antes.

La dejé creer que así era, sin mencionar que antes de ella no hubo demasiado. Me atraía, la quería como compañera, pero solo porque en comparación con las demás era la adecuada. Lo mismo le sucedía a Tiye; sencillamente para ella yo reunía las condiciones que buscaba. Ahora mi rasero había cambiado. Salí de la cabaña insultándome e insultando a mi protegida por hacerme cambiar tanto.

Intenté que la calma de las calles en la noche apaciguase mis ánimos, pero no logré otra cosa que una inquietud extraña. Obtuve explicación nada más poner un pie en la cabaña que custodiaba mi madre. Me esperaba en la cocina, sentada a la mesa, frente a un vaso de licor. La vara estaba junto a ella, su expresión era tensa.

—Retiro lo dicho, tú padre tenía razón, pero no obtendrá mis respetos si juega sucio.

No pude evitar sonreír.

—Si jugase limpio, cualquiera podría vencerla. ¿Están acostadas?

Me costaba creer que durmiera, aunque esperaba que la presencia de la niña aplacase un poco esos sueños que la despertaban varias veces. Mi madre cuadró la mandíbula.

—La niña, sí, pero no duerme. Ella...

Ella no estaba allí, y su mirada de vergüenza consiguió envenenarme la sangre.

—¿Qué has hecho?



No me quedé a escuchar toda la historia, ni me importaron sus motivos. Salí de la cabaña y puse rumbo hacia el lugar en el que seguro habría terminado Clara. Mientras, rogué porque Gyasi la hubiera interceptado. Ellos dejaban estar a los niños, hacer su vida, como si no tuviesen un poblado repleto de gente a poca distancia. A mí, sin embargo, no me gustaban. En la distancia había visto a uno, apenas seis años, y su mirada me dijo que estaba completamente loco por mucho que fuese tan joven.

Detuve mis pasos en mitad del bosque cuando vi acercarse a mi hermano. Gyasi y Kosei llevaban a Hanif, al que le pasaba algo en la pierna, sangraba. Mi hermano me miró y pareció palidecer más de lo que ya estaba.

—Serénate, hermano, ha sido un encuentro...

—¿Dónde está? —pregunté con un gruñido.

Gyasi hizo un gesto con la cabeza señalando algo tras ellos. Al acercarme, me pareció verla. Los seguía, pero parecía afectada por algo. Le di alcance, ignoré a los míos y la tomé por los hombros. Pareció sobresaltarse de tan inmersa que estaba en sus pensamientos. Nuestras miradas se encontraron y mi estómago dio una sacudida. Ella tardó dos segundos en retomar su aire insolente. Se revolvió y a punto estuvo de apartarme de un empujón.

—Quítame las manos de encima.

Toda una declaración. No, ella estaba muy lejos de ser como Tiye, y me apostaba lo que fuera a que sabía dónde había estado todo ese tiempo. La solté, pero no pensaba dejar así las cosas.

—¿Cómo se te ocurre irte? ¿No puedes mantenerte a salvo ni un solo día?

Me miró todavía más rabiosa y pasó por mi lado sin la menor intención de replicarme. También adelantó a los tres guerreros, y apuró el paso para perderse en la cabaña que le correspondía.

Gyasi atrajo mi atención a regañadientes.

—Si ella se hubiera mantenido a salvo, nuestro hermano estaría muerto. Ha sido...

No quería emprenderla a preguntas en plena procesión. Relevé a mi hermano porque parecía del todo agotado o superado por algo. Los otros dos no tenían mejor color ni temple. Algo de lo que habían visto los había afectado tanto como a la chica.

Dejamos al herido en la cabaña de mi padre. Yo necesitaba saber qué había pasado y Gyasi me acompañó fuera. Nos sentamos bajo las estrellas, cerca del santuario, como tantas otras veces. Empezó a hablar sin necesidad de que yo lo instase a hacerlo.

Imaginarme el encuentro fue suficiente para agradecer no haberlos acompañado. Nuestro herido no lo era por una lucha ni por defender a los indefensos. Se le habían echado encima porque pretendían comérselo. Mi gente no mataba niños, ella tuvo que encargarse de dar el primer paso, sin el que en estos momentos los guerreros estarían muertos o atrapados para servir de subsidio.

Poco podría decir de consuelo, y me importaba más cómo se sintiese Clara. Gyasi me dedicó unas últimas palabras.

—No vacila, sabe qué debe hacerse, no le gusta, es... la necesitamos, Tarik.

Lo sabía, también que yo la necesitaba más que cualquiera de ellos.

La encontré dónde esperaba. Ni siquiera había entrado en la cabaña, para no enfrentarse a mi madre ni, sobre todo, a la niña. Estaba sentada en el escalón principal. Si me vio llegar no dio señas. Sí reaccionó cuando me senté a su lado. Le faltó tiempo para levantarse y poner rumbo a la casa. Mi mano rodeó su tobillo con suavidad. Aunque cada palabra arañó mi garganta, hablé su idioma.

—Habla conmigo.

La escuché suspirar en señal de cansancio.

—No quiero hablar contigo.

De nuevo, mi boca esbozó una sonrisa. No quería, pero iba a hacerlo. La solté y ella volvió a sentarse a mi lado. Me contuve para no tocarla ni mirarla, porque sabía que eso la haría irse definitivamente. La charla no iba a ser sencilla, me tocaba dar el brazo a torcer e intercalar palabras en su lengua y en la mía para que pudiéramos llegar a un entendimiento. Iba a ser una conversación lenta, si es que se dignaba a hablarme, claro. Lo intenté con algo sencillo, y en mi idioma, porque sabía que a esas alturas ella también lo comprendía un poco. Igual que yo en su momento, Clara haría lo posible por agudizar su oído. Ahora ella iba a vivir entre nosotros, debía entendernos. En el fondo, quizá no fuésemos tan distintos.

—¿Cómo estás?

—Preocupada —reconoció, con un lamento y aire inquieto—. En parte por Niki, también por la loca que me atacó con un palo.

Tuve que hacer un esfuerzo descomunal por no reírme. Buen comienzo, no iba a abrirse a mí, pero me daba pie a conversar.

—Es mi madre —dije y, aunque evitaba mirarla, supe que ella sí me miraba perpleja—. No lo parece, pero le caes bien.

—Seguro.

Su descrédito me pareció de lo más cómico, pero no era una mentira. A mi madre le gustaba Clara o al menos no la rechazaba como al resto de ellos. No hubiera atendido sus heridas de lo contrario. El problema de mi madre con Clara era que me conocía y sabía que sentía por ella algo más que lo propio de un guardián. Estaba preocupada, como cualquier madre. Y esto era algo de lo que ni de broma hablaría con Clara.

De no ser por la pesadilla que habían vivido, y quizá porque sabía de donde venía yo, la charla podría haber sido mucho más amena. Clara aguantaba el tipo, pero por dentro estaría destrozada. No era una asesina, salvo cuando no quedaba más remedio que serlo.

—¿Qué ibas a ser tú? —preguntó, por algún tipo de asociación de ideas que a mí se me escapó por completo. Con un gesto de la mano, fue más concreta—. Tu madre me contó vuestra historia... o algo así.

Evité mirarla, por si se revelaba en mi rostro la sorpresa. No tenía ni idea de que a mi madre le hubiera dado por ahí, carecía de sentido. Al momento, apreté los párpados, convencido de que el encuentro entre ellas había sido un desastre. Como para confirmarlo, el tono de Clara no sonó del todo burlón, pero tampoco le habían impresionado nuestras raíces.

—Tengo un problema con esto del tiempo... pero supongo que a la edad esa en la que decidís vuestro... eh... futuro, todavía no vivíais aquí... ¿No?

Jugué un poco a las cábalas e imaginé a qué se refería. No me apetecía hablar de mí. Ella

debería desahogarse de alguna forma, pero no iba a hacerlo conmigo.

—Iba a ser agricultor —dije, riéndome ante el modo en el que alzó las cejas—. Ya, supongo que ahora no tengo pinta de agricultor.

—Ni de lejos —aseguró con una sonrisa divertida, espontánea y honesta, que logró agitarme.

Miré la tierra de la calle, nuestro alrededor y el cielo, y seguí hablando.

—Tenía diez años recién cumplidos cuando tuvimos que venirnos. Yo... estaba en una edad difícil. Unos creían que era bastante adulto para luchar, otros que solo era un crío.

—Eras un crío —atajé, sin rastro de dudas, pero no se recreó en ese detalle—. ¿Cómo fue? Me refiero... ¿Os asaltaron de pronto y os pidieron que os fueseis?

La incomodidad ante un tema tan personal tensó cada músculo de mi cuerpo. De forma automática, iba a decir que no era asunto suyo, pero, en lugar de eso, me vi retrocediendo en el tiempo para responder a su pregunta.

—Mi abuelo lideraba el consejo —murmuré y mi mente evocó al hombre robusto, más grande que mi padre o yo, cuya fuerza no alcanzaría nunca—. Las visitas de tu gente no eran habituales, pero alguna vez se acercaron a ver quiénes éramos o qué hacíamos. Con cámaras y micros, como si no fuésemos a darnos cuenta de su espionaje. Nos consideraban la tribu más violenta del mundo. Ellos querían unos salvajes. Se lo dimos para que perdieran interés y se fuesen a otra parte. Funcionó... un tiempo.

—Qué fuerte. —La escuché decir, y sonreí satisfecho. Se le escapó una risa de pura incredulidad—. ¿Os dedicabais a vacilar a los de *National Geographic*?

Asentí. No era del todo cierto, en realidad, sí tratábamos con algún que otro reportero o voluntario, o no habríamos sobrevivido tanto a nuestro aire.

—Siempre habéis estado ahí, no hay novedad para nosotros. Cada año algunos de los nuestros tenían la misión de recorrer el mundo. Nos dais igual, pero siempre hay que preocuparse por el vecino.

—Qué sabios —dijo, entre risas.

Le lancé una mirada que pretendía ponerla en su sitio, pero la sonrisa no se fue. Como la encontré preciosa, volví a mirar hacia otra parte. Lo que no había logrado Tiye en nuestro encuentro entre las sábanas, lo conseguía Clara con una simple mirada. Ella era la única que tenía cabida en mi mente, pero lo último que pensaba era comentárselo.

—Mi padre es médico, como ya sabes, y mi madre impartía clases.

—Ah, ahora todo tiene sentido —murmuró para sí misma, entre risas.

Dudé de que fuese consciente del modo en el que se había relajado. Su cuerpo se inclinaba hacia el mío, nuestros brazos se rozaban. La noté cómoda, me gustaba, y eso me animó a continuar mi relato. Ella había preguntado, pero yo también quería que supiera, por si eso lograba que me entendiera.

—Como te dije teníamos algún que otro conocido. Ellos nos avisaron de que querían nuestras islas. El consejo decidió poner a salvo a los más jóvenes, a los heridos, enfermos y ancianos. El resto pelearía. Mi padre debía irse por su profesión, mi madre por su labor y porque estaba embarazada. Yo... ahí mi familia se dividió. Mis padres me llevaron con ellos, aunque mi abuelo se opuso. Para él, Gyasi o yo ya éramos adultos.

El nudo en la garganta detuvo mi voz. Revivir ese momento era desagradable. Estaba

difuminado por el tiempo, pero persistían las emociones que me asaltaron entonces.

—Déjame adivinar —soltó Clara, con ese tono de voz despreocupado, para no caer en el dramatismo ni la sensiblería—. Te negaste. Seguro que hasta de crío eras un terco.

Funcionaba, porque mi boca se curvó en una sonrisa. Quería que mantuviese esa imagen heroica de mí, pero no iba a engañarla.

—No. Estaba muerto de miedo. No dije una sola palabra, pero me sentí... Me puse a salvo porque quise.

La mano de Clara acarició mi espalda. Justo lo último que esperaba. No me moví, porque cualquier reacción podría romper tamaño acercamiento.

—Al final, eres humano y todo —comentó, rompiendo el momento por completo. Me vi riendo, la caricia se terminó y no me quedó otra que resignarme—. Aunque te cueste creerlo, con esto que me has dicho, me caes un poquito mejor, que lo sepas.

No me costaba creerlo. Con ella no me costaba nada. Me pareció increíble llevar tanto tiempo juntos y hablando. Clara me sonrió y yo le devolví el gesto. Su voz sonó algo más seria.

—Tal y como reaccionaste en la fortaleza, no tienes ni idea de cómo les fue, ¿verdad?

—No —reconocí con un suspiro—. Supongo que mal. A nosotros, a los que vinimos, de algún modo nos consideraron partidarios de la toma de las islas y, por eso, nos dejaron vivir aquí. Los que se quedaron a luchar, los que dieron la cara por nosotros... No se lo pondrían fácil, pelearon hasta el final. Es el único consuelo que nos queda.

—Si te anima, no creo que los nuevos ocupantes sigan vivos. Me apuesto lo que quieras a que la infección llegó y los barrió a todos. Están aislados y también atrapados.

Lo que me animó fue su empeño por consolarme. Acaricié su mano apenas, como si se tratase de un roce casual. Como esperaba, ella volvió a ponerse en guardia al segundo.

—Tú también estás aislada.

No desvié la mirada ni reflejé lo mucho que me afectaba el brillo dolido en sus ojos. Se sentía atrapada, como si yo la hubiese hecho confiarse para atacarla después. Clara llevaba tanto tiempo viviendo a la defensiva que enfrentaba mejor las peleas que las charlas relajadas.

—Siento lo que ha pasado esta noche —añadí—. No es fácil lo que has hecho.

Sacudí la cabeza, enfadada conmigo o consigo misma. Se frotó el rostro, por un segundo vi el destello de las lágrimas, pero las detuvo a su voluntad.

—Nada es fácil. Nunca. Eso tampoco es nuevo.

Que continuase sentada a mi lado ya me parecía un logro inmenso. Empecé a inquietarme. El deje rabioso que impregnaba su voz y el modo frío de mirarme indicaban que una charla conmigo era lo último que necesitaba... pero no se iba. ¿Sería por no tener adónde? Podía ayudarla con eso.

—La niña te necesita. No duerme.

Dudó. Un pesado suspiro escapó de sus labios. Desconocía qué pasaba por su mente, pero algo la hizo sonar sincera. Podía ser desagradable conmigo, pero a la pequeña no le daría la espalda.

—Yo no soy su madre ni voy a quedarme con ella eternamente. Lo mejor que podría pasarle es morirse. Lo que le pasó a esos niños... lo he visto antes. Viven esta vida, no conocen otra cosa, no saben.

—Por eso te necesita, para que la enseñes.

Me encontré con su rostro y me armé de paciencia al ver su expresión de absoluto desprecio.

—No te entiendo.

—Yo a ti tampoco —repliqué, del todo sincero—. ¿Adónde irás? Viéndote, con todo lo que has debido de vivir, deberías estar feliz por esto.

Negó con la cabeza y señaló el poblado y en dirección a la fortaleza.

—Esto no durará. Si no lo destruye la infección lo hará la codicia. Es importante moverse.

—Moviéndote dejas cosas en el camino.

—Las pierdes de un modo u otro, créeme.

Decidí resolver una duda que no sabía bien cómo tomarme.

—¿A quién buscas?

Por su silencio, supuse que no respondería y que se había acabado la charla. No quería. Llegados a este punto yo necesitaba saber quién era Guillermo. Las ganas de esquivar a Nekhbet debían ser grandes, porque al fin hablé.

—A mi hermano. No quería buscarlo, pero ahora que sé que podría estar cerca no puedo evitarlo.

El alivio fue inquietante cuando comprendí la palabra hermano. Sin embargo, a lo otro que había dicho no le encontraba lógica.

—Creo que no te he entendido.

Repitió lo que había dicho, pero seguía sin comprenderla.

—¿Por qué no querías buscarlo? Lo quieres, lo extrañas.

Asintió y sus ojos se quedaron fijos en un punto indeterminado.

—Mi hermano está muerto, todas las personas que conocí antes de esto han muerto. Yo he muerto. Nadie es como era hace años. Cambias, y nunca para mejor.

Porque hablaba más para sí misma que para mí, su siseo se había pronunciado pero empezaba a comprenderlo.

—El hombre de la fortaleza, Arturo, te quiere. Tú lo rechazas, pero también sientes aprecio. ¿Qué te hicieron? ¿De verdad te abandonaron?

Asintió muy despacio y me pareció que su mirada se volvía brillante. Su perfil me distrajo. La luz de las estrellas bañaba su rostro dándole un aire especial. Las ganas de tocarla, de besarla, me obligaron a apartar la vista.

—No me abandonaron, al menos no ellos. Me dieron por muerta. Y fue lo mejor... no quiero hablar de eso.

Yo sí, pero no insistí. La charla empezaba a generarme una extraña ternura hacia ella. A veces, dejaba ver esa vulnerabilidad que tan bien escondía.

—¿Qué harás si tu hermano llega? ¿No te quedarías aquí con él?

Negó con la cabeza y se estremeció de frío.

—No me gusta la fortaleza. Al margen de lo que pase con ella, no creo que sea buena idea acomodarse. Los infectados no van a irse. Me sorprende que no se atrincheren alrededor de la muralla con lo que hay dentro.

—Lo han hecho alguna vez —resolví, ganándome una mirada curiosa—, pero nunca dejamos que se acumulen demasiados.

Pareció estudiarme antes de hablar. Al fin, su tono me dijo que derribaba barreras. Se

acercaba, no de un modo físico. Creí desvelar el misterio: se sentía sola, había pasado un momento delicado. Yo era lo único que tenía en ese momento. Mi corazón se agitó con fuerza. Podía aprovecharme, podía jugar con su vulnerabilidad, pero eso implicaría ir contra mi forma de ser. Deseaba volver a sentirla entre mis brazos, no haría nada hasta que ella lo anhelase con la misma intensidad que yo. Era importante, para ambos. Si quería que surgiera algo, no podía pasar nada.

—Yo sí que no te entiendo a ti. ¿Por qué los defendéis?

—Porque los necesitamos igual que ellos nos necesitan —dije, esquivando sus ojos. Ni siquiera parecía consciente de que hasta su forma de mirarme era distinta. Cálida, intensa—. Da igual, yo ahora solo te defiendo a ti.

—Oh, eso todavía lo entiendo menos —dijo categórica, volviendo a ser la Clara de siempre—. Eres un imbécil.

Debería ofenderme, pero esta vez nada contuvo mi risa y ella se sumó sincera. Pocas veces la había escuchado reír; tenía una risa preciosa.

—No me creo que fueses feliz guardando la muralla o con tu gente. No me entra en la cabeza que lo dejases todo por un estúpido ataque.

Dolió un poco en el orgullo, pero me repetí que lo diferentes que éramos implicaba el malentendido.

—Nadie me había tumbado antes, no fue estúpido. Yo no sería guardián de una estúpida. Me engañaste, pensé que no suponías ningún peligro.

Hizo un gesto como restándole importancia a mí cumplido.

—Tú no me engañaste a mí, sabía que eras su líder. Siempre hay que reducir al líder.

Tuve la impresión de que había traducido mal, pero no lo parecía.

—Yo no era su líder. Gyasi ha sido siempre el líder.

Obstinada, negó con la cabeza.

—No te hablo de quién da las órdenes, sino de a quién respetan y siguen. Quizá también a Gyasi, pero tú tenías más peso entre ellos.

Podría estar en lo cierto, me lo había ganado, pero era la primera vez que me planteaba algo así. El liderazgo de Gyasi venía sobre todo por la comprensión de su idioma, pero la parte táctica siempre se me había dado mejor a mí, y me respetaban.

—¿Cómo puedes saber eso?

Ni siquiera le daba importancia por el modo en el que se encogió de hombros. La chica no parecía ser consciente de su propio valor. No me entraba en la cabeza.

—Por tu actitud, por el modo en el que los demás te miraban, por lo cerca que estabas del que hablaba y por la tensión de este. Si hubiera que pensar en algo, lo habría consultado contigo. La posición del cuerpo lo reflejaba.

Rememoré ese primer encuentro. Estaba desquiciada, solo atenta al hombre que había entrado por la puerta. Y todo eso había pasado por su cabeza a pesar de verse empujada por las emociones.

—¿Quién te enseñó?

La vi cerrar los ojos con tristeza. Me fue imposible desvelar qué sentía hacia esa persona, hacia su guía.

—Cuando me separé de mi hermano... uno de los hombres que nos atacaron, el único que

sobrevivió, decidió no matarme. Luego... las clases fueron día a día. Te vas encontrando gente y de todas aprendes algo.

—¿Dónde está esa persona ahora?

—Muerta —respondió, sin ninguna inflexión en su tono.

—¿Cuánta gente has perdido en el camino?

Su mirada se había vuelto distante, vacía. Me estremecí y no de frío.

—Poca. Lo mejor que puedes hacer es evitar que otros te importen. Mira todo lo que tienes. ¿Cómo te sentirías si lo perdieras?

Mantuve sus ojos sin la menor vacilación.

—Ya los he perdido.

Como esperaba, se enfadó. No pensaba cargar con más culpa de la que podía soportar. Dejó su sitio y esta vez no iba a impedirselo, porque seguir hablando del pasado nos conducía a la noche juntos. Antes de cerrar la puerta de la casa, me insultó. Yo sonreí, porque habíamos avanzado mucho en muy poco tiempo.

CLARA

Saber que aquella mujer hosca era su madre trajo sentimientos encontrados. Por una parte, entendía su rechazo hacía mí, por otra, no le encontraba sentido a tenerla delante en desayuno comida y cena, pero vivía allí tanto o más que yo.

Yo estaba harta del poblado. Tarik entraba y salía, prefería no saber por qué o con quién se reunía. Nekhbet se veía entusiasmada con todo y se había hecho una con la guerrera, que resultó ser la hermana de Tarik. Yo, estudiaba los planos, sin salir, salvo al atardecer y a primera hora, porque no quería encontrarme con demasiados de ellos por si su rechazo era manifiesto. No me escondía, solo esperaba a que no hubiera nadie.

La mujer había vuelto a enfadarse conmigo a primera hora, cuando me preguntó si sabía limpiar pescado y le dije que no. Mentía, claro, no sobreviviría fuera si no dominas la pesca, la caza y la recolección, pero no pensaba encargarme de tareas domésticas. Hacía mi cama, solo la mía, y limpiaba mis cosas o lo que yo ensuciaba. No sé cómo de mal les parecía ni me importaba.

Mi sitio era el salón. Frente a la chimenea estaban extendidos los planos. Los estudiaba, deseosa de ir de incursión, pero siempre se me había dado de pena la cartografía, y bajo ningún concepto solicitaría guía. Sé que, de haber intentado salir, Tarik me hubiera seguido, también Gyasi, pero no pensaba ser descuidada ni un estorbo. Le encontraría sentido a los dibujos y luego saldría. Sentí la presencia de la mujer a mi espalda. Si nos llevásemos mínimamente bien, le preguntaría qué demonios significaban aquellos símbolos a modo de marcas. La escuché resoplar.

—No valoras a mi hijo.

Me sorprendió la declaración, pero no di muestra.

—Claro que no —dije sin rastro de dudas.

Como no, se cabreó.

—¿Por qué? ¿Por qué no puedes verlo?

Era una pregunta de lo más genérica, pero entendí a qué se refería. La enfrenté sin lindezas. Me pareció más desconcertada que molesta. De verdad, no me entendía.

—No puedo valorar a una persona que deja su vida, a su familia, a su gente por una completa desconocida.

Le resultó chocante mi franqueza. Sus ojos tenían unas ligeras arrugas alrededor que se marcaron un poco más.

—El honor...

—El honor —repetí con escepticismo. No nos entenderíamos jamás, pero traté de que viera mi punto de vista.

—¿Qué hay de honorable en dedicarse por completo a alguien? Si yo me fuera ahora, no dudaría en dejar atrás hasta a su madre —expuse, señalándola—. Yo mataría por poder tener a la mía a mi lado. Es un imbécil, y vosotros sois más imbéciles por aceptarlo.

La mujer sacudió la cabeza. Yo no entendía ese empeño repentino por intentar congraciarse conmigo o encontrar un término medio. Igual Tarik le había tirado de las orejas por ser brusca y eso me molestó el doble.

—Si se quedase, si te dejase ir sola, lo repudiaríamos.

Se me escapó una risa. A veces me parecía humana, a veces. Intenté empatizar con ella, por eso de quitármela de encima o hacer la convivencia más apacible, pero de verdad que no podía. Asumía que yo para ella era la terrible villana que había destrozado la vida de su hijo al aparecer y quedármelo. Ahí hasta me parecería sensato guardarme rencor. Con lo de repudiarlo, perdía para mí cualquier punto favorable.

—Si mi madre se plantease siquiera repudiarme, también la querría lejos.

La mujer se enderezó ofendida. De verdad que batía récords con ella. Sonreí satisfecha y la miré con desprecio.

—Bien pensado, igual sí tiene sentido que lo deje todo por la primera persona que se cruza en su camino.

—Yo nunca quise que fuera guardián —dijo entre dientes.

Me limité a encogerme de hombros y devolví la atención a los dibujos.

—Yo tampoco querría que mi hijo lo fuera.

—¿Vas a quedarte? Tarik me dijo que esperas a tu hermano, ¿y si él se queda?

Dudé. No había contemplado esa posibilidad. Descarté la idea al momento.

—Si ha sobrevivido hasta ahora, dudo mucho que vaya a quedarse.

La mujer resopló con exasperación.

—Ni siquiera tú consideras bien a tu gente. ¿Adónde irás? ¿Qué más tienes que buscar? ¿Por qué sobrevives?

La respuesta no salió, porque no la había. En el tono de la mujer me pareció intuir tanta pena que los ojos se me llenaron de lágrimas. Me sentí fatal, culpable, por ser una borde. A su manera, me cuidaba, me había tratado las heridas, me daba cobijo, y yo no dejaba de ofenderla. Mi madre no estaría muy orgullosa de mí en ese momento. Su voz sonó con aspereza:

—Al menos él tiene un motivo. Tú, en cambio, no tienes nada.



No quería, pero no pude evitar pensar en las últimas palabras de la madre de Tarik. Porque estaba segura de que ella sabía que no me había dejado impasible, abandoné la casa. No estaba tan frustrada como para dar un paseo por el concurrido poblado, por lo que me escabullí hacia el bosque para sacar de mi cabeza la maldita pregunta de por qué sobrevivía. Me posicioné en que aquel paseo era solo para practicar mi interpretación del mapa. Si no era un auténtico desastre, a pocos metros encontraría un claro, poco más allá un lago y después una especie de montaña.

El llanto me llegó antes de encontrar cualquiera de las tres referencias. El timbre infantil me impidió desentenderme, porque temí por Nekhbet. No tenía ni idea de adónde la llevaba la loca de la hermana de Tarik. Tampoco dónde estaba él, aunque suponía que retozando con su prometida. Me dolió, por lo que me cabré el doble. No estaba dispuesta a reconocer que lo echaba de menos. Seguí el sonido y localicé a un niño pequeño encogido, con la espalda contra un tronco. Vestía un pantalón común oscuro y una camisa algo más clara. Le eché diez años máximo, aunque era difícil concretarlo cuando tenía la cabeza oculta entre las rodillas.

Me acerqué muy incómoda. El crío seguro que no me entendía y, aunque lo hiciera, a saber a qué venía el drama. Recordé los niños que tuve que matar y casi doy media vuelta, por el

contrario, me senté al lado del chico y decidí aprovechar para practicar el lenguaje de ellos.

—Hola —dije, sin muchas esperanzas. Creí haber hecho lo correcto con Nekhbet, pero a esta le faltó tiempo para sustituirme por la guerrera. Y a la niña también la echaba de menos. Igual era hora de romper a llorar como el crío.

Por el respingo, ya sabía que no estaba solo. Levantó la cabeza y al encontrarme con sus ojos, a mí se me encogió el estómago. Eran idénticos a los de Tarik. Si también había abandonado a su hijo, iría directa a matarlo.

—Clara —murmuró y casi me da algo al escuchar mi nombre.

Los ojos del niño reflejaron algo que parecía ilusión, antes de empañarse. Como sin duda volvía a llorar, de nuevo ocultó su rostro, ahora entre los brazos.

—Vaya. Me conoces... y a ti tampoco te caigo bien. ¿Quién eres?

La voz del niño sonó lejana, triste, muy triste.

—Akil —soltó en un lamento.

Me sonó, ni idea de por qué.

—Mmmm... ¿Nos conocemos?

Me pareció que negaba con la cabeza.

—Soy el hermano de Tarik.

—Ah —dije, sin idea de qué hacer, convencida de que debería largarme.

No me llevaba bien con los padres de Tarik ni con su hermana ni con él mismo. No tenía futuro con el pequeño. Sin embargo, seguí a su lado.

—Sé que voy a arrepentirme... pero... ¿Por qué lloras?

Para mi sorpresa, respondió.

—Yo... no soy como mi hermano.

El chico parecía del todo abatido, aunque también se había quitado un peso de encima. Se enderezó y apoyó la nuca contra la madera.

—No soy tan fuerte.

—Normal, es el triple de grande que tú.

Pareció sorprendido. Igual esperaba una mentira piadosa. Pero sonrió.

—Siempre será más grande que yo. También más fuerte y mejor

Torcí el gesto. Busqué las palabras en su lengua para continuar la charla. No debía estar haciéndolo tan mal, porque el chico me entendía y yo a él.

—Por si no lo sabes, tu hermano no termina de caerme bien, así que no estoy de acuerdo. Que sea más fuerte o más grande no lo hace mejor. De hecho, a mí me pareces mil veces mejor tú.

No mentía, vi en su cara que necesitaba una explicación. No tenía el pelo tal largo como Tarik, apenas llegaba a sus orejas, más liso, pero brillaba del mismo modo.

—Has sido agradable. Él no ha sido agradable —dije categórica.

El chico rompió a reír. Me fijé mejor en él. Me di cuenta de que era un poco mayor de lo que supuse.

—¿Cuántos años tienes?

El chico volvió a entristecerse.

—Veinte.

Bien, era un enclenque. No, en cuestiones físicas no sería mejor que Tarik, pero no

necesitaba que yo se lo dijera.

—¿Por qué estás aquí? ¿También te escondes?

El chico sonrió agradecido cuando en mi tono no se filtró la menor censura. Dudó antes de ponerse en pie.

—Ven.

No me moví. Lo vi confundirse.

—Verás, tu familia no me traga... No sé si fiarme de ti.

Alzó las manos con inocencia.

—¿Qué iba a hacerte a ti?

Enarqué una ceja.

—¿Matarme?

Pareció perplejo. También halagado.

—Yo no podría contigo y no traicionaría a Tarik.

Ahí estaba ese heroísmo. Chasquéé la lengua con fastidio.

—Si tú también vas a sermonearme sobre el honor, no quiero conocerte.

No me había entendido. Con un suspiro resignado, me levanté.

—¿Y bien? ¿Adónde?



Mis conocimientos sobre cartografía salvaje no eran tan nulos. Había un claro, aunque más lejos de lo que yo había calculado. También descubrí dónde pasaba el tiempo mi salvaje. Allí, jóvenes y niños, entrenaban.

—Vaya —dije sin más, antes de reparar en el par de espectadores acomodados en unas piedras. La diosa de bronce estaba allí, envuelta en un vestido tipo toga superfemenino, que dejaba mis vaqueros y mi camiseta a la altura de la indignancia.

El chico fue directo a esa zona.

—No creo que sea buena idea...

Si yo fuera la prometida de Tarik, le arrancaría los ojos a la mujer que lo tenía de guardián. Pero, como no, la chica era una dama. Me miró, esquivó con rapidez mis ojos, no lo bastante rápido como para no percibir su dolor.

Me sentí tan incómoda ante las miradas que no tuve valor de largarme. Todos me miraban, Tarik incluido, pero ni idea de qué les pasaba por la cabeza ni cómo le sentaba a él que estuviese con su hermano y a dos cuerpos de su prometida. Aparté la vista, cabreada, convencida de que le daría igual. Si el crío estaba seguro de que no sería jamás mejor que Tarik, yo pensaba lo mismo acerca de la diosa. Costaba no mirarla con devoción.

—Quiero irme —mascullé, mientras me sentaba junto al chico en un conjunto de piedras a modo de gradas.

Ahí lo tenía, otro enemigo, porque me hacía pasar un momento pésimo.

Tarik y los demás que entrenaban volvieron a sus cosas. Había hombres, mujeres y niños peleando. Me pregunté dónde estaría la hermanísima con Nekhbet, dudaba que vigilando como Gyasi. Deberían instruir a la niña.

La voz de Akil me sacó de mis derroteros.

—Es el mejor

Contemplé a Tarik a desgana. En ese momento, parecía enseñar a dos chicos alguna llave. Sus movimientos eran firmes, seguros. Su cuerpo reflejaba tensión y efectividad. Recordé la noche pasada juntos y me maldije por desearlo y por hacerlo delante de su prometida, dudaba que ella no lo supiera y que no deseara mi muerte. No me iba a hacer sentir culpable.

—Sí, pelea bien, ¿y?

El muchacho me miró confundido, quizá porque no estuviera anonadada. Ya lo había visto pelear, era todo un espectáculo, pero ni lo reconocería abiertamente ni era para tanto.

—Soy la prueba de que no es tan bueno.

El chico pareció debatirse. Al fin, su ceño se frunció.

—Le pregunté cómo y me dijo que porque se confió.

Me pedía explicaciones, detalles. Como miembro del clan de los enclenques, Akil no debía ser muy popular entre los suyos. Hasta los niños salvajes dejaban ver una constitución robusta. Ponía la mano en el fuego a que el chico se enfrentaba a un dilema moral. Quería ser como ellos, luchar igual de bien, pero no lo haría jamás siguiendo sus entrenamientos, porque todos lo superarían en fuerza. Podía darle un par de nociones básicas a Akil para débiles que no quieren terminar en el suelo. Tarik y su familia iban a cabrearse conmigo. Más.

—Nunca serás tan fuerte, pero eso no es malo —empecé a decir—. Puedes sacarle provecho. Jamás irán directos a por ti, tendrás tiempo. Si os atacasen a ti y a él, tú tendrías una oportunidad de salvarlo.

—No sé pelear —reconoció Akil afligido.

Me molestó su actitud, seguro que lo machacaban. Me fijé en los entrenamientos. Golpes contundentes que requerían fuerza y las armas parecían pesadas. Algunos practicaban con trozos de metal y madera que simulaban espadas. El cuerpo a cuerpo era, como no, honorable. Señalé a una pareja próxima.

—Si la de pelo más largo le diera una patada a la otra mientras pelean con las espadas, ganaría.

Akil me miró con confusión y rechazo.

—Ya, es trampa —suspiré con resignación.

—Juegas sucio, eso dice mi madre.

Parecía decepcionado. Sonreí con pesar. Una lástima, pensé que podría llevarme bien con él. Hora de buscar el lago y la montaña.

—Sí, juego sucio —reconocí, poniéndome en pie—. ¿Cómo si no iba a ganar?

Sentí cada par de ojos al alejarme. Por si el salvaje recordaba su labor conmigo, puse rumbo al poblado. Cuatro árboles y, cuando la vegetación impidió que me vieran desde el claro, volví a la ruta establecida en mi cabeza. El silencio se extendía y traté de calmar mi desasosiego. Sin embargo, no lograba quitarme de la cabeza el entrenamiento, la forma de moverse de Tarik. Sí, también a mí me afectaba, aunque supongo que no como a su hermano, sino como a su prometida. Lo deseaba, una parte de mí parecía necesitarlo. Me había despertado alguna que otra vez impulsada por las fantasías y no podía ocultar ante mí misma las ganas de dejar la cama que compartía con Nekhbet para colarme en la de Tarik.

—Mierda —susurré, consciente de que el hombre que más me atraía del mundo era un

imposible en mayúsculas. Y su madre se equivocaba. Sí lo valoraba, demasiado.

—¿Estás enfadada conmigo?

La voz del chico me sobresaltó. Me volví y ahí estaba, tan sigiloso como Tarik. Era como si la maleza del bosque absorbiera sus sonidos y no se atreviera a quejarse ante sus pasos. Me reí de mí misma.

—No, para nada. Aunque debería, porque casi me matas del susto. Enhorabuena, ni te oí.

El alivio del chico me hizo reír.

—¿Adónde vas?

Dudé, pero al fin alcé las manos dándome por vencida.

—¡Soy una inútil con los mapas! Pretendo comprobar cuánto. Se supone que por aquí hay un lago y una montaña. ¿Los hay?

El chico soltó una carcajada y asintió.

—Bueno, no soy tan inútil.

Señaló otra dirección en la que más árboles y matorrales frondosos, repletos de colores, impedían ver qué había a unos metros.

—Por allí.

Suspiré con fastidio.

—Bien, mini Tarik. ¿Quieres ser mi guía?

—¿Mini Tarik? —preguntó mientras nos poníamos en camino.

—Te pareces un montón a él, pero en versión reducida. De entrada, pensé que eras su hijo.

—¿En serio? —preguntó Akil, de nuevo halagado.

—Vuestros ojos, idénticos. Y los rasgos.

Sonrió de oreja a oreja.

—Dicen que es el mejor de todos.

Hice memoria, cómoda con el paisaje y con la compañía.

—No los he visto a todos, pero de los que sí...

El crujir de las ramas detuvo nuestros pasos y la charla. El chico desenfundo dos cuchillos antes de que yo pensara siquiera en ello. Me hizo un gesto para que me retirase. Negué categórica. Fuera un infectado o un millón, no iba a dejarlo solo.

Vi sorpresa, sobre todo cuando yo también desfundé mi cuchillo y avancé hacia el ruido. Me quedé clavada en el suelo al escuchar más sonidos que agitaron el bosque. Intuí entre las hojas y ramas extremidades humanas de ropa hecha girones, cuyo avanzar era bastante ágil. Corredores. Mínimo dos. El pánico se me echó encima.

Vi a Akil dispuesto a pelear. Menudo idiota. A un gesto le dije que nos diéramos media vuelta. Negó, obstinado. No huiría, dio un paso adelante. Volví a gesticular. Muerto no demostraría nada. Éramos inmunes, se pondrían frenéticos al vernos. Lo sujeté del brazo para detenerlo. Volvió a negar. Sí, se parecía horrores a Tarik. Igual de terco. Me dijo por señas que me marchase yo. Claro, como si eso fuera posible, cuando el chaval estaba allí por mi culpa. Aferré el cuchillo con fuerza y recé porque solo fueran dos. Barajé opciones. No había muchas. Íbamos a morir. Bien, yo, seguro. El chico, no. Sin darle tiempo a reaccionar, eché a correr, directa al primer corredor. Ni todo el pánico que me suponían las criaturas frenó mis intenciones. El infectado reaccionó al segundo, se trataba de un hombre maduro, prácticamente desnudo porque la ropa no soporta las inclemencias tan bien como la genética infectada. Y a ese no lo

había visto en un primer momento. En su pecho, se abría una profunda herida de desgarro, en el muslo la marca de unos dientes. Ahí le habían mordido e infectado; a saber cómo se había hecho la otra herida, o cuándo. Hundí mi daga en su cráneo y la retiré para ir a por el segundo, que ya venía a por mí. Pero la suerte no estaba de mi parte. Había dos corredores más. No, el chico tampoco iba a sobrevivir.

El corredor se lanzó, derribándome. Esquivé un mordisco en el cuello, por los pelos, y lo apuñalé. Rodé para ir a por los otros. La escena me descolocó. El chico estaba a la espalda de uno, hundía su daga en su cabeza, la otra la tenía clavada el cuarto y último corredor. Iba a felicitarlo cuando lo vi revolverse para esquivar a uno de los lentos. Ni siquiera me había puesto en pie y él ya tenía tres cadáveres.

—Vaya —dije, alucinada.

Su expresión era dura, no había bajado la guardia. Revisó su alrededor, agudizó el oído y, al fin, me sonrió con timidez.

TARIK

Una vez más, Clara me sorprendía. Lo último que esperaba era verla aparecer con mi hermano. O a Akil aparecer con ella. Ambos me sorprendían constantemente. Minutos antes él había dejado el claro, dolido por no estar a la altura, pero junto a Clara no quedaba rastro de afición. Empecé a enfadarme, a saber qué le había dicho ella. En cualquier caso, lo vi caer rendido a sus pies, aunque ya lo estaba un poco tras mi relato. Me sentí incómodo, porque también era probable que ella lograra aniquilar el orgullo de Akil hacia mí... o sustituirme.

Lo que sí agradecí fue que se fuera. Sentir sus ojos y los de Tiye no había sido agradable. No quería hacerle daño a ninguna. También, en un momento, creí ver el deseo de Clara. Su mueca despreocupada, repentina, logró calentarme a mí la sangre. No reconocería jamás que le gustaba lo que veía. Por otra parte, me pregunté cuándo había aprendido mi hermano su idioma.

Muy a mi pesar, verlos juntos me gustó. Akil era bueno, no tenía que estar a mi sombra, pero parecía empeñado en ello. Reconocí, a regañadientes, que mi hermano podría aprender mucho de ella.

En cuanto se fueron, di por finalizada mi intervención en el entrenamiento. Necesitaba saber qué los había unido, qué pintaban juntos.

—Tarik —me llamó Tiye, con su tono suave.

Me sentí acorralado. Recordaba cómo sonaba mi nombre en otra boca. Clara solo lo pronunció una vez, cuando yo estaba herido y la llevé en brazos a la cama, pero mi cabeza lo repetía constantemente. No, no una vez, me corregí. Muchas, la noche que estuvimos juntos, y ese tono aún me gustaba más.

Me volví despacio, sin saber qué esperar o a qué atenerme. Había sido muy claro con Tiye en nuestra última conversación, tras uno de los entrenamientos. Ella debía seguir su vida, yo ya no era su prometido, y tenía mi aceptación si decidía escoger a Gyasi. Su respuesta no fue directa. Asintió, agradecía mi proposición, pero quería seguir esperando por mí. Creía que yo cambiaría de idea cuanto más tiempo pasase en el poblado. El motivo de la ruptura, mi protegida, también estaba aquí, pero Tiye se aferraba a que las rutinas, nuestro mundo, pusiesen orden en mi cerebro.

—Puedes venir cuando quieras —me dijo, complaciente.

Suspiré y negué con la cabeza.

—Lo siento, Tiye —pronuncié sincero, porque, ahora, sí estaba seguro de que jamás volvería con ella.

Lejos de enfadarse, asintió y me dejó ir. Tiye no acataba, simplemente esperaba que cambiase de idea porque yo sí era lo que ella buscaba. Pertenecíamos al mismo mundo, nos unían muchas cosas, pero los sentimientos no pueden regirse por algo práctico. Respetaría mi decisión, pero no se daría por vencida a la ligera. Pensaba, mientras seguía el rastro, qué hacer con mis sentimientos, pues lo más adecuado y fácil para mí era elegir a Tiye. Sin embargo, lo que Clara me generaba echaba por tierra cualquier intento de raciocinio. Atento al rastro, me hizo gracia ver que, en realidad, ella no había vuelto al pueblo. Bien pensado, seguro que nunca tuvo intención de hacerlo. Dejé de sonreír al dar con los cadáveres.

Ante los infectados caídos el odio me recorrió de pies a cabeza. Primero porque fueran tantos, segundo porque Clara y Akil deberían haber vuelto y dar la alarma. Enfrentarse de aquella forma era un suicidio, y eso solo podía habersele ocurrido a Clara. Sentí una punzada de miedo ante la idea de que estuvieran heridos o muertos. Me quedé con la rabia para no reconocer que estaba asustado, por ambos.

CLARA

Para cuando llegamos al lago yo seguía alucinada. El chico era toda una joya, en mi vida había visto algo semejante. Mis halagos lo hicieron crecer un par de centímetros, pero seguía sin darse crédito.

—Poco importa ser bueno contra ellos.

—¿Me tomas el pelo? ¡Ellos son el peligro!

No había forma. Akil parecía no entender lo sumamente útil que era, seguía más pendiente de estúpidos duelos con vivos. Capté el movimiento entre los árboles, pero apenas tuve tiempo a reaccionar. No creí necesario hacerlo pues la visita era Tarik.

Cayó sobre su hermano, lo abrazó y le dio un sentido beso en la frente que a mí me enterneció como nunca. Quería a ese chico con toda su alma. Quizá por eso, su expresión cambió al dar conmigo.

Despacio, con esa forma de moverse amenazante, esquivó al crío, se me plantó delante y pegó su rostro crispado al mío. Destilaba odio y daba miedo. Nunca antes había estado tan cerca de romper su compromiso. Ahora sí que no lo entendía, porque yo no había hecho nada para que reaccionase de esa forma.

—¿Cómo te atreves a ponerlo en peligro?

El miedo cerró mi garganta. No podía hablar más en serio ni resultar más fiero. Se contenía, pero le estaba costando horrores. Su mano se cerró sobre mi cuello.

—Si vuelvo a verte con él, te mataré —siseó con rabia.

Me soltó de forma brusca, dolido, decepcionado. Eso, justo eso, fallarle, fue lo que más daño me hizo de todo. Por eso, surgió el orgullo.

—Tu hermano no necesita que lo protejas —dije en su lengua.

Se aplacó su cabreo, porque mis palabras lo dejaron perplejo. Mejor aprovechar antes de que volviera a enfadarse.

—Oh, ya lo veo. Con los infectados, Akil te da mil vueltas. Me ha salvado la vida. ¿Esto cómo va? Encantada me quedo con él y no contigo.

No era eso lo que quería decir, pero sí lo único que logré expresar en su lengua. Se lo tomó mal, porque la rabia volvió con fuerza.

—¡Lo has puesto en peligro! —me echó en cara con los puños apretados, cada músculo en relieve.

—¿Crees que lo sabía? —protesté, dolida—. ¿Qué me hizo gracia encontrarlos? ¡Se supone que este lugar es seguro!

Volvió a mirarme con confusión. No tenía ni idea de qué demonios le pasaba por la cabeza. Igual me estaba expresando mal y lo que decía carecía de sentido. Mejor volver a mi lengua, y a algo que sin duda entendería.

—Imbécil —dije, dispuesta a regresar a la cabaña y dejar que los hermanos se entendieran, porque conmigo era imposible.

Su mano se cerró sobre mi brazo y supe que me lo arrancaría antes que dejar que me fuera.

Akil intervino, porque ni Tarik parecía amistoso ni yo tampoco.

—Suéltame —siseé en mi idioma.

Akil trató de intervenir. Lejos de ceder su agarre, Tarik apretó con más fuerza. Porque la presión era notable, eché mano a mi daga. Al tiempo que yo desenfundaba, Akil soltó un grito.

Tarik no relajó su gesto, pero sí me soltó. Mi alivio duró un segundo, hasta que él desenfundó su cuchillo. Lo entendí, Akil también, porque rompió a llorar.

—Tarik, por favor, no lo hagas.

—No te metas —le dijo a su hermano.

Me armé de valor, porque era lo único que tenía. Como una idiota lo había desafiado al desenfundar, buscaba pelea, por lo que él tenía, al fin, la llave de su liberación. Sin saberlo, le concedía el duelo. Uno en el que no volvería a confiarse y en el que yo terminaría muerta.

Me dolió más que nada. Sabía que no quería estar a mi lado de ninguna forma, pero esperaba que me valorase un poco para no hacerme daño. No, si su honor era más importante que su familia, yo no era nada.

Me preparé para la pelea. No pensaba morir sin más, aunque solo fuese por Guillermo. Lo lamentaba, o quizá no. Mi hermano podía estar vivo, pero la incertidumbre de hasta cuando no se iría con el reencuentro. La madre de Tarik tenía razón: yo no tenía nada, salvo mi orgullo. Por eso, atacé primero. Llevaba suficiente tiempo con él para saber cuáles eran sus puntos débiles, pero él también llevaba suficiente tiempo conmigo para saber lo que haría. Quizá por jugar un poco conmigo, por desquitarse de todo ese tiempo a mi merced, no me mató al momento, aunque podría. De lo que no me libré fue de la llave que me lanzó al suelo de espaldas. Me aturdió, pero no lo bastante como para no aprovechar la posición y lanzar una patada. Le di en el muslo, apenas se resintió. Esperó a que me levantara con una máscara inexpresiva. Akil ya no estaba.

—Insisto, tu hermano te da mil vueltas —dije con rabia, pero sin ser tan idiota de volver a atacar primero.

Se me echó encima. Su cuerpo impactó contra el mío de forma dolorosa. Caímos. Mientras buscaba aire tras el nuevo impacto, colé mi pierna entre nosotros y logré quitármelo de encima.

Se levantó y esperó a que yo también lo hiciera. No parecía afectado, resollaba pero no de dolor. No podía decir lo mismo. Pasé a su idioma con las cosas muy claras.

—Deja de jugar conmigo y mátame de una vez.

No me gustó ni un poco la expresión de sus ojos. Brillaron de un modo inquietante. Supuse que sería por su liberación y no pude evitar sentir las lágrimas a un paso de derramarse. No quería morir. Aunque no tuviera nada, no quería morir y no solo era por Guille. Estaba Arturo, Nekhbet, Akil y el salvaje que iba a poner fin a todo. Les deseaba mucha suerte. Preferiría que todo fuese diferente, me hubiera gustado despedirme de Nekhbet, del resto, pero así sería mucho más sencillo.

Él apretó con fuerza la empuñadura, yo ni me molesté en tratar de esquivarlo. De nuevo su cuerpo estaba contra el mío, pero no hubo impacto. Su respiración cosquilleó en mi rostro, la punta de la daga descansó en mi cuello, su brazo se cerró en mi espalda para retenerme. Su voz se metió en mi cabeza logrando que me estremeciera.

—No —dijo con suavidad—. Ahora, tú eres mía.

Dio un paso atrás, dejé de sentir su cuerpo y el filo. Parpadeé confundida como nunca. Por su expresión confiada y su sonrisa lobuna, hablaba en serio. Mi ataque de risa fue mitad

incredulidad, mitad nervios.

—Tienes que estar de coña.

Negó con la cabeza muy despacio. Se contenía, quizá porque había vuelto a ofenderlo o porque se arrepentía de dejarme viva.

A pesar de mi alivio, y hasta gratitud, fruncí el ceño. El sonido de nuevos visitantes impidió hablar del tema. Apareció la que faltaba. Morena, alta y de complexión atlética, vestida con el uniforme negro y el pelo recogido en unas trenzas presas en un moño. Su hermana, seguida de Akil y Nekhbet.

La niña corrió a abrazarme, el chico nos miró con incredulidad, la hermana resopló con fastidio.

—Qué bien —protestó la guerrera con una mirada de recelo hacia Tarik.

—¿Qué...? —susurró Akil.

Yo me centré en la niña. Que la familia arreglase sus diferencias.

—Lo sabía —aseguró Nekhbet—. No iba a matarte, solo necesitaba que se lo explicasen.

No entendí palabra, y eso que ella sí hablaba mi idioma. Miré al trío y los primeros ojos con los que me encontré fueron los de Tarik. Me observaba desconcertado, antes de arremeter contra su hermano. La guerrera no se molestó en interponerse, sino que se me acercó.

—Te vi con ellos, te mueves bien.

Me descolocó del todo, cuanto más al ver que señalaba hacia las copas de los árboles.

—Estabas vigilando —dije más bien para mí misma.

Asintió con gesto aburrido.

—¿No se te ocurrió intervenir? —le eché en cara.

Se sorprendió, igual que Tarik.

—¿Desde cuando hablas nuestro idioma?

Por supuesto, no volvería a hacerlo.

—¿Por qué no nos ayudaste?

Me miró con suficiencia.

—Porque mi hermano no lo necesitaba. Suerte que tú tampoco.

No podía ser más clara, no me llevaría bien con ella ni en un millón de años. Nekhbet nos salvó a ambas.

—No sabía que trataste de convencer a Akil y que te quedaste con él, pensó que fue al revés.

Le lancé una mirada asesina al salvaje, quien podía mostrar cualquier cosa salvo una disculpa, así que pasó al crío, quien sí tuvo la decencia de bajar el rostro, arrepentido. Era reconfortante saber que al menos intimidaba a alguien.



No esperaba grandes cambios, tampoco pensé demasiado en ello, quizá porque me dolía todo el cuerpo tras el duelo. Por eso, y para evitarme una charla que sería incómoda, agradecí que los tres hermanos nos devolvieran a Nekhbet y a mí a la casa y se largasen a hacer sus cosas. La última mirada del salvaje me inquietó un poco, pero tumbarme en la cama era infinitamente más relevante. La niña se sentó en el borde con aire nervioso.

—Han ido a reunirse con sus padres y el consejo. Para que lo sepan todos.

—Aja —dije indiferente con los ojos cerrados.

No quería pensar en lo que suponía el cambio de papeles. Por un lado, supuse que ahora a nadie le importaría mi muerte. Tampoco esperaba que el salvaje pretendiera que fuese su sombra como fue la mía, al margen de que él sabía defenderse solo. Justo por eso me preocupaba, mucho, qué pretendía exigirme. Técnicamente pasaba a ser esclava, aunque también me sorprendería que creyese que acataría su estúpido juramento. Igual, porque yo era lo bastante estúpida como para dejarme llevar por las fantasías, y para reconocer que si me proponía otra noche juntos igual no me negaba.

—Necesito descansar —gemí, rezando para que Nekhbet dejase de hablar.

La niña solo tenía una pregunta.

—No vas a hacerlo, ¿verdad? No cumplirás el juramento.

La respuesta era obvia.

—Pues claro que no.

Me pareció que se entristecía y no pude evitar preocuparme por ella a pesar del cansancio.

—Niki... ¿estás bien?

—Me gusta esto, me hubiera gustado... quedarme aquí, pero tú no vas a quedarte y él no te obligará a hacerlo.

Sonreí con cariño y le hice un gesto para que se tumbase a mi lado. Ni lo dudó. También me sentí mucho más tranquila. La niña no creía que Tarik fuese a esclavizarme, y yo, en realidad, tampoco. Ahora sí lo valoraba.

—Niki, cuando me vaya, no tienes que venir conmigo.

Pareció contrariada.

—Claro que iré contigo, no quiero perderte.

Se me encogió el estómago.

—Yo tampoco quiero, pero no es seguro fuera...

—¿Y por qué te vas? ¿Por qué no te quedas? Tu hermano podría vivir en la fortaleza. Los dos lugares son seguros.

La fortaleza no lo era, y si llevaba siéndolo todo ese tiempo era, justo, por los salvajes. Estaba segura.

—No sé qué pasará con mi hermano, Niki, pero sí que el poblado no es mi sitio.

Nekhbet parecía obstinada, ya no era la niña complaciente, y no podía sentirme mejor.

—Sí es tu sitio. Te has hecho un sitio. Nailah lo dijo.

No tenía ni idea de quién me hablaba, aunque me sonaba al nombre de la hermana de Tarik, lo cual resultaba imposible. Esa tía me odiaba, ni de broma soltaría algo así de considerado. El cansancio me arrastraba y poco podía hacer contra las ilusiones de la niña.

—Ya veremos qué pasa. En cualquier caso, este sí es tu sitio. Jamás me perdonaría que te pasase algo por seguirme.



El primer cambio fue que, al levantarme, la omnipresente madre no estaba en la casa.

Debería alegrarme, pero tampoco fue el caso. Me preparé el desayuno, una infusión y unas tostadas de pan, y me volví con los mapas tratando de no devanarme los sesos con otras cosas que podrían cambiar. En un extremo del salón, entre la chimenea y la pared en la que estaba la puerta, había una mesa alta. Me hice con uno de los taburetes de la cocina para sentarme y extendí el mapa sobre ella. Que Tarik apareciese pronto tampoco era costumbre. Entraba por la puerta a media mañana.

—¿Me he librado de tu madre pero ahora te tengo a ti de vigía? Espera... ¿Tengo que hacerte la comida?

Lo había dicho en mi idioma y sin levantar la vista del mapa. Me inquieté al sentirlo cerca.

—Sería un detalle que cocinases, pero no, no quiero morir envenenado.

Le reí la gracia. Aunque era una opción a tener en cuenta. El silencio me pareció desquiciante, me armé de valor y me volví para encararlo. Lo tenía cerca, sí, a un paso, y su sonrisa me inquietó bastante. Entrecerré los ojos.

—Te daría las gracias por no matarme, pero prefiero ser prudente.

Tarik asintió, de nuevo sus ojos brillaron con diversión. No me gustaba un pelo.

—Vale, sabes que yo no cumpliré tu estúpido juramento, y no solo porque no necesitas protección. ¿Puedo irme cuando quiera?

Me evaluó y yo me revolví nerviosa. Atendí al mapa, al que tampoco entendía, pero me angustiaba menos.

—Akil me dijo que no lo interpretas bien.

Mi cuerpo se tensó como un resorte, y no porque lo tuviera ya casi pegado para ver el mapa. Eludía mi pregunta; me sentí más atrapada que nunca.

—Responde —pedí en su lengua, por eso de ser conciliadora.

Lo escuché resoplar; tardó en pronunciarse.

—Habla en tu idioma conmigo.

No, eso no iba a acabar bien. Dejé el taburete y me puse en pie lo bastante cabreada como par que me diera igual tenerlo tan cerca.

—Hablaré el idioma que me dé la gana, y más te vale que el siguiente consejo no sea cuándo hacerlo.

Volvíamos a estar a un palmo, porque él se inclinó para acercar su rostro al mío. Su expresión me provocó un escalofrío de tan intensa, pero me mantuve impassible.

—Tú misma. Sobre cuándo, procura que cuando haya mucha gente cerca.

No lo entendí, y me preocupó el galope que emprendió mi corazón cuando sus ojos dejaron los míos para rozar mis labios. Quería que me besara, él pareció saberlo, por lo que el miedo me obligó a poner distancias y relajar mi genio.

—Por favor, responde —dije en mi idioma.

Tarik acababa de ganar el asalto, pero no se regodeó.

—¿Quieres irte ya mismo? —preguntó, con algo parecido al aburrimiento.

—Sabes que no puedo —repliqué, molesta.

—Entonces, pregúntamelo cuando sí puedas.

Porque volví a estremecerme, me insulté en silencio y ambos contemplamos el mapa.

—¿Necesitas ayuda?

—No quiero ayuda —refunfuñé.

Volvió a resoplar

—Ya sé que no la quieres, te pregunto si la necesitas.

Era estúpido negar lo evidente.

—Sí —mascullé.

Su mano se extendió sobre el plano y sus dedos recorrieron los dibujos.

—Por aquí no hay nada. Falta ver esta zona y esta.

Tenía unas manos muy bonitas, fuertes. Alcé la vista al cielo y solté un lamento. Las palabras surgieron solas.

—¿Qué quieres de mí, Tarik? ¿Qué tengo que esperar de esto?

Me dolía que se filtrase debilidad en cada sílaba, pero no pude evitarlo. Me asustaba el poblado, me asustaba él y sobre todo lo que sentía por él.

Dejó un paso entre ambos, me pareció que volvía a acercarse, pero se lo pensó mejor y respondió al menos a la duda más obvia.

—No pasará nada que tú no quieras.

En parte sentí alivio, no demasiado, porque sí quería que pasase algo.

—Sigues estando segura aquí —añadió—. En realidad, no ha cambiado mucho.

Porque lo dudaba, volví a mirarlo y señalé la cocina con la cabeza.

—Sí que ha cambiado, tu madre ya no hace de niñera. ¿Tengo que preocuparme si me la cruzo?

Sonrió de medio lado, una expresión nueva, burlona, divertida. Mejor atender al mapa.

—Lo comprobaremos. Vas a cruzártela en unas horas, porque comemos en su casa.

Lo miré con desconfianza.

—Va a envenenarme. Lo sabes, ¿verdad?

Tarik mantuvo su sonrisa, pero me dio una tregua al alejarse para ir al cuarto que compartíamos.

—¿Tanto la ofendiste?

—Mmmm... bastante.

Desde el interior de la habitación, me llegó su risa y me sentí menos aterrorizada.

—¿Por eso estás tan contento? —pregunté, siguiéndole la broma—. ¿Otros harán el trabajo sucio por ti?

Tarik asomó por la puerta con toda su confianza y sin borrar la sonrisa.

—La única que juega sucio aquí eres tú, Clara.

Que dijera mi nombre me dejó descolocada.

—Vaya, has usado mi nombre.

Por su mirada y su sonrisa supe que iba a cerrarme la boca.

—No es la primera vez, ¿no lo recuerdas?

Lo recordaba, y por eso sentí el calor agolparse en mis mejillas. Lo señalé con la cabeza alta.

—Eso es jugar sucio.

Le hizo gracia, pero se mantuvo distante y a distancia.

—Todo se pega —dijo sin más, dispuesto a irse hacia la puerta de salida—. Voy a entrenar, volveré para la comida.

Iba a entrenar, donde estaría Tiye. Estaba celosa. Tarik tonteaba conmigo, antes de irse con ella. Volví a atender al mapa por si mi rostro delataba lo dolida que me sentía.

—No te molestes, ya comeré aquí lo que haya.

Lo sentí a mi espalda, sin tocarme, con su tono frío.

—No te lo estoy pidiendo. Vas a comer con nosotros.

Me volví, sin dejarme avasallar por nada.

—No quiero —dije, en parte por su comentario sobre no hacer lo que no quería.

Avanzó imparable. Su cuerpo envolvió el mío arrinconándome contra la mesa que tenía los planos. Sus manos tomaron mi rostro, sus labios acariciaron los míos.

—Sí quieres —susurró antes de besarme tal y como recordaba.

Me aferré a sus hombros, justificándome en que todo empezaba a dar vueltas. Su boca devoraba la mía como si llevase siglos deseando hacerlo, y yo también respondía con anhelo.

El deseo me atravesó con fuerza, la necesidad de sentirlo más y mejor me dio miedo. Cuando dio un paso atrás, parecía igual de inquieto que yo.

—¿Prefieres que estemos tú y yo solos?

Sí, claro que quería, pero no era buena idea.

—Vale, comemos con tu madre.

Asintió en tensión, como si le costase horrores alejarse. A mí lo que me costaba era no retenerlo. No respiré tranquila hasta que se cerró la puerta. Entonces, me pasé las manos por el rostro, tratando de entender qué había sido eso.

TARIK

Apenas me había internado en el bosque cuando Gyasi salió a mi encuentro. Por la expresión burlona de mi hermano, no quería oír lo que tuviera que decirme. Seguía agitado, ansioso por dar media vuelta, regresar a la cabaña, y encontrarme de nuevo con ella. Quizá la nueva situación no significase nada para Clara, pero a mí me sacudía de pies a cabeza. En resumen, yo seguía siendo suyo, pero ahora ella también era mía.

—¿No deberías estar vigilando? —le solté a Gyasi para espantarlo.

—Oh, no, acabo de enterarme. ¿Y bien?

—¿Y bien? ¿Qué? No ha cambiado nada.

Mentira, y su carcajada así lo dejó claro. Mejor no comentar que cinco minutos antes había estado a punto de olvidar el entrenamiento. Era algo importante, debíamos prepararnos, pero lo único que yo quería era perderme en ella.

—Ya veo —dijo mi hermano, con tono audaz—. No te lo va a poner fácil, pero merece la pena.

Claro que merecía la pena, aunque no tenía tan seguro que no fuera a ponérmelo fácil, complicándonos a ambos.

—La deseo, no sabes cuánto, pero está asustada y celosa.

Gyasi soltó una carcajada.

—Cada vez me gusta más, hermano, debes ir a por ella.

Gruñí un juramento. El aire no sirvió para enfriar mis ideas. Ojalá fuese tan fácil.

—Como le ponga una mano encima tan pronto, la pierdo.

—¿La mano o a la chica?

Dejé salir todo mi agobio.

—Probablemente ambas.

Gyasi adecuó su paso al mío para continuar la charla, a pesar de mi reticencia. Lo último que quería era hablar de ella, porque eso la fijaba más en mi mente, pero no me libraría de la curiosidad del guerrero hasta que estuviese más o menos satisfecha.

—¿Se te ha ocurrido decirle que ya no hay nada entre Tiye y tú? —preguntó, con una ligera confusión, pero también malicioso—. Eso resolvería al menos lo de los celos.

Podía ignorarlo o sincerarme. Como necesitaba soltar la presión de algún modo, intenté que siguiera mi razonamiento, uno que no tenía por qué ser acertado.

—Creo que mi compromiso supone una traba, pero también es un seguro con ella. Clara... ella no quiere estar conmigo. Si le digo que he roto con Tiye es probable que salga huyendo despavorida. Está muerta de miedo.

Gyasi resopló y se llevó las manos a la nuca, con aire incómodo.

—Hermano... ¿de verdad hablamos el mismo idioma? —planteó porque, como supuse, no era capaz de entender la situación—. Primero, ella quiere estar contigo, tanto como tú. ¿Por qué iba a huir de ser correspondida? ¿Qué espera que le hagas, por qué te tiene miedo?

—No me teme a mí —gruñí con impaciencia, revolviéndome el pelo con aire frustrado—. Teme perderme. Querermelo y perderlo, eso es lo que la asusta, o más bien el dolor que supone

perder a alguien querido.

Gyasi resopló y dejó salir una risa.

—Claro, porque ahora no te quiere en absoluto. Ni le importas ni se muere por volver a estar contigo. Menuda estupidez —atajó con desdén—. Va a dolerle lo mismo.

Podía enfadarme o tomármelo con humor. Me decidí por lo último, y justo por eso el que se cabreó fue Gyasi, al sentirse como un imbécil.

—¿Esperas que ella reconozca que siente algo por mí? ¿Acaso no la conoces?

En respuesta, Gyasi cabeceó con fastidio.

—Creo que empiezo a entenderte, y no sabes cómo lo siento —aseguró dándome una palmada en la espalda con camaradería. Soltó un silbido de impresión—. Ella merece la pena, pero a ver cómo consigues que reconozca en ti lo mismo.

CLARA

Fingir que no pasaba absolutamente nada o, mejor dicho, que no había estado a punto de pasar. Buen plan, en eso parecíamos estar de acuerdo. Tarik apareció según lo acordado, y yo me centré en atravesar un pueblo que podría ponerse en mi contra. No lo parecía, de hecho, había más curiosidad que recelo, lo que terminó de romperme los esquemas. Los habitantes que podía ver por las calles que formaban las cabañas me miraban, saludaban incluso, no podía tacharse de ataque, pero la cordialidad e intriga manifiesta me confundía.

—¿Qué les pasa conmigo?

A mi lado, Tarik parecía indiferente.

—Nada, saben quién eres, pero no te habían visto mucho.

Solo eso, pues no lo parecía.

—¿Y qué se supone que saben?

A Tarik le hizo gracia mi flaqueza. Menudo cretino.

—Saben que no eres de los nuestros, pero sí de ayuda.

Esperaba cualquier cosa menos eso.

—¿En serio?

Me miró con extrañeza, como si tener un concepto positivo de mí fuese lo más lógico.

—Has salvado guerreros, varias veces, a mi hermano y a Nekhbet. ¿Qué ibas a ser si no?

—Una de ellos, esos terribles hombres del progreso.

—Progreso, seguro —comentó con todo su cinismo—. Fueron mis médicos los que te curaron y es mi gente la que te cobija.

—Ya —repliqué porque, a esas alturas, el progreso era algo relativo—. ¿Falta mucho?

Volvió a mirarme con molestia, le enseñé los dientes y aproveché para apostillar:

—Pienso sentarme con tu hermano, no esperes que hable con el resto.

—Pues Nekhbet se llevará un disgusto.

La mención de la niña me aplacó al momento. Lo sentí observándome, intrigado, a saber por qué. Decidí aprovechar y resolver un par de dudas.

—Oye... ¿qué hace la niña con tu hermana tanto tiempo?

—Nailah le enseña nuestra cultura y a defenderse.

Me parecía estupendo. Volví a percibir su intriga.

—¿Te parece bien? —preguntó Tarik.

—Claro, Niki tiene que aprender vuestra cultura, vale, pero sobre todo a defenderse.

Tarik frunció el ceño con incompreensión.

—Con lo que te preocupas por ella, pensé que te inquietaría que le hiciera daño.

Gesticulé para enfatizar mis palabras.

—Y porque me inquieta justo eso, me alegra que la superguerrera la adiestre.

Le sentó mal mi expresión, le hizo gracia el mote.

—Es una guerrera —aseguró Tarik con orgullo.

Me encogí de hombros.

—Como todos. ¿Es requisito indispensable en tu familia?

Perdió la mirada y su voz sonó un poco más queda.

—Al parecer, sí.

Me pregunté si pensaría en Tiye, porque ella y su delicadeza no encajaban. Quería tocar el tema, pero me mordí la lengua a tiempo. Tanto daba cómo de mal le pareciera el cambio a la aguadora, y yo no iba a ser tan hipócrita de preocuparme, con lo que deseaba a Tarik. Me sentí todavía peor, porque tampoco sería mucho más en ese aspecto. Seguro que a la buena de Tiye yo seguía sin preocuparle lo más mínimo.

—Es aquí —dijo Tarik con ese modo de mirarme, evaluándome.

Cogí aire, incómoda por él y por lo que encontraría dentro de la cabaña.

—Bien. Acabemos con esto.



La distribución de la cabaña era similar a la de Tarik, por lo que nada más cruzar el umbral encontré un salón. La diferencia, habían montado una mesa alargada, tras retirar el improvisado sofá hacia una de las paredes. Nekhbet me recibió con un abrazo, Akil me saludó con una amplia sonrisa, la superguerrera tuvo que estropearlo.

—Bien, has llegado. Supongo que sabrás servir una mesa.

Ahí estaba el detalle pasado por alto. Por eso estaba en esa casa. Para afianzar la decepción, y la rabia, la madre de Tarik me sonrió con regocijo.

—Ahora, tú nos atenderás a nosotros.

Nekhbet se apartó muy despacio. Sus ojos iban de mí a las dos mujeres. La niña no terminaba de entender por qué yo tenía los puños tan apretados. Sentí detrás a Tarik, cortando mi vía de escape. Quería irme, pero no iban a dejarme. Aguanté como pude, y avancé hacia la cocina, porque no había otra salida que la que Tarik me negaba.

Traté de no flaquear. Sabía que, en el fondo, le debía un mínimo de respeto a esa familia. Me habían curado, me habían acogido y yo no había pagado con nada, salvo desplantes. Antes de internarme en la cocina, encontré los ojos de Akil. Brillaban de confusión y pena.

Me centré en la tarea, consciente de que no deberían pagar los menores por las dos que me humillaban. Por suerte, solo había un plato. Me dolió también que Tarik no dijese nada, porque él sabía que había malinterpretado la invitación.

Puse la mesa, llevé la comida, por lo menos ya estaba hecha, sin mirar ni a las dos mujeres ni a Tarik, por no cabrearme. Akil y Nekhbet sabían que había algo mal, pero mantenían la normalidad todo lo posible. El padre de Tarik seguía siendo un misterio. Yo me moría de hambre, las comidas que ellos preparaban sabían deliciosas, pero no pensaba deberle nada más a la familia.

Al retirar el último plato, la madre me siguió a la cocina. Mejor no dejarla abrir la boca.

—¿Qué tengo que hacer para saldar la deuda con vosotros?

Ante el silencio, me volví. No había rastro de la mujer. Fregué la loza con un jabón artesanal de olor ácido, pero efectivo en la limpieza, recogí el resto de la cocina, agradeciendo con sarcasmo que no me dejaran todo el trabajo. El siguiente en aparecer fue Tarik. Lo sentí en el umbral, pero no dijo nada. Terminé y me sequé las manos. Mis ojos se mantuvieron en la

pequeña ventana junto al fregadero, la cual me enseñaba una solitaria calle de tierra. Las palabras arañaron mi garganta.

—¿Puedo irme?

—Eso depende. ¿Adónde?

Apreté las manos contra la encimera. Qué ganas de abofetearlo.

—A la otra cabaña.

—Esa es mi casa —puntualizó, supongo que para aclarar que si a alguien le debía algo era a él.

—Pues a tu casa.

Tardó una eternidad en responder.

—Sí —dijo antes de regresar al salón, concediéndome al menos irme sin tenerlo delante.

Me despedí de camino a la puerta. Por Nekhbet y por Akil. El resto, podían irse al infierno.

TARIK

Estábamos sentados alrededor de la mesa, ya recogida, en la que solo quedaba el mantel. Mi madre sostenía mi mirada con rabia. No era lo que yo esperaba, pero tampoco lo que esperaba ella. Mi hermana gruñó lo más parecido a una disculpa que obtendría.

—Pensé que se cabrearía, no esperaba que lo hiciera.

Nekhbet parecía encogerse por momentos. Akil ya lo había comprendido y fue el primero en dejar la mesa.

—¿Qué pasa? —preguntó la niña, asustada.

Mi padre, al fin, se pronunció.

—Que han vuelto a equivocarse —dijo sin tanto drama antes de dirigirse a mi madre—. ¿Qué más necesitas? Déjala tranquila. Tú misma has dicho que ya ha pasado por mucho.

A ninguna madre le gusta que la tachen de mala madre, cuanto menos a la mía. Ella se lo había buscado sola, pero no sería yo quien lo pagara. Por lo menos, Clara no dejaba el poblado o me habrían dado la alarma. Pero seguro que no iba a pasar el desplante.

—No debería ser así —se limitó a decir mi madre, antes de dejar su sitio e irse a su habitación.

No, no debería, pero lo era. Clara no debería significar lo más mínimo, pero sí lo hacía. Hasta para mi madre, o no estaría tan enfadada.

Los ojos de Nekhbet me miraban con una súplica. Debía aclararle las cosas. La niña igual me pedía explicaciones, porque yo podría haber detenido el mal momento. No lo hice porque Clara puede defenderse sola, igual que mi madre y mi hermana, y uno solo debe interferir en los problemas de los demás cuando no queda otro remedio. En todo caso, a mí también me sorprendía la reacción de Clara. Como Nailah, habría jurado que no se rebajaría a servir a nadie.

—Lo siento, ella creía que iba a comer con nosotros, no a servirnos.

—Ella no es sirvienta —murmuró la niña.

No tenía la cabeza para explicarle cuál era el problema. Si Clara se había prestado a servir, considerándolo una provocación y humillación, ahora estaría o triste o rabiosa.

—No ha sido eso. Tranquila, ya viste que no le pasa nada contigo.

Nekhbet se encogió en su sitio.

—No, lo sé, pero así no va a quedarse.

—Ha ido para casa —dije en un intento de tranquilizarla.

Nekhbet me miró con tristeza.

—¿Crees que va a quedarse contigo?

Me revolví inquieto. No, no lo creía. Recordé también la facilidad con la que se escabulló en el asalto. Ella conocía a los vigías. Me había dicho que iría a mi casa, pero no que fuera a quedarse en ella.

—¡Maldita sea! —protesté dejando mi sitio de un salto.

CLARA

No iba a quedarme en su casa, no comería su comida, no estaría con ellos. Mi poco equipaje y yo, junto con el mapa, nos trasladaremos al lago. Montar allí un campamento sería sencillo. La vegetación me acogía, los vigías rondaban cerca, el agua siempre es una buena barrera. No me daría allí un baño. La superficie calma era engañosa, porque bajo esta se intuían las fuertes corrientes. Además, a saber cuántos cuerpos escondía, pero ya me las había apañado antes y con menos cortafuegos. Me corregí casi al momento, porque esa era la primera vez que estaba realmente sola. Tal vez me encontrase en un escenario controlado, gracias a los vigías y las trampas, pero nunca en mi vida había sido tan consciente del silencio que supone no tener compañía. Así había sido mi vida, de niña en casa con mis padres, Guille y los mellizos. Luego, Lucas. Al final, Tarik. Sola, realmente sola, no había estado nunca, y en ese momento era justo lo que necesitaba. ¿Qué quería? ¿Qué esperaba? ¿Para qué seguía viva? Todas las preguntas conducían hacia otras personas. Guille, la fortaleza, el salvaje, el poblado. Yo, para mí, seguía sin tener una respuesta satisfactoria.

La noche me encontró ya establecida y consciente de que Tarik conocía mi paradero. No esperaba que viniese a buscarme, al menos no toda yo, lo que era otro motivo para reprenderme por ingenua. En otras circunstancias, lo querría a mi lado, no podía seguir negándolo. Lástima de la diosa y del muro de diferencias ideológicas y culturales que se alzaba entre nosotros.

Me levantó un poco el ánimo no haber perdido mano con la caza. Me sería más práctica la pesca, pero eso me recordaría a la madre de Tarik y no me dio la gana. Un conejo y ya tenía desayuno, comida y cena. Lo sentía por Nekhbet, aunque ella podía venir cuando quisiera. Apagué los restos de la hoguera y me dispuse a trepar para dormir en el árbol. Con Lucas sí lo hacía en el suelo, porque éramos dos a vigilar. Sola era un riesgo que no correría. Recordé su muerte, tanto como nuestros mejores momentos en vida. También pensé en Tarik, porque había aniquilado su recuerdo por completo. No podría evitar odiarlo también por esto. Sin embargo, lo echaba de menos. Las lágrimas surgieron imparable, pero no dejé de trepar, no correría el menor riesgo. Ahora más que nunca necesitaba saber cómo estaba Guillermo. En cuanto comprobara mis sospechas, yo misma pondría fin a mi vida.



Cuando amaneció, apenas había dormido. Intentar descansar en la copa de un árbol me fue imposible, y no solo por el miedo a caerme. Mi cabeza giraba sin fin. Las ideas, recuerdos, los rostros y emociones espoleaban mi insomnio. La tensión cargaba cada músculo, pero no pensaba volver ni al poblado ni a la fortaleza. Merecía un retiro, aunque eso supusiera debatir conmigo misma sin descanso.

Tras un desayuno frugal e insípido, carne fría como el rocío adherido en la hierba, me sentí un poco serena, porque controlaba la situación. Hasta me alegraba la distancia con Nekhbet. Esa niña no era nada mío, pero me sentía responsable si la tenía cerca. Es lo que tiene apreciar a los

demás. No debería haber dejado que sucediese. Sin embargo, de no ser por el cariño que me generó la pequeña, ella habría seguido limpiando habitaciones en la fortaleza y aguantando el maltrato de la doncella. La suerte de unos es la desgracia de otros. Así es la vida.

Con todas mis pertenencias a buen recaudo sobre el árbol, me dispuse a investigar el terreno por mi cuenta. El mapa ya formaba parte de mi cerebro, y creía saber hacia dónde dirigirme para no cubrir el mismo espacio que pudieran haber explorado los salvajes. Suponía un riesgo, porque se trataba de una zona en la que bien podrían congregarse infectados, por lo que me armé con cabeza. Dagas y dos revólveres ligeros. Tan solo echaría un vistazo, no pensaba lanzarme a un suicidio, pero tampoco me quedaría de brazos cruzados ni meditando.

Estaba a punto de dejar el claro cuando percibí movimiento a mi derecha. Me giré despacio segura de que no se trataba de un infectado. Acertaba. Apoyada en uno de los troncos, la hermana de Tarik me escudriñaba con una sonrisa perversa.

—Vaya, vas mejorando —dijo, aunque no sonó a cumplido. Solo comentaba un hecho.

Di por sentado que no llevaba mucho, de ahí el apunte. La ignoré, estaría de vigilancia por allí y le apetecía ser desagradable. No estaba para servirle de entretenimiento, aunque eso parecía creerse la guerrera.

—¿Ya te vas? —preguntó la mujer, con una preocupación falsa—. ¿No esperas por los otros?

Avancé sin mirar hacia ella. Nailah quería que preguntase a quién se refería, y no me dio la gana seguirle el juego. Los primeros árboles me ampararon, ralenticé mi avance tanto por los posibles infectados como por las trampas. Localicé un par de cables de nailon con facilidad. Sí que iba mejorando, pero prefería no bajar la guardia. Minutos después, me detuve tras un conjunto de rocas no muy altas para beber un poco de agua de mi cantimplora. Hincé una rodilla en el suelo, no las dos, para tener agilidad de movimientos. El terreno ante mí cambiaba, el bosque continuaba con su frondosidad, pero el suelo se inclinaba. Una ladera que conducía a un valle. Los troncos y matorrales me brindarían cobertura, pero también a quien pudiera estar allí abajo. Debía extremar precauciones. Guardé la cantimplora con sigilo y, sin soltar el cuchillo, estudié mi alrededor para confirmar que estaba sola y, entonces, me asomé apenas para ver si había algún peligro allí abajo.

En un primer momento, todo parecía tranquilo. En un primer momento. Entre los robles, al pie de la ladera, alcancé a ver un infectado. Parecía de los lentos, pero a veces los corredores se toman un respiro si no hay estímulos cerca. Un parpadeo y localicé a otro infectado un poco más adelante. Me tragué una maldición. Si había dos, podría haber más. Sus propios ruidos llamarían a otros. Sabía que la zona no era segura, pero esperaba tener más margen. Una parte de mí me instó a bajar y acabar con lo que hubiera, por precaución. Otra, me susurró que estaba sola y que podría haber muchas más amenazas de las que veía. El debate interno se fue animando. Hasta el lago que se había convertido en mi hogar, había un buen trecho y un bosque con trampas y vigías, en ese aspecto los infectados no serían una amenaza para mí, pero no me hacía gracia tener que darme media vuelta. Justo en ese momento percibí algo a mi espalda. Contuve el impulso de girarme a sabiendas de que no se trataba de un infectado, porque ellos no se toman la molestia de acercarse con sigilo. Quizá fuera la hermana de Tarik, pero lo dudaba. Mi mano se cerró sobre el mango del cuchillo. Mi postura me lo pondría fácil, porque el impulso al levantarme doblaría mi fuerza. Me dejé guiar por mi instinto y me giré lista para atacar antes de ser atacada.

Ni siquiera logré el giro. Una mano se cerró sobre mi muñeca inmovilizando mi arma, otra sobre mi boca por si se me escapaba un grito. El pecho de Tarik se pegó a mi espalda para retenerme a cubierto. Apreté los párpados con fuerza, sobrepasada. Sentía su proximidad, el calor que transmitía un cuerpo demasiado familiar. La presión que ejercía sobre mi boca y mi muñeca no impidieron que un temblor me agitase de pies a cabeza. Mi mano libre golpeó la que cubría mi boca para que la retirase. Sus labios depositaron un suave beso sobre mi cuello que terminó de desarmarme. El cariño inundó mi interior sin ser bienvenido. Parecía una disculpa, me supo a mucho más, el gesto llenó mis ojos de lágrimas, pero no me dio la gana de derramar ninguna ni de darle relevancia. No dejaría que me despistase con sus detalles. Las palabras de su hermana regresaron a mi mente. Él me conocía, tanto como para evitar mi ataque y para prever que lo primero que haría iba a ser reconocer esa parte del terreno. Fue una suerte que su mano siguiese sobre mi boca, porque de lo contrario podría haber dejado salir los reproches que alertarían a los infectados.

Aquel no era el lugar ni el momento para ponerse a dar voces. Debía centrarme. Como si también hubiera previsto ese primer arranque, en el momento en el que inhalé con fuerza en busca de calma, Tarik retiró la mano con una caricia y soltó mi muñeca demorándose todo lo posible, antes de apartar también su pecho. Parpadeé para ocultar cualquier atisbo de emoción y me giré para enfrentarlo.

Nada más dar con su mirada oscura, el corazón me dio un vuelco. Lo tenía tan cerca, sus ojos clavados en los míos. La inquietud me agitó un poco más al ser consciente de cuánto lo había extrañado. Hui de su rostro para que mi respiración no terminase de delatarme. Gracias a esto, vi a Gyasi, a la hermana de Tarik y a otro de los guerreros cerca. Gyasi me sonrió con ese aprecio evidente y alzó su hacha, para después señalar en la dirección que yo había estado observando. Creí entender el mensaje, iban a librarse de aquellos infectados para que no llamasen a más o para que no los sorprendieran en el momento más inesperado.

Me armé de valor para mirar de nuevo a Tarik, quien no había apartado sus ojos negros de mi rostro. Su expresión era un poco más dura, juraría que apretaba los dientes con rabia, igual porque la mía se había relajado gracias a Gyasi. Titubeé, como si fuese a indicarme algo, pero, finalmente, me ignoró ampliamente y, agazapado, envuelto en aquel sigilo imposible, empezó a bajar para acabar con los infectados. Me molestó, también se lo agradecí, porque me devolvió al mundo real, ese en el que no nos entendíamos. Estuve tentada a sumarme a la partida de inmediato, pero me tragué mi orgullo y dejé que los otros tres siguieran a su líder. Me hizo gracia el desconcierto que lucieron al pasar por mi lado y verme tan quieta. Claro que me reuniría con ellos en las tareas de limpieza, pero yo no era ni la mitad de sigilosa, y sí la primera interesada en salir de allí con vida.

TARIK

La sangre hacía cosquillas al deslizarse desde mi muñeca hasta el dedo meñique. Había parado el cuchillo de Clara, pero la inclinación del filo me hizo un corte. Apenas un rasguño que escocía, otra muestra de lo poco indefensa que estaba ella. Culpa mía, no debí acercarme por la espalda. Ella vigilaba su alrededor, con dejarnos ver nos habríamos ahorrado el riesgo, pero necesitaba tocarla. Culpa suya. Había pasado la noche en vela, peleando conmigo mismo para no ir a buscarla. Debía darle espacio, lo sabía, pero no soportaba tenerla lejos. Claro que ella necesitaba recuperar el control de su vida, uno que yo le había arrebatado, pero entenderlo no es lo mismo que aceptarlo. Las explicaciones quemaban mi lengua. Pero la conocía, y en ese momento ella no iba a escucharme.

Yo también vigilaba mi entorno y, por eso, me resultó extraño que no se sumase a la partida. Con eso no contaba. Por ir distraído, buscándola entre los troncos que había dejado a mi espalda, casi no veo venir al corredor. Su avance endemoniado lo haría impactar contra mí en segundos y, además, alertó a los otros tres infectados que veía desde mi posición. A tiempo, esquivé su embiste y clavé el puñal en su cabeza. Uno menos, ahora a por el resto, que ya se habían dado cuenta de nuestra presencia. Conté cinco, pero tenía que haber más. La vegetación es un arma de doble filo. Al menos no había indicios de más corredores.

Cuando otro cuerpo inerte cayó a mis pies, oteé en busca de Clara. Dudaba que se hubiese vuelto para el lago y no me equivoqué. Allí estaba, esquivando el agarre de una mujer apenas vestida, para deslizar el filo de su cuchillo desde su nuca. Chica lista, pues requiere bastante fuerza atravesar un cráneo, y es una posibilidad no recuperar el arma a tiempo. Percibí el movimiento y me giré para enfrentar una nueva amenaza. La turbación me asaltó al momento, porque ante mí se encontraba un infectado, pero el niño que había sido no tendría más de tres años. Tan grotesco, insoportable, que hundí la hoja en su cabeza mirando hacia otra parte. Cuando el crío se derrumbó, las náuseas se acumulaban en mi estómago y la falta de otros blancos estuvo cerca de hacerme vomitar allí mismo.

Encontré la expresión de Gyasi idéntica a la mía. Además, el brillo de sus ojos me indicó que revivía otro momento crítico. Supe cuál era sin necesidad de preguntarle, los niños del complejo y, por eso, la busqué de nuevo a ella. No tuve que ir muy lejos. Clara iba directa hacia Gyasi y su mano descansó sobre su hombro. La punzada de celos volvió, inevitable. No odiaba que se llevasen bien ni mucho menos. Lo que no soportaba era que no actuase igual conmigo. Rememoré nuestro encuentro minutos antes. Su cuerpo reaccionaba al mío, ella sentía por mí lo que yo por ella, pero no quería aceptarlo. Gyasi y Clara cruzaron unas palabras, mientras, mi hermana se acercó con su sonrisa más burlona.

—Menudo problema tienes, hermanito —aseguró, en mitad de una risa que me obligó a mirarla con rabia. Ella alzó las manos sin amedrentarse—. Ey, no la tomes conmigo. ¿Cómo iba a saber que la quieres como tu pareja?

Quería a mi hermana, pero eso no quitaba lo odiosa que resultaba en ocasiones. Su actitud desafiante nunca me había molestado, hasta ahora.

—Yo no diría tanto —siseé. No reconocería que mi pareja era Clara, aunque todo apuntase

a que así era.

La risa de mi hermana chirrió en mis oídos.

—Ambos sabemos que ni necesitabas sorprenderla por la espalda ni has estado atento por su culpa. Me hace gracia, pero espero que no peléis en algo serio juntos, o tú terminarás muerto.

A pesar del tono despreocupado, había una nota de temor en mi hermana. Lo peor, estaba en lo cierto. Me había despistado por buscar a Clara. En una situación de riesgo, me preocuparía tanto por ella que descuidaría mi defensa. Por mucho que supiera que podía defenderse sola, preocuparme resultaba inevitable. Los ojos de mi hermana rezumaron una seriedad inusual.

—Llegado el momento, haz lo que tengas que hacer, pero mantenla lejos.

CLARA

Nos despedimos en el lago. En realidad, yo solo me despedí de Gyasi y del otro guerrero, porque ni Tarik ni su hermana se molestaron en otra cosa que seguir andando hacia el poblado. Me dolió y me rompía los esquemas. De ella me lo esperaba, y me traía sin cuidado. De él, no, aunque solo fuera por el modo en el que me había asaltado. No sabía por qué, pero tras acabar con los infectados Tarik ni se molestó en acercarse a mí. Estaba allí, sentía sus ojos observándome, pero se mantuvo lejos.

Una parte de mí le agradeció que no me presionara para que volviera, otra estaba dolida por su indiferencia, y por el cúmulo de emociones contradictorias que me generaba. A esas alturas, no iba a negar nada. Las emociones, lo que experimentábamos juntos nos unía, pero todo lo demás parecía alejarnos. No debía ser fácil para él, con una vida ya planificada y de pronto, cruzándose conmigo. Seguro que la diosa de bronce lo comprendía mejor. Yo, simplemente, lo quería.

No poder estar con él no iba a cambiar lo mucho que lo necesitaba. Tarik no me había engañado en ningún momento, nunca ocultó la existencia de su prometida, y seguro que tampoco a Tiye le ocultó la mía. Lo espanté de mi mente, o eso intenté, nada más me vi sola en el lago. Lavé mis manos, me cambié la camisa y los pantalones manchados de sangre. Sentía un poco de frío; podría ser cosa del clima o de la tristeza. Me senté en la orilla y pasé el tiempo lavando un poco la ropa sucia. En un momento, casi pude sentir de nuevo su beso en mi cuello y me recorrió un escalofrío. Mi piel lo extrañaba tanto como mi corazón. ¿Podía ser más imbécil? Difícil. Quizá, en ese momento, Tarik estuviera disfrutando con su prometida, y yo no fuese más que una distracción en mitad de las peleas. Que me deseaba era evidente, pero ya había elegido con quién compartir su vida. Dejé salir una risa triste. Como si yo quisiese compartir mi vida con alguien. ¿Para qué? Ya tenía asumido que para lo único que vale querer a alguien es para sufrir más cuando lo pierdes. Lo bueno que pueda haber no compensa lo que destroza la pérdida.

Una mano ascendió desde las aguas y atrapó la mía. Del susto, al intentar soltarme, resbalé sobre la hierba y el lago me engulló. El aire escapó de mis pulmones a causa del golpe húmedo y helado. Me sobrepuse, pero mi cuerpo se había vuelto mucho más torpe y lento a causa del medio. El temor reptó por mi espalda. El agarre no cedía y pronto vendrían los dientes. Sin dejar de moverme, con la vista emborronada por el hundimiento, me hice con el cuchillo de mi bota y, más bien a tientas, alcancé el lugar en el que debía estar la cabeza de mi atacante. Acerté o, al menos, me vi libre, que era lo que quería. Pataleé y saqué la cabeza a la superficie para tomar aire. Por suerte no había terminado muy lejos y logré dejar el lago. Ahogué un grito cuando la ropa se enfrió sobre mi piel. Entre temblores, con los dientes castañeteando, avancé a gatas tratando de alcanzar el árbol. Debía quitarme la ropa, secarme y cubrirme con algo caliente, pero el entumecimiento parecía ineludible. Yo apenas avanzaba, pero el frío calaba hasta mis huesos.

Unas manos nuevas, cálidas, cayeron sobre mí y me alzaron para acercarme a mi árbol. El uniforme de guerrero no me confundió, no era Tarik, sino su hermana. Con agilidad, o eso percibí, la mujer se encaramó al árbol y revolvió en una de las bolsas. De un salto regresó

conmigo y me ayudó a deshacerme de la ropa a toda prisa.

—Tienes un protector contigo, coyote —siseó la mujer, lanzando mi camiseta al suelo y cubriéndome los hombros con una manta.

Lo dijo en su lengua, quizá para que no lo entendiera, aunque creía que ella estaba al tanto de mi manejo del idioma. Con el frío que sentía, no estaba para ponerme a descifrar palabras y me dio igual lo que me dijera. Mi cabeza solo ordenaba que me desnudase por completo y eso hice. Traté de cubrirme lo máximo posible con la manta, pero el temblor no se iba. La mujer regresó al árbol, escaló el tronco con agilidad y buscó de nuevo sin encontrar nada útil. Apenas tenía ropa, había cosas mucho más importantes que incluir en el equipaje. Dos mudas eran suficientes, pero una acababa de lavarla, la otra se había venido conmigo al agua. La guerrera saltó de nuevo desde el árbol y me envolvió entre sus brazos.

—Volvamos al poblado, ya pasaremos a recoger...

—No —dije clavándome en el suelo. Temblaba, todavía me castañeteaban los dientes, pero el frío remitía. Me encogí bajo la manta, no rechacé el abrazo de la mujer, pero no pensaba dar un solo paso más—. No volveré ni con tu hermano ni con tu familia.

En lugar de ofenderse o sermonearme o llevarme a rastras, la mujer soltó una carcajada mientras me frotaba la espalda para favorecer que entrase en color.

—¿Sabes? —preguntó, con un brillo inusual en sus ojos oscuros—. A este paso voy a quedarme sin razones para burlarme de ti. Nekbeth me habló maravillas, pero es una cría. Me preocupa que distraigas a mi hermano, pero tengo que reconocer que ha sido todo un placer conocerte, coyote.

Solo entendí el nombre de la niña y la última parte. Me zumbaban los oídos, estaba aterida, a las puertas de la hipotermia, pero no pensaba dejar que ella tuviera la última palabra. Yo también sabía catalogar a los demás como animales, y no olvidaba que la mujer que me hacía entrar en calor también me había dejado helada al pedir que sirviera la comida.

—Siento no poder decir lo mismo, zorra —repliqué con todo mi sarcasmo, consiguiendo solo que se partiera de risa.



Acababa de convertirme en guerrera. La hermana de Tarik me abandonó durante unos minutos y cuando volvió me tendió las prendas de su peculiar uniforme, que además eran de mi talla. El pantalón negro se ajustaba a mis piernas sin resultar incómodo. Flexible, igual que la camiseta térmica de manga larga. Todo en negro, chaleco anti balas incluido. Los calcetines eran de un desconcertante turquesa, pero nadie lo sabría gracias a las botas militares. No fue agradable vestirme ante ella, porque no dejó de estudiar mi cuerpo. Juraría que ni parpadeaba y que le gustaba lo que estaba viendo. Porque su contemplación me ponía nerviosa, le pregunté de donde salía el modelito.

Como había supuesto, los salvajes no se habían confeccionado ellos su uniforme. Había sido cosa de la actriz que vivió en la fortaleza. Antes del fin, la mujer se había cansado de esperar papeles y le había dado por montar, por su cuenta, una superproducción. Imaginaba que de ahí su quiebra y la posterior visita de Eladio. Sin contactos ni peso en el mundo artístico, por mucho

dinero que tuviera, no lograría nada rentable ni le darían la oportunidad de meter las narices. Desconocía el argumento, pero tenía toda la pinta de ser una película de acción. La hermana de Tarik me contó que había infinidad de prendas como las que ahora llevaba puestas, además de calzado y complementos. Las armas no habían sido de verdad, pero todo lo demás resultó una suerte cuando los infectados aparecieron.

Me llamó la atención que ellos se hubieran quedado con la ropa y no los soldados de la fortaleza. Ahí la hermana de Tarik me comentó que, en efecto, aquel había sido el uniforme oficial de la guardia, pero la actriz se los dio a los salvajes cuando Eladio la echó de su casa. Mi cara de sorpresa bastó para que ella se explicase mejor. Yo había dado por sentado que la actriz había muerto y por eso no estaba. Ni se me había ocurrido que pudieran haberla desahuciado, y mucho menos por el bueno de Eladio. Sin embargo, a medida que la hermana de Tarik exponía detalles, comprendí lo sucedido.

La actriz no estaba bien de la cabeza, machacada por no poder recuperar el estrellato. En eso la infección poco había tenido que ver. La mujer inmortalizada en cada pasillo me sonaba, pero no por las películas ni por recordarme a Berta, sino por la serie que la sacó del anonimato. Una de tantas donde capítulo a capítulo, temporada tras temporada, ves cómo crecen sus actores. A la actriz le sucedió lo que a otros tantos niños prodigio. Se encasilló y se quemó antes de poder demostrar siquiera sus dotes interpretativas. Algo ególatra, dando por hecho su posición en el mundo del espectáculo, productores y directores le fueron cerrando puertas. Cuando quiso cambiar su actitud ya era tarde y lo único que encontró fue pequeñas ventanas que conducían a papeles secundarios, que pasarían sin pena ni gloria. Si seguía con vida, rondaría los cuarenta, pero había muerto con trece, cuando el último capítulo de su serie fue emitido.

El fin del mundo debió ser para ella justicia divina. Eladio me había dado pocos datos de la mujer, pero la hermana de Tarik fue generosa. En palabras de la guerrera, la actriz se convirtió en reina y señora de sus tierras. Eladio fue ganando protagonismo porque a ella solo le interesaba la puesta en escena. Las decisiones duras o importantes le venían grandes. Pero sabía ganarse a la gente y cada nueva persona que acogían caía a sus pies, porque ella los deslumbraba. Entendí en ese momento que la costumbre de vestirse de gala procedía del comienzo, y la actriz tenía toda la pinta de haberlo impuesto. Imaginé que cualquier refugiado encontraría un alivio, o le divertiría, poner fin al miedo a golpe de lentejuela. Todo un soplo de aire fresco tras carreras, miedos y sobresaltos. Me aventuré a ir un poco más lejos, seguro que a Eladio le parecía tan ridículo como a mí, pero ante la aceptación de los habitantes, estaba obligado a no meterse. Interesante.

Por desgracia para la actriz, el ser humano no es tan imbécil, y su despreocupación frente a los asuntos serios terminó pasándole factura e inclinando la popularidad en favor de Eladio. Como yo en su momento, la actriz era bastante ingenua y accedía a dar asilo sin importarle demasiado quien entrase, salvo que le llevasen la contraria y no aceptasen sus imposiciones. De seguir viva, con lo que la hermana de Tarik me estaba contando, a mí me habría puesto de patitas en la calle por no compartir el entusiasmo por las fiestas. El caso fue que todo iba como la seda, hasta que las provisiones empezaron a escasear, las fiestas se volvieron un derroche y el pillaje se coló hasta la cocina.

El momento de gloria de la actriz llegó a su fin, pero ella no quiso aceptarlo. Tan metida en su papel de reina, amenazó de muerte a aquellos que la contrariaban. Eladio sabía manejarla y le hizo la cama. La gente aceptó porque Eladio supo combinar la vanidad con la convivencia; la

seguridad con la diversión. La actriz volvió a verse en plena caída libre y, como entonces, trató de remontar a su manera. Decidió que la fortaleza no merecía la pena y se marchó antes de que la echasen. Su error fue ir a pedir asilo a los salvajes y, sobre todo, creer que estos le debían algo por el simple hecho de vivir al lado. El consejo no le dio la menor oportunidad, ella no era bien recibida en el poblado, pero no tenían inconveniente en que se instalase en la urbanización que había construido para sus amigos; el lugar en el que yo me las había visto con los niños. Ni los de la fortaleza ni los salvajes la molestarían. En su ignorancia, la actriz se lo tomó como una concesión de los salvajes, en lugar de la más absoluta indiferencia hacia ella. De ahí que les regalase los uniformes que ahora llevaban los guerreros, aunque probablemente fue un castigo para los soldados de la fortaleza.

—Recuerdo las caras de mi gente —comentó la hermana de Tarik sentada a mi lado, mientras compartía con ella la carne que me quedaba. El sol emprendía su descenso, pero todavía había luz—. No íbamos a usarlos. Y allí quedaron, en cajas, hasta que se formó la alianza con Eladio. No somos estúpidos, coyote. Si íbamos a pelear contra vosotros, debíamos protegernos del mismo modo.

Claro que lo entendía. Otro asunto desvió mi atención. No quería preguntar, pero lo hice.

—¿De dónde salieron los niños? —pregunté con un hilo de voz, abrazada a mí misma de puro desagrado, esforzándome por no revivir una y otra vez mi única visita al lugar.

La hermana de Tarik me miró con algo similar al miedo.

—Valoro lo que hiciste, te lo agradezco por mi gente, pero no entiendo cómo pudiste.

Me limité a encogerme de hombros. Yo tampoco me había creído capaz, pero en su momento no me tembló el pulso. Podía justificarme de mil formas, pero no quería hacerlo. Que fuese por proteger a los salvajes o por librar a los niños del horror al que los había conducido su vida no me daba ningún consuelo. No era quién para arrebatarse vidas, la defensa propia era relativa, aunque conveniente. Podíamos haber indultado a los pequeños, explicarles qué era correcto y qué no lo era. No lo pensé, no encontré tiempo para otra cosa que apretar el gatillo, porque ellos no habían dudado en apretar los de sus armas. Quizá al tanto de mis pensamientos, la hermana de Tarik no volvió a hacer ningún comentario personal y se centró en explicarse.

—Ella no pensaba tener hijos, pero le gustaban los niños. Había adoptado a un par antes, vivían en la fortaleza, el resto los fue sumando. Llegaron muchos huérfanos, y muchos se quedaron huérfanos los primeros días. Cuando se trasladó al complejo se los llevó. Eladio solo consiguió que se quedasen dos, porque los críos la adoraban tanto como a la inversa, y no dudaron en seguirla. Fue así. Lo que pasaba dentro del complejo nadie lo sabía, porque nosotros nos mantuvimos lejos, igual que los de la fortaleza. De hecho, creo que se han olvidado de ellos o que piensan que han muerto o que ella todavía sigue aquí.

La forma de hablar de la hermana de Tarik había cambiado. Tuve la impresión de que la actriz no era una desconocida para ella y que conocía muchos más detalles que el resto o, al menos, estaba más interesada. Me pareció ver un brillo de nostalgia y también despecho. Antes de poder evitarlo mis conclusiones abandonaron mi boca.

—Estuvisteis juntas —dije, dándolo por sentado—. ¿Se molestó en romper contigo o se largó sin más?

Ni le molestó mi intromisión personal ni pareció afectarle. De nuevo su risa intervino y se me contagió. Me gustaba el modo en el que ella afrontaba las cosas. Diferencias aparte, no me

sentía mal a su lado. Como muestra todo el tiempo que llevábamos de charla, sin que se hiciera en absoluto pesado.

—Se despidió —respondió ella, mirándome sin intención de mostrarse herida a pesar de haber sido abandonada—. Nos encontrábamos en el bosque, a espaldas de los suyos y de los míos, porque ninguna quería dar explicaciones. La última vez que la vi me dijo que estaba harta, que no controlaba su vida, que necesitaba empezar de cero. Le pregunté por los niños. No tenía trato con ellos, pero no hubiera consentido que se quedasen solos. Ella me dijo que había otros adultos en el complejo y la creí, porque no fue la única en dejar la fortaleza. Cada día entraba y salía alguien. Me centré en lo mío e ignoré la zona para no pensar en ella.

—Lo siento —dije, porque sabía bien cómo se sentía uno al ser rechazado.

Su risa me hizo poner los ojos en blanco. Sin embargo, no se trataba de una farsa. Le divertía mi reacción.

—No te equivoques, coyote, no estaba enamorada de ella —dijo, como si la idea fuese absurda—. Era una inútil en casi todo, pero sabía moverse, y por aquí no es nada fácil encontrar compañera de cama, al menos sin que te pidan amor eterno.

La hermana de Tarik giró el cuerpo hacia mí, dedicándome una mirada intensa. No fue suficiente para alertarme de lo que vendría a continuación. Antes de darme cuenta, mi espalda golpeaba el césped, el cuerpo femenino me inmovilizaba bajo su peso, con una de sus piernas encajada entre las mías, sujetándome las muñecas por si me daba por golpearla. Yo me mantuve muy quieta, perpleja, pero quizá de puro nervio se me escapó la risa. Los labios de Nailah acariciaron mi oído. Le reconocí la fuerza, la sensualidad. Lástima que no fuese mi tipo.

—Si no pertenecieras a mi hermano, ahora tú y yo estaríamos desnudas y jadeando —aseguró deslizando su muslo entre mis piernas.

Ella sabía lo que hacía. Siempre me han gustado los hombres, pero tenía que reconocer que era una mujer impresionante. Una pena que su comentario hubiera estropeado cualquier buen ánimo por mi parte.

—Yo no pertenezco a nadie —siseé.

Esta vez su risa sí me molestó. Sus siguientes palabras trajeron rabia, porque también originaron una ilusión que no venía a cuento.

—Tú le perteneces y él te pertenece a ti —sentenció Nailah.

En un segundo, el placaje perdió cualquier tinte de flirteo y se convirtió en una pelea en toda regla. Con las piernas entrelazadas, me fue más sencillo tomar impulso para sacarme a la guerrera de encima, librándome del agarre de sus manos, y encajando algún que otro golpe en el desarrollado cuerpo. Ambas terminamos en pie, frente a frente. Mis ojos brillaban con ofensa, los de Nailah satisfechos. Su asalto había sido una mera provocación para buscar pelea y reírse un poco a mi costa. Su sonrisa se curvó con aquel aire perverso que la caracterizaba.

—¿Vas a pelearte conmigo? Yo no soy Tarik, coyote. Si te gano, te obligaré a estar donde yo diga.

No caí de nuevo en su provocación. Me costó horrores, pero logré esbozar una sonrisa igual de inquietante.

—Llevo tanto entre vosotros que sé que eso no es cierto. Porque para que yo acabe a tus órdenes, primero tendrías que librarte de mi actual protegido. ¿Verdad? Por muy buena que seas, sabes que a él no vas a ganarlo, y por mucho que finjas, tú también eres de lo más honorable.

Ella se puso en posición de ataque, yo la imité, pero en nuestras miradas lo único que brillaba era la diversión. Quién iba a decírmelo, y quién iba a decírselo a la guerrera.

—Tiene esa mala costumbre —gruñó la mujer antes de saltar hacia adelante con intención de hacerme una llave—, siempre llega primero.

Esquivé su agarre por los pelos, y gracias a haber peleado con los suyos o presenciar el entrenamiento, aproveché la oportunidad y le di una patada traicionera en la espinilla. Ella era rápida, ágil y más fuerte. Más me valía que no me atrapase o iba a dolerme. Me cayó una mirada fulminante por jugar sucio y sonreí de oreja a oreja. Quería pelear con ella, era un buen modo de pasar el tiempo y entrenar el cuerpo, pero lo haría con mis reglas, no con las tuyas o mordería el polvo al segundo. ¿Quién decía que no tenía orgullo?



Estaba del todo exhausta. Tendida sobre la hierba la noche empezaba a apoderarse del cielo ante mis ojos, pero no sentía ni un ápice de frío. Cada músculo contraído con un dolor deseado. Me sentía viva y se me escapó una carcajada. A mi lado, igual de agotada, la hermana de Tarik acompañó mi risa.

—¿Sabes que mañana no podremos mover ni el dedo meñique? —comentó sin ápice de resentimiento.

—Es probable —asumí sin inmutarme.

Ella resopló y sentí sus ojos recorrer mi rostro antes de devolver la atención al cielo.

—Te mueves como Akil.

—Oh, no, tu hermano es increíble —aseguré, rememorando el modo en el que se había enzarzado con los corredores. La pena y la preocupación rompieron la buena sensación que me envolvía. Akil era demasiado enclenque para su edad—. ¿Tiene alguna enfermedad?

—No exactamente —respondió ella con un suspiro de cansancio—. El viaje hasta aquí fue duro, apresurado y se torcieron las cosas. Mi madre estaba embarazada y no pudo cuidarse mucho. El parto la encontró en un barco pesquero, sin comida y con demasiadas responsabilidades. Es un milagro que Akil no muriera, es nuestro milagro que haya llegado hasta estos días. Mi madre también estuvo cerca de perder la vida, pero es una mujer fuerte y por sus hijos es capaz de burlar hasta a la muerte.

No ponía en duda lo que esa obstinada mujer haría por sus hijos, pero algo no terminaba de encajar.

—Sin embargo, habría repudiado a Tarik de no haberos abandonado por mí.

—Tarik se comprometió, eligió un destino —dijo ella, con un apoyo absoluto hacia su madre—. Echarse atrás es de cobardes, no hay sitio para cobardes en nuestra familia. Si perdemos nuestro honor, no seríamos más que animales. Y mi madre dio a luz hombres y mujeres, ni perros ni ratas ni chacales ni serpientes.

—Ni coyotes —apuntillé incapaz de ocultar mi ofensa.

Su risa puñetera fue la esperada. No me molesté en justificarme. Ella pareció buscar las palabras para expresarse.

—Mi abuelo nos contó una historia de lo más curiosa, ¿quieres escucharla? Habla de ti, que

lo sepas.

—No tengo nada mejor que hacer —cuchicheé, negándome a reconocer que había picado el anzuelo.

Ella no se regodeó, y su voz empezó a envolverme con esa cadencia que tanto me gustaba. Qué bien sonaba, aunque sonaba mucho mejor a través de la voz de Tarik. Lo espanté de mi mente para atender al argumento del cuento y evitar así la punzada en el corazón y todo el anhelo. Lobos, perros, coyotes y chacales. El abuelo de Tarik se había sacado de la manga un modo interesante de darles origen. Me gustaba y, en cierta forma, comprendí el porqué de mi denominación, aunque no terminaba de parecerme un insulto. Cuando acabó su relato, lo compartí con ella.

—No me ofendió en su momento, ahora que le encuentro sentido hasta me gusta lo de coyote.

Ambas giramos la cabeza al tiempo y nuestras miradas se encontraron con un aprecio sereno.

—Dudo que mi hermano quisiera ofenderte, Clara. Él te valora.

Me revolví inquieta, rehuí los ojos negros y terminé sentada para dejar de sentirme tan vulnerable. Hice un gesto despreocupado con la mano y rememoré una de las desastrosas charlas con la gran madre.

—Qué pena que yo no lo valore a él.

Nailah también se incorporó dejando el suelo, lista para regresar al poblado. Hizo una mueca de dolor al estirarse, pero al segundo su expresión volvió a ser maliciosa.

—Y yo voy y me lo creo.

TARIK

No aguanté más tiempo. Había dejado la cabaña y a Nekhbet dormida, internándome en el bosque sin tenerlas todas conmigo. Mis pasos me llevaron hasta la pequeña cueva, tan significativa, pero también la dejé atrás. Caminaba hacia un error o hacia un acercamiento. Con ella todo era posible. Cuanto más cerca se encontraba el lago, más nervios sentía. Dudaba que Clara durmiera, pero seguro que no acudía a recibirme con una amplia sonrisa.

En la soledad de la noche, la penumbra me permitió acercarme con prudencia. Esta vez no habría sigilo. Quería que supiese que estaba allí, y no iba a arriesgarme a que me atacase creyéndome una amenaza. El claro, su árbol, se abrieron ante mis ojos. Aguardé sin poder ver más que la frondosa copa que la ocultaba con maestría y, a lo lejos, el reflejo de la luna en el lago. Contuve la respiración de pura incertidumbre, hasta que el movimiento me dijo que no estaba todo perdido.

Clara dejó la copa con soltura. Me impresionó su destreza, pero mucho más lo bien que le sentaba nuestro uniforme. Mi hermana me había puesto al corriente de las horas que habían compartido, sin omitir detalle. Estaba en lo cierto, ella no podía ser más atractiva ni con un rostro perfecto. Volví a respirar cuando se irguió junto al tronco de brazos cruzados. El mentón en alto, los ojos rezumando desconfianza.

—Quiero enseñarte algo —dije, rompiendo el silencio.

Dudó, por supuesto. No vendría conmigo y a la vez se moría por acompañarme. Avancé un poco más, notando la tensión en su cuerpo. Extendí el brazo tendiéndole mi mano. Nuestras miradas parecían incapaces de apartarse.

—Acompáñame, por favor.

Su razón seguro que imponía rechazo, pero su brazo se adelantó y nuestras palmas se unieron en una caricia. Le di un suave apretón a modo de agradecimiento y, antes de ceder a las ganas de besarla, giré y la arrastré conmigo de vuelta al bosque.

Siempre me ha gustado el bosque de noche. Se respira calma, libertad y el silencio permite ordenar los pensamientos. Los míos se centraban en la mujer que caminaba a mi lado, sin soltar mi mano. Un gesto tan simple se me antojaba de lo más relevante. Que siguiera confiando en mí avivaba mi esperanza.

—Tenemos una costumbre, nos acompañó desde nuestra tierra —empecé a decir, modulando la voz para no impregnarla con mis nervios—. Cuando extrañas a alguien, ayuda encender una vela y pedir su vuelta. Sirve para ausencias de espacio, traslados o incursiones que se hacen eternas, pero también para llamar a aquellos que aun estando próximos, se encuentran lejos.

No dijo nada, a esas alturas yo sujetaba su mano, porque ella perdía fuerza. Parecía hechizada y me arrastraba a dejarme envolver por la magia que sentía con ella a mi lado. El nudo en la garganta me impidió hablar más. Unos minutos después, los árboles dieron paso a una solitaria colina. En su ladera, una pequeña oquedad por la que no entraríamos a la vez. No se me ocurrió dejarla ir primero, porque se negaría a que la engullera la oscuridad. No era un acceso agradable, y de ahí que sus pasos se volvieran más lentos. Aferré con fuerza su mano, para que no

se soltara, y me dejé envolver por la negrura.

—Tarik... —gimió con todo su desagrado.

No se veía lo más mínimo, porque la cueva aparecería tras un sinuoso y estrecho pasillo y mi gente había colocado unos tablones que ejercían de tapia. Los nervios me mantuvieron en silencio, su tensión era la mía, aunque no fuese motivada por lo mismo. Mi mano dio con la improvisada puerta. La empujé sin encontrar resistencia y haciendo que las rudimentarias bisagras emitieran un gemido. No se asustó, porque una luz cálida y titilante nos bañó al momento.

El espacio que se abría ante nosotros era hermoso y ni siquiera ella podría negarlo. No se trataba de una gruta grande, era de tamaño medio, acogedora incluso, gracias a que en sus paredes se habían escarbado cientos de estantes repletos con todo tipo de velas más o menos consumidas. Algunas apagadas, poniendo fin a toda esperanza, solo una recién encendida.

—Vaya —murmuró olvidándose de mí.

Clara avanzó hasta detenerse en el mismísimo centro. Sus ojos recogían cada detalle, cada rastro. Podría jurar que sentía la fuerza que emanaba de aquel santuario. No era tan grandioso como el que había en el poblado, pero sí muchísimo más relevante. Un lugar íntimo y, por eso, cerré la puerta y pasé el cerrojo. Ella, absorta, no pareció darse cuenta de que acababa de atraparla.

Cuando volví a acercarme a ella el olor propio de Clara se fundió con el aroma de la cera. A esas alturas, la ensoñación del lugar tiraba de mí. Me pegué a su espalda, porque en cuanto la tuviera de frente perdería cualquier cautela.

—Enciende una por tu hermano, coyote, te aseguro que funciona —dije en su oído, apretando los párpados y los puños al notar que se estremecía. Antes de darle tiempo a soltarme un corte de los suyos, señalé la vela con más cuerpo—. Esa es la nuestra. La encendí pidiendo que volvieras conmigo y aquí estás.

La respiración de Clara se intensificó. Estaba nerviosa, mi voz seguía pareciéndole sugerente. También se sentía inquieta. No sería tan fácil convencerla.

—Porque fuiste a buscarme y me has traído. No hay nada mágico en eso.

Sonreí y mis labios acariciaron su mejilla. Sí había magia allí dentro, porque ella no parecía reacia ni consciente de que se había pegado tanto a mí que nuestros cuerpos se unían. Con un suspiro de resignación, opté por ser franco.

—Sí, fui a buscarte, pero tú no tenías que bajar del árbol ni acompañarme. —Su risa agitó mi corazón. Me concedía esa victoria, pero seguía reticente—. Tal vez no sirva para nada, pero te sentirás mucho mejor.

Por algún tipo de milagro, su obstinación no salió a saludar. Quizá porque necesitaba hacer algo en relación con su hermano o porque se dejaba llevar por aquel lugar igual que yo. Asintió, logrando que nuestros rostros se acariciaran. Mis manos acabaron en su cintura y la guie hasta el estante en el que se apilaban las velas sin usar. Tomó una y me resultó curiosa su elección. Había de todo tipo de formas y colores, pero ella se conformó con una pequeña vela blanca. Su espalda siguió pegada a mi pecho, como si una parte de ella necesitase sustento. Se lo brindaría, haría cualquier cosa por ella.

—Se dice que un deseo prende otro —susurré, incapaz de hablar con firmeza mientras unía mi mano a la suya y acercaba la pequeña vela a la llama que encendí por ella.

La solemnidad fue por ambas partes. Creyera o no en mi costumbre, no iba a burlarse de ella y me pareció un avance. Había otra costumbre, también en relación con aquel santuario. Allí se establecían las parejas, iluminadas por la misma ilusión de aquellos que formaban parte de su vida. Quería estar allí con ella, porque aunque Clara jamás reconociese lo que sentía, yo no podía seguir negando los míos. Jamás sentí la necesidad de llevar allí a Tiye. Di por sentado que antes o después lo haría, pero ahora entendía mucho mejor a qué se referían los nuestros sobre la verdadera pareja. Tiye jamás lo habría sido. Mi compañera sí, la habría respetado y amado, pero no la necesitaba ni la temía, como en el caso de Clara.

La vela prendió con un chisporroteo. Clara se encogió entre mis brazos y vi como las lágrimas bañaban sus mejillas. La ausencia de su hermano la estaba matando. De no ser por mi agarre ni habría podido depositar la ofrenda en el estante ni seguir en pie.

—No puedes negar eternamente lo que sientes, Clara —dije con pesar. Hablaba de Guillermo, pero una parte de mí también hacía referencia a nosotros—. Quieres a tu hermano, quieres volver a verlo. ¿Por qué no lo aceptas y dejas de sufrir por ello?

No lograba entenderla en ese sentido. Me sorprendió una vez más, porque se revolvió contra mí, pero para girarse y pegar la frente a mi pecho. Mientras sus manos se aferraban a mi cintura, yo la envolví entre mis brazos.

—Te lo dije, el hermano al que quise está muerto.

Esa parte sí alcanzaba a comprenderla, pero ella parecía haber olvidado un detalle importante. Seguí pegándola a mí con un brazo, con el otro acaricié su pelo.

—También murió quien fuiste, pero eso no cambia lo mucho que lo echas de menos. ¿No es cierto?

Acababa de poner los pies en terreno peligroso. Mis palabras le hicieron daño por lógicas y ciertas. Tampoco sería feliz por lo bien que estaba a mi lado. Sin duda, estaría pensando en Tiye. Trató de apartarse, pero no aflojé mi agarre. Mis caricias se volvieron menos inocentes. Recorría su espalda, mis dedos se deslizaban por su nuca y su cuello, en un roce sugerente. No pelearía eternamente, por mucho que doliera.

—No lo entiendo —siseó, con los puños cerrados a la altura de mi pecho. Temblaba contra mí, su cuerpo se dejaba acariciar por el mío, pero todavía presentaba batalla—. Dónde queda tu honor cuando estás conmigo, en vez de con la mujer que elegiste.

Mi sonrisa fue inmensa, al igual que el amor que le profesaba a aquel coyote. No, ella no me compartiría. Casi podía jurar que el recelo, el daño, no venía de ser la segunda, sino de sentirse defraudada conmigo.

—Estoy con la mujer que elegí, Clara.

Cuando sus manos cayeron interés, me aparté lo justo para estudiar su rostro. Ella me contemplaba, pero no me estaba viendo. Las dudas oscurecían sus ojos tanto como el deseo. No parecía creerme, Tiye seguía presente. A saber que interpretación le daba a mi declaración. Lástima que la atracción tirase de mí, restándole importancia. Quería dejar las cosas claras, pero teniéndola delante, a solas, en aquel lugar, solo ella tenía cabida. Además, una parte de mí todavía la quería lejos, a salvo, y confirmar que ella era la única mujer para mí la privaría del único argumento que le quedaba para irse con la conciencia intacta.

Estaba a punto de besarla, cuando su expresión me puso en alerta. Iba a atacarme. Me mantuve muy quieto, pero ella se pegó un poco más a mí, se estiró, hasta que su lengua recorrió

mi garganta doblegando mi cuerpo.

—Estás en tu derecho —susurró contra mi piel—. Ahora soy tu esclava, igual que tú lo fuiste en su momento.

Mi primer impulso fue apartarla, pero me contuve. No caería en su provocación. Dolían sus menosprecios, pero el deseo me volvió permisivo. No sin antes dejar las cosas claras. Enredé la mano en su pelo y tiré con suavidad para volver a tener su rostro a un palmo. Esta vez mi susurro sería contra sus labios.

—Ni yo interpreté un papel entonces ni tú lo estás haciendo ahora. —Una descarga de energía nos recorrió a ambos de pies a cabeza, pegando todavía más nuestros cuerpos. El corazón de Clara parecía a un paso de reventar su pecho para reunirse con el mío. Rocé sus labios, pero no profundicé en un beso. Iba a derribar la maldita muralla que se alzaba entre nosotros—. Quieres esto tanto como yo, pero mejor dejarlo claro. ¿Me deseas? ¿Quieres volver a sentirme dentro de ti? ¿Qué recorra con mis manos cada parte de tu cuerpo? ¿Qué mi boca no deje ni un centímetro de tu piel sin probar?

Su rostro me estaba dando la respuesta. Rendida, excitada, no puso objeciones a que mis manos se deslizasen bajo la camiseta para quitársela y las suyas colaboraron para desprenderme de la mía.

—Sí quiero —asumió, sin rastro de recelo ni arrogancia—. Te deseo como jamás he deseado nada.

Suficiente. Como dos trenes que colisionan, nuestras bocas emprendieron su placentera pelea, nuestras manos terminaron de deshacerse de las demás prendas. Sentir su piel cálida, la firmeza de sus músculos o la rugosidad que suponían sus cicatrices no hizo otra cosa que calentar más mi sangre. El suelo nos brindó un lecho tibio, porque la piedra allí jamás estaba fría. Por fin, volvía a sentirla bajo mi cuerpo, sus piernas regresaban para atarse a mi cintura, sus manos sujetaban mi rostro para que no dejase de besarla. La pasión nos devoró por completo y cada una de mis embestidas era recibida con anhelo.

—Soy tuyo, Clara —confesé, sin importarme que ella no comprendiera la veracidad en mis palabras.

Quizá no entendiera de rituales ni de magia, pero su espalda se arqueó a causa de un demoledor orgasmo que, una vez más, me arrastró consigo. De tan intenso, su cuerpo rompió a temblar y las lágrimas regresaron para humedecer su rostro. No vi miedo, sino derrota. Sus defensas habían sido aniquiladas por completo.

—Mi corazón te pertenece —susurró, sin ser del todo consciente, aturdida como nunca.

—Igual que a ti el mío —jadeé, desbordado por su entrega y por el mágico momento, incapaz de apreciar si había dicho lo que sentía o un mundo de incoherencias.

CLARA

La intensidad abrumadora me incapacitó durante un tiempo eterno. Notaba el peso de Tarik sobre mí, como si él fuese lo único que me mantenía atada a la tierra. Jamás he creído en la magia. Fui una soñadora nata, pero incluso entonces era muy consciente de que no se trataba de otra cosa que fantasías. Sin embargo, en aquella cueva, con él, juraría que algo sobrenatural había rozado mi alma.

Como no, la realidad regresa antes o después y uno vuelve a la tierra. Me abracé a la espalda de Tarik, besé la piel de su hombro, que era lo que más a mano tenía, mientras él recuperaba la respiración.

Se había entregado a mí, igual que yo a él, pero no tenía la certeza de que trascendiera más allá de esa cueva. Esperaría, porque ponerlo en palabras me era imposible, pero al primer indicio de vacilación, como escogiese a la maldita aguadora en lugar que a mí, me faltaría tiempo para largarme.

Tras unas caricias suaves, inesperadas y a su vez lógicas, nos separamos y empezamos a vestirnos. El silencio no fue incómodo, quizá porque todavía permanecía la sensación de irrealidad que creaba aquella gruta. Mientras abrochaba mis botas, busqué la vela. Mis ojos dieron con la que Tarik señaló como nuestra y un millón de mariposas revolotearon en mi estómago. Cuando di con la que correspondía a mi hermano, la congoja sustituyó todo lo demás. Aquel gesto sencillo había activado mi emotividad con respecto a Guillermo y, ahora, en frío, lamentaba haberme dejado llevar.

—La esperanza es una mierda. Te odio por esto —dije a media voz, con los ojos puestos en la débil llama.

Tarik no se tomó a mal mis palabras. Como yo, terminaba de calzarse y vi en su rostro una sonrisa paciente.

—La esperanza siempre ha estado ahí —dijo, con ese tono seguro que me dejaba a mí sin argumentos—. Sacarla a relucir no cambia nada. Lo quieres contigo, cambiado o no, es una parte de ti misma que no desaparecerá por mucho que la ignores.

Lo sabía, pero darle alas a la ilusión consigue que asciendas tan alto que cuando las pierdes la caída es inmensa. Iba a replicar, pero los ojos de Tarik atraparon los míos, obligándome a enmudecer.

—Si regresa y no es el que era, ¿qué crees que pasará? No vas a sentirte mejor por confirmar tus sospechas ni dejarás de pelear por vivir.

Rehuí su mirada y me levanté. Había pensado en terminar con todo cuando corroborase el cambio de Guillermo. A mi pesar, ahora alguien más me ataba a aquel mundo. La mano de Tarik se cerró sobre la mía, con la otra acunó mi rostro para que lo mirase. Las palabras sobraban. Sentía que él conocía, uno por uno, cada pensamiento. Su expresión, el modo en el que sus ojos atrapaban los míos me infundía fuerza y a su vez me dejaba expuesta. Sus labios acariciaron los míos y yo lo interpreté como una petición. Un sencillo «quédate conmigo». El miedo heló mi sangre con más fuerza que nunca y la calidez de su contacto, o el de la cueva, no pudieron aplacarlo. Había perdido a mis padres, luego a mi hermano, después a Lucas. Ahora, la

posibilidad de perder a Tarik me superaba. Temblando de pies a cabeza, me aparté de él, como si así lograra dejar atrás la ansiedad que me generaba. Él no me retuvo ni protestó. Yo fui delante, abrí la puerta algo sorprendida al ver que habíamos estado encerrados. Un detalle por su parte, podría haber aparecido cualquiera, y encontrarnos en una situación en la que sobraba público.

La negrura no invitaba a dejar el refugio, pero me adentré en ella feliz por poder enfrentar algo. En ese momento, deseaba dárme las con una horda de infectados para desquitarme, pero la noche y el bosque seguían en calma, confabulaban en mi contra al impedirme una vía de escape. No bajé la guardia en mi avance hasta el lago. Tampoco sabía si Tarik me seguía o me había dejado por imposible. Ni siquiera alcanzaba a atinar qué deseaba yo. ¿Qué me retuviera? ¿Qué me dejara espacio?

Mi árbol apareció ante mí casi por arte de magia. Me llevé las manos a la cabeza, agitada por la maraña de emociones y sentimientos. Las manos de Tarik se posaron en mis hombros dándome un susto de muerte. Me giré hacia él tragándome el grito que había estado a punto de abandonar mi garganta.

—¿Pero qué pasa contigo? ¡Deja de darme esos sustos! —protesté, mirándolo con los ojos entrecerrados, más cabreada al ver su sonrisa ligeramente divertida—. Vas a acabar matándome de un infarto.

Tarik hizo un gesto de impaciencia, llamándome exagerada. Yo me froté el rostro para entretener mis manos, evitando así que se aferrasen a él o que cedieran al impulso de golpearlo. Aquel hombre me volvía loca de remate. Ser inestable en este mundo es lo habitual, pero con su ayuda terminaría corriendo en círculos sobre mí misma. Dejé caer los brazos y sacudí la cabeza.

—Estoy agotada. Márchate. Necesito dormir.

La negativa fue inminente. Las palabras de Tarik volvieron a estremecer todo mi cuerpo.

—Tienes el sueño ligero, salvo cuando duermes conmigo.

Ahí estaba otra verdad incómoda. Tampoco iba a negarla en ese momento. Sin embargo, no quería volver al poblado.

—No quiero volver con tu madre ni con tu gente. No pienso acumular deudas.

La voz de Tarik me pareció fría, resentida, pero no conmigo.

—No lo sabía —dijo sin más.

Comprendí que se refería a la jugada de su madre y su hermana a la hora de la comida. Podía seguir enfadada, pero de verdad que estaba exhausta.

—Están en su derecho. Le pregunté a tu madre qué le debía.

—La deuda está saldada —dijo con aspereza.

—¿Y a ti qué te debo? —pregunté, con los puños apretados.

Lo molesté, lo ofendí. Se contuvo igual que yo hice en su casa. Era culpa suya, no mía.

—A mí no me debes nada, pero yo también duermo mejor contigo cerca.

Sabía que no iba a rogar que regresara con él, pero quería que así fuese. Lo miré con tristeza.

—No deberías.

—No, no debería —aseguró, antes de esquivar mi cuerpo para alcanzar el árbol y recoger la bolsa con las armas y el resto de pertenencias.

El autoengaño pierde sentido cuando uno se entrega como yo acababa de hacer en aquella cueva. No le impedí que me guiara de vuelta a su casa, y preferí no darle más vueltas. Caminamos

en silencio, no había mucho que decir, ni fuerzas. Si lo había pasado igual de mal que yo las últimas noches, estaría deseando meterse en cama.

Y eso hizo al llegar a su cabaña. Yo lo seguí, dejándome guiar por la respiración pausada de la niña. Ambos nos quitamos nuestras ropas sin querer dedicarle un solo vistazo al otro. Yo me metí en la cama con Nekhbet, pero hubiera preferido hacerlo en la de Tarik.

Abrazar a la niña y que esta me devolviera el abrazo incluso dormida, me confirmó que había hecho lo correcto. Besé la suave frente, revelando sin máscaras cuánto la había extrañado y cuánto la quería.

—Por favor... —musitó Nekhbet, más dormida que despierta—. No vuelvas a irte.

Las ganas de llorar se sumaron y les di rienda suelta. Por la niña, por Tarik, por Guillermo. La esperanza es un ente traicionero, capaz de convertir tu mundo en polvo para erigir con él un hermoso castillo. El problema es que la realidad sopla muy fuerte y unos cimientos tan endebles no resisten. En ese momento, se alzaba ante mí el mejor de los palacios, y en un suspiro podría perderlo.



Nos habían echado de menos, a los tres, porque esa mañana tuvieron que venir a despertarnos. El encargado fue Hanif, el chico que casi se convierte en aperitivo de niños. El motivo de su urgencia: habían encontrado el emplazamiento. Nos faltó tiempo para dejar la cama. Tarik ni siquiera hizo ademán de pedirme que esperase. Sabía que lo acompañaría con o sin su beneplácito. Fue el primero en entrar en el baño, pero lo dejó todo listo para que yo también pudiera asearme. En la cocina, preparó el desayuno para los tres, y a mí me faltó tiempo para felicitarlo por ser un anfitrión encantador. Me lanzó una mirada envenenada y, cuando regresé a la habitación para armarme, me la devolvió regalándome un ardiente beso que me dejó temblando. No había tiempo para más, ni siquiera para aclarar en qué punto estábamos tras lo sucedido aquella noche, y los dos lo agradecíamos, porque seguro que con palabras de por medio no íbamos a entendernos. Tras mandar a Nekhbet con la gran madre, seguimos a Hanif, quien todavía cojeaba. La calma del bosque me resultó inusual, el aire apenas agitaba las hojas; una sigilosa señal de peligro.

—¿Cómo estás? —pregunté al chico, y no me refería solo a un aspecto físico.

El asalto en la casa de los niños había sido horrible para todos. Al chico lo encontramos herido y con una mirada que decía cuanto estaba sufriendo. Recordaba su expresión aterrada, su rendición y lo que había dicho: si el mundo se había vuelto así, no quería seguir en él. Porque seguro que también lo recordaba, me sonrió con timidez.

—Agradecido.

Su tono revelaba una adoración que me tomó del todo desprevenida. No tuve tiempo a más. El bosque nos condujo hasta el claro en el que entrenaban, pero allí solo vi guerreros, no aprendices. Nos reunimos con la hermana de Tarik y cualquier sensación grata se fue al traste, al menos por mi parte. Por la actitud seria de Nailah, cero burlas ni sonrisas puñeteras, lo descubierto era muy muy grave.

TARIK

Ella no es consciente de cuanto la respetan, me cuesta entenderlo, pero hasta se sorprendió con la respuesta de Hanif. Quería centrarme en lo que fuera que hubiesen descubierto, pero no podía evitar que mi atención volviese a Clara. Su preocupación sincera por los míos también me gustaba. Se puso a la defensiva al dar con mi hermana, pero Nailah estaba demasiado preocupada para ser mezquina. La situación era grave, y me obligué a concentrarme en los descubrimientos, esforzándome para que mis ojos dejasen de recorrer su cuerpo.

De camino a la zona en la que el vigía había localizado el asentamiento enemigo, escuché los datos. De entrada, unos cincuenta hombres y mujeres, ninguno indefenso. Otros treinta no parecían presentar demasiadas dificultades, pero en grupo sí darían problemas. Lo peor, lo que vimos desde lo alto de las colinas. Tumbados sobre la tierra, el paisaje explicaba el descenso de infectados alrededor del poblado. Jaulas grandes, con compartimentos y pasarelas metálicas, ocupadas por muertos.

—¿Qué demonios significa eso?

Retener muertos me parecía temerario y poco práctico. Sobre todo en un número tan grande. Lo peor, soldados se afanaban en preparar más y más pasarelas de rejas, supuse que para encaminarlos. Hacia dónde era evidente, la fortaleza.

Mi hermana puso en palabras mis pensamientos.

—Supongo que querrán sitiarlos. Provisiones tienen, pero necesitan salir a por materiales para las infraestructuras. En algún momento, se estropearan. Ellos los libran de los muertos, a cambio se quedan con el emplazamiento.

Como no, Clara no estaba de acuerdo.

—Son demasiados muertos, harán ruido, por lo que terminarán siendo muchos más —dijo con aire pensativo—. No pueden dejarlos demasiado tiempo rondando y sitiar la fortaleza podría llevar meses.

—¿Entonces? —preguntó mi hermana cabreada, porque su oposición tenía lógica.

Clara sacudió la cabeza. Su frente se arrugaba de un modo inquietante y sus ojos no se apartaban de la horda encerrada. Su mente estaba trabajando a pleno rendimiento, pero sin resultado.

—No lo sé, no lo entiendo.

Que no tuviera respuesta no relajó el gesto de Nailah.

—Se supone que tú eres la que lo sabe todo.

Me mordí la lengua para no amonestar a mi hermana. Clara no necesitaba que yo la defendiera y meterme las cabrearía el doble, a las dos. Ignorándola, Clara se centró en observar con los prismáticos. Sus palabras salieron más para sí misma.

—¿A qué esperan? Ya son muchos, tienen muchos encerrados. Esos pasos los conducen a la fortaleza, sí, pero no tienen por qué quedarse a rondar ni nada evitará que los muertos vuelvan a ese campamento.

Mis ojos encontraron los de mi hermana y vi miedo en ellos. En efecto, Nailah tampoco lo entendía y había esperado que Clara resolviera el misterio porque hasta ahora siempre se había

adelantado. Que no lo hiciese nos dejaba, a todos, a ciegas.

CLARA

Mi cabeza rememoraba una y otra vez lo visto desde lo alto de la colina. Estaba tan ensimismada que ni siquiera la presencia de Tarik me era perceptible. De regreso a su casa comimos en silencio, pensativos, o al menos yo lo estaba. Me levantaba para fregar los platos cuando lo escuché gruñir y plantarse delante de mí.

—¿Vas a compartir de una vez lo que piensas?

Me sorprendió, me echaba en cara que me guardase secretos. Negué con la cabeza y di un paso atrás con derrotismo.

—No oculto nada, en serio, no lo entiendo.

—Pues ya somos dos y no lo soporto.

Lo comprendía, lo compartía, por lo que expuse lo que pasaba por mi cabeza bien alto.

—Ese campamento es provisional, pero lo tienen bien montado. También han tomado medidas para que les sea rápido levantarlo. Lo más imprescindible está cerca de los vehículos, las tiendas son telas que dudo echen en falta. Esperan algo y están listos para, llegado el momento, salir corriendo.

Tarik me miraba como si esperase algo más. Alcé los brazos, cabreada por decepcionarlo.

—¡Eso es lo que sé! Nada más, no soy vidente, no entiendo qué quieren ni a qué esperan.

Su rostro se crispó y me señaló, amenazante.

—Espero que no se te ocurra acercarte a ellos para averiguarlo.

Lo miré perpleja. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza, pero ese parecía el motivo por el que se mostraba tan enfurecido. No supe si alegrarme porque se preocupase por mí o cabrearme porque me considerase tan loca.

—¿Te crees que soy imbécil? Nunca sería tan estúpida. Esos no se andan con juegos.

Pareció serenarse un poco y su preocupación logró que algo me revoloteara en el estómago. Sacudí la cabeza lista para fregar y seguir dándole vueltas al misterio.

Cabreado, Tarik se largó sin despedirse siquiera. Lamenté su marcha, tanto como la agradecí. ¿Dónde quedaba la complicidad sentida en la cueva? Se había ido con un soplido de la realidad, como predije. Terminé mis tareas y volví a vérmelas con el mapa a pesar de que ahora ya no me servía de mucho. Pero era un modo de concentrarme. La llamada a la puerta me cogió a un paso de tirarme de los pelos. Agradecí la visita, hasta que abrí la puerta.

La madre de Tarik se erguía orgullosa. Negué con la cabeza.

—No quiero volver a pelear ni faltarle más al respeto.

La mujer asintió con rigidez.

—Yo tampoco. ¿Puedo pasar?

Me aparté del umbral inquieta y con un aspaviento para ocultar mis nervios.

—Es la casa de su hijo, puede hacer lo que le dé la gana.

La mujer entró, consciente de que no era un buen comienzo.

—No me disculparé por lo hecho, pero sí por las formas.

Eso sí que no lo quería. Le enseñé las palmas de mis manos para detener cualquier explicación.

—Da igual, da lo mismo, tengo problemas más graves que vosotros. —Volví a cabrearla. Mejor terminar de hacerlo y perderla de vista—. ¿Cree que me importa su opinión? ¿Cuánto más estaré aquí? Poco, a menos que su hijo me encierre bajo tierra. No tiene que ser conciliadora, no le gusto y me da lo mismo.

Me sonrió con toda su soberbia.

—Sí te importa o no estarías tan molesta.

Era cierto, pero no pensaba darle la razón.

—Será mejor que se marche, esto no va a acabar bien.

La mujer no hizo ademán de moverse.

—Te respeto —dijo, y le costó horrores—. Te valoro, porque me has demostrado cómo eres. No como el resto.

Ahora sí que me había dejado perpleja. Despegué los labios a pesar de no tener idea de qué decir. No me dio tiempo, me señaló con el dedo de forma acusadora.

—Lo destruís todo por el simple placer de hacerlo, por tener algo mejor. Tú no...

Dejé de escuchar y a punto estuve de irme al suelo al atar cabos. La mujer me miró un poco preocupada.

—Eso es —dije en un susurro golpeando mi frente con el puño.

Avanzó sin saber si sostenerme como parecía necesitar. Me recobré, para evitarnos el mal trago a ambas, y adelanté las manos deteniéndola.

—No quieren hacerse con la fortaleza —compartí, para que entendiese mi descubrimiento—. Lo que pretenden es destruirla... a ellos y a vosotros.



En compañía de la madre de Tarik, puse rumbo al claro del entrenamiento. De camino, observé las copas de los árboles. Los nervios me hacían caminar deprisa, las hojas crujían bajo mis botas, la madre de Tarik me seguía sin rezagarse. Rememoré lo que me había contado la hermana de Tarik. No debió de ser fácil ni el embarazo ni el nacimiento de Akil. Tampoco asumir que su hijo mayor protegería a quienes los habían expulsado de sus hogares. Me insulté por sentirme responsable. Yo no había obligado a nadie a dejar su tierra y, desde luego, no estaba disfrutando del caos a cubierto. No podía seguir a solas con aquella mujer. Empatizar era lo que me faltaba. Debería recordar que me odiaba a muerte, con respetos o sin ellos. Seguro que de enterarse de nuestro encuentro nocturno en su cueva lo tacharía de sacrilegio. Y sí, me importaba lo que yo le pareciera.

—Joder —gruñí para mí misma, antes de lanzar una mirada a los árboles—. Si su hija anda por aquí, dígame que baje. También quería hablar con Gyasi.

No cuestionó mi petición, avisó a uno de los chicos apostados. Las ramas de los árboles apenas se agitaron, señalando, una vez más, lo sumamente buenos que eran camuflándose. Nosotras seguimos avanzando, derechas al punto de reunión y entrenamiento.

Como no, en el claro también estaba la diosa de bronce, atenta a Tarik con esa devoción y serenidad absoluta. El dolor quiso clavarme en el suelo, pero mi orgullo instó a mis piernas. ¿Por qué estaba allí? ¿Seguiría en pie el compromiso? Yo había dado por sentado que no, pero sabía

que la cultura honorable contaba con un par de licencias de dudosa moralidad, como estar con dos personas al mismo tiempo. Apreté los puños y me esforcé en no dedicarle un solo vistazo a Tarik, o mi mirada fulminante le enseñaría, alto y claro, lo bien que me sentaba la presencia de la aguadora. A modo de defensa, mi cabeza me facilitó las cosas: debería agradecerle a Tiye su presencia, era un buen recordatorio de lo poco que teníamos en común nosotros. Me fijé en la madre de Tarik. Su expresión apenada al localizar a Tiye me revolvió el estómago. Pobre diosa de bronce que tiene que soportar que su prometido fuese guardián de alguien como yo y que ahora tenga que cargar con que alguien como yo sea la guardiana de su prometido. Mi mente se enredó un poco más, y me imaginé la convivencia tras una boda por todo lo alto en el santuario del pueblo. Si eran indulgentes lo mismo me construían una caseta, relegándome de coyote a perra. La rabia calentó mi sangre. Me cabree y ataqué antes de que lo hiciera ella.

—Otra imbécil —dije con un desdén magistral—. Yo le arrancaría la piel a Tarik por hacerme esto.

Lejos de enfadarse o defender a la princesa, la madre me sonrió con cierta nostalgia.

—Estoy segura —dijo—. Creí que ella había sido un acierto, hasta que apareciste.

No entendí bien a qué se refería, pero como Tarik ya se dirigía hacia nosotras mejor ignorarlo. Como hiciese la menor alusión a mis sentimientos la ira me llevaría por delante y no debía olvidar que estábamos allí por algo importante. Aun así, continué cruzada como nunca, arrastrada por los celos y la incertidumbre. ¿Qué demonios quería Tarik de mí? ¿Solo volverme loca? Mejor centrarme en la supervivencia.

—No quieren la fortaleza ni enfrentamientos —dije, con un tono frío e impersonal que él no pasó por alto ni recibió con buen gusto. Yo opté por no mirarlo, hablándoles a todos y a ninguno—. Lo único que pretenden es aniquilarnos a todos.

En esencia, era así de sencillo. No iban a complicarse con pactos o asaltos. Para nuestros atacantes la fortaleza, los salvajes, suponían una amenaza en el aspecto de que no estaban con ellos. Debían sacarlos de en medio.

El claro fue testigo de la rabia y frustración conjunta.

—¿Y a qué esperan? —estalló la hermana de Tarik, furiosa.

—Una señal o a alguien. No tengo ni idea —respondí pensativa—. Quizá haya más emplazamientos por aquí, como el de los niños. Querrán asegurarse primero que no quede nadie o que no haya nada que pueda resultarles útil. En cuanto abran esas jaulas, toda la zona será impracticable con tantos infectados.

—Entonces debemos atacar antes que ellos —planteó Gyasi.

Tarik no se pronunciaba, pero supe que pensaba igual que su amigo. Yo también, pero precipitarse no era nunca buena idea.

—Seguimos sin saber cuántos son o qué planean. Nos movemos por suposiciones.

Gyasi me miró molesto.

—O nos movemos o terminaremos muertos.

Se me escapó una risa incrédula.

—¿Pero tú has visto lo que tienen? Es probable que terminemos muertos hagamos lo que hagamos.

Mis palabras crearon un coro aterrorizado de los espectadores no soldados. Por desgracia, reparé en Tiye. Sus ojos llenos de lágrimas estaban fijos en Tarik, sus manos unidas en una

súplica. Mejor no comprobar cómo estaba el salvaje ante la indefensión de su prometida. A mí me pareció una jugada sucia por parte de la dama. A este paso me llevarían los demonios, y nada tenía que ver con la amenaza. Me repetí que debía mantener la cabeza fría y tomar decisiones con buen juicio.

—Tengo que mandar una carta a la fortaleza —expuse.

La madre de Tarik me miró con confusión. La hermana me dio la respuesta.

—Es bueno comprobar que no vas a escapar corriendo a refugiarte.

Y yo que pensaba que habíamos empezado a entendernos. Bien pensado, ¿qué demonios hacía allí? Más me valía poner tierra de por medio.

—Aún estoy a tiempo.

—No te necesitamos —siseó Nailah con rabia, erguida ante mí y con el rostro a un palmo, como tantas veces había hecho su hermano.

Porque mi réplica iba a dar de lleno en el orgullo, Tarik intervino.

—Basta —rugió con fuerza.

Nos intimidó, pero eso no bastó para que su hermana y yo dejásemos de retornos con la mirada.

—Tenemos que atacar —gruñó Nailah.

Resoplé molesta.

—No, queréis atacar porque estáis muertos de miedo, pero no es buena idea. —Ahora ya los había cabreado a todos. Que mal llevan los guerreros que les recuerden que son humanos. Mejor hablar rápido—. No sabemos lo que esperan, podía ser lo bastante grave como para...

—¿Y es mejor esperar? —replicó Gyasi, posicionándose con Nailah—. Podría ser más gente, lo que nos complicaría más las cosas.

No me entendían por mucho que hablase su idioma. Me centré en él, aunque en ese instante no lo sentía de mi parte.

—Si hay más gente, no van a quedarse de brazos cruzados si atacamos a los suyos.

La madre de Tarik al fin intervino.

—¿Cuánta gente? No he visto jamás un grupo tan numeroso.

No me daba la gana de darle la razón, aunque yo tampoco lo había visto.

—Que no lo hayas visto no significa que no exista.

Tarik al fin se pronunció.

—¿Entonces qué hacemos? Esperamos ¿a qué? No sabemos qué vendrá, podría ser importante.

—¡Lo es! —exclamé, frustrada por el rechazo generalizado—. Si no fuera importante, ¿por qué esperan?

Como no, la hermana de Tarik abrió la boca.

—Porque ahora no tienen posibilidades.

Los contemplé incrédula. ¿Acaso no habían visto el despliegue? Alcé las manos con insolencia, a la defensiva. Odiaba la sensación de verme acorralada.

—¿Sabéis qué? Ni siquiera es mi problema. Haced lo que os dé la gana.

Me fui de allí consciente de que aquella no era mi guerra. De hecho, debería recoger mis cosas y salir despavorida. La alarma de peligro era tamaño estadio de fútbol. Quedarse un suicidio. Lo más sensato era coger a Nekhbet, plantarme en la fortaleza, hablar con Arturo y

poner distancias. Siendo pocos la huida era posible. El lugar en el que me encontraba era un enorme blanco, porque si pretendían aniquilar la fortaleza, el poblado sería otro objetivo; eso era lo único seguro.

Antes de darme cuenta cerraba de un portazo. La casa de Tarik se me vino encima, porque no quería irme. No era solo por Nekhbet. Me había vuelto loca. Esa gente no me valoraba ni me respetaba ni siquiera me consideraban un igual. Sola tenía recursos, Nekhbet tendría alternativas. Nefastas, solitarias, pero estaría viva. Al tiempo, mi cabeza formuló la pregunta con la voz de la madre de Tarik: ¿para qué vivir sin nada? Terminé sentada en el sofá, con la sensación de verme presa de mí misma. No quería, pero mi cabeza se plagaba de hipótesis, tramas y movimientos estratégicos. Para cuando llegó Nekhbet, seguía ensimismada y apenas le di las buenas noches. La niña sabía algo, caminaba de puntillas. Era muy lista. En parte la odié por volverse tan importante para mí.

Con el regreso de Tarik me di cuenta de que llevaba horas absorta.

—¿Has cenado? —preguntó con aire impaciente.

—No —respondí con un gruñido.

Quería preguntarle qué habían decidido, pero no me daba la gana de que me viera implicada. Trasteó en la cocina y se reunió conmigo. Me tendió un plato. Todo un detalle.

—Gracias —repliqué a regañadientes.

Volvió a resoplar y terminó sentado a mi lado. Creo que ambos estábamos lo bastante frustrados para recordar cualquier atracción posible.

—Hubo reunión del consejo. Suponemos que los hombres que hemos visto tienen alguien dentro de la fortaleza que les ayudará —dijo en un tono aséptico—. No te dije que vinieras, porque seguro que no lo harías, pero se tuvo tu opinión en cuenta.

Lo miré desconfiada. Eso no me lo creía. Sus ojos negros escapaban de los míos. ¿Se sentiría culpable? ¿Por qué? ¿Por estar con Tiye, pero jugar conmigo? La idea lograba helarme la sangre. Él no podía ser tan miserable.

—¿Y bien? —pregunté con un hilo de voz, y la mente esforzándose por no salirse del tema de la amenaza.

—No quieren esperar, pero algo de razón tienes —comentó mirándome, a pesar de que yo mantenía mi atención lejos—. Esperaremos dos días.

Puse los ojos en blanco, sin dejar que me hiciera ilusión que contasen conmigo. Se me escapó una risa triste. Mis sentimientos eran tan contradictorios y tan intensos, que no sabía manejarlos. ¿Qué demonios me pasaba? Ni que quisiera casarme con Tarik y formar una familia. Me parecía una locura mayúscula, porque en este mundo no hay lugar para bonitos romances. ¿Hijos? Sí, claro, para que tengan comida los infectados. Se me pasó el hambre al segundo y dejé mi plato en el suelo, junto a mis piernas. Los brazos de Tarik me envolvieron y el calor que inundó mi pecho mandó al traste cualquier empeño de ser indiferente. Noté las lágrimas en mis ojos y también el alivio que me supusieron las palabras que me susurró al oído.

—Estoy contigo. Tiye...

Su solo nombre me puso el estómago de punta. Traté de separarme de Tarik, pero él aplicó un poco más de fuerza. Como estaba a un paso de pegarle, se aprovechó de su superioridad física y acabó sobre mí en el sofá, reteniéndome para que no saliese en estampida.

—Me da igual —aseguré con voz temblorosa. Quería una declaración y a la vez la temía

más que a la muerte—. Oye... no tienes que darme explicaciones, en serio.

Sus ojos se convirtieron en dos finas rendijas. Tenía un don para cabrear salvajes independientemente de su género o su edad. Me salió una risa nerviosa. Tarik gimió con derrotismo y pegó su frente a la mía.

Volví a reírme, pero esta vez de verdad, porque su expresión y sus sonidos me resultaron entrañables. Tan adorable que no podía enfadarme más. Las dudas seguían, pero así, sin más, con su proximidad y su aire perdido todo parecía en orden. Por no estropearlo, y para no dejar que el calor que empezaba a sentir se tornase fuego, nos mantuve a ambos centrados en la amenaza.

—Lo dije en serio, tengo que mandarles un mensaje o algo a los de la fortaleza.

Tarik se incorporó para dejar que me sentase de nuevo y que siguiera comiendo. Él también recuperó su plato, parecía mucho más tranquilo. Me miró de soslayo.

—Los de la fortaleza ya están al tanto. Creo que tu amigo está cabreado.

Sonreí con malicia. Seguro que Arturo estaría enfurruñado por no seguir sus órdenes y regresar a cubierto. Podría marcármelo como un tanto en mi venganza, pero ni siquiera se trataba de eso. Tarik volvió a hablar y su tono suave me descolocó, además de aniquilar a Arturo de un plumazo.

—Pensé que irías a decírselo tú misma.

—Tanto da quien dé las malas noticias.

Tarik se mantuvo un rato en silencio mientras comíamos. Casi a la vez, nos fuimos a la cocina para recoger. Lo escuché resoplar y, antes de poder evitarlo, volví a tenerlo delante con cada músculo en tensión.

—¿Qué vas a hacer? ¿Qué quieres hacer?

En su tono, no había valoración. No me juzgaría ni encaminaría mis decisiones. Observé su rostro tenso, cansado. Mis manos actuaron por voluntad propia y recorrí sus facciones con las yemas de los dedos. Su mirada me pareció triste. Quizá por eso fui sincera.

—Quiero irme, ponerme a salvo.

No encontré decepción, sino una de sus sonrisas leves.

—Yo también quiero que te pongas a salvo, pero me viene mejor que pelees.

Elevó la mano y sus dedos acariciaron mi rostro con idéntica delicadeza, logrando que me asaltara un escalofrío. Un gesto tan delicado me dejaba, del todo, sin defensas. Mi cuerpo se movió hasta encontrar el suyo, y sus labios buscaron los míos. En mitad de un beso cargado de cariño, él también fue sincero.

—No quiero que te vayas, pero eres libre de hacerlo cuando quieras.

En ese momento, quería cualquier cosa antes que irme. Él también, por lo que el beso, la unión de nuestros cuerpos, dejó de ser inofensiva. Más grande y más fuerte, me arrastró hasta retenerme contra la mesa. La pasión prendió con un estallido. Me faltaba el aire, me fallaban las piernas, por lo que me aferré a él, quien parecía del todo dispuesto a sostenerme.

Sentí sus manos descender por mi cuerpo, sus dedos se clavaron en mi cadera. Su boca dejó la mía para perderse en mi cuello, y a mí dejaron de importarme las complicaciones, su prometida y el mundo. El grito de la niña nos devolvió la cordura. Nos separamos con la respiración agitada y corrimos junto a ella.

Su pesadilla y el miedo que transpiraba me hicieron tenderme a su lado y estrecharla con

fuerza. Nekhbet temía por nosotros, como nosotros temíamos por ella. Mis ojos se encontraron con los de Tarik en mitad de la penumbra. El deseo no se había ido, pero la sensatez y la prudencia estaban de vuelta.

—Es... ella —gimoteó la niña, tan pegada a mí que parecía deseosa de fundirse con mi cuerpo—. Ella va a ayudarlos.

Lancé una mirada interrogante a Tarik por si él sabía de qué demonios hablaba Nekhbet. Por el modo en el que él apretó los párpados, estaba al tanto.

—Su hermana —pronunció Tarik, mirándome de un modo extraño, a través de una furia que, por suerte, no iba dirigida a mí—. La traidora podría ser su hermana.

Hablaban del topo en la fortaleza. Hasta ahí me enteraba. Acaricié el pelo de Nekhbet, pero mis palabras fueron para Tarik.

—¿Tiene una hermana? —pregunté casi con horror, porque había dado por sentado que la niña estaba sola.

—La mujer que la pegaba —respondió Tarik sin adornos.

Ahora seguro que también mi mirada brillaba de furia. ¿Esa imbécil era su hermana? Iba a desquitarme con insultos cuando la niña gimoteó de nuevo.

—Lo siento.

Ah, no, por ahí no pasaba. Me revolví para que la niña me soltase y así poder mirarla. Tarik se incorporó sobre los codos, como si temiera que fuera a rechazar a la pequeña por la desgracia de familia que le había tocado en suerte.

—Niki, mírame —exigí con determinación y esperé a que los ojos oscuros enfocasen la vista—. Tú no has hecho nada, no te disculpes. Lo que hagan los demás no es responsabilidad tuya.

Nekhbet asintió y la dejé volver a refugiarse contra mí. Busqué a Tarik, y su sonrisa dulce logró que me recorriera un escalofrío. Atendí a la pequeña.

—Ella no es mala —dijo Nekhbet muy bajo, pues mi cuerpo amortiguaba su voz—. Eladio me lo explicó, ella no es mala, pero le hicieron mucho daño.

No estaba de acuerdo. Ni todo el daño que pudieran haberle hecho a la mujer justificaba que maltratase a la niña. Tarik, mucho más sereno, tomó las riendas de la charla.

—¿Puedes explicarte, Nekhbet? Me dijiste que no sabías de dónde veníais.

—No lo sabía —respondió la niña—, pero Eladio me lo contó el día que nos fuimos, por si alguien me preguntaba. Me dijo que fue al principio, o eso creía. Mi madre fue de las primeras en irse.

Tarik se sentó en la cama, con la tensión revelando cada músculo. El tema le creaba un profundo rechazo. Yo intenté enterarme por contexto sin interrumpir, porque era obvio que a la niña se le atragantaba dar explicaciones.

—A uno de los amigos de la mujer que vivía en la fortaleza antes le gustó mucho mi madre. Ella se fue con él y se llevó a mi hermana. Yo todavía no había nacido.

Tarik se sostuvo el rostro con las manos. Algo de lo dicho le afectaba profundamente. La niña siguió hablando con tono ausente.

—Vivieron juntos, pero un día mi madre descubrió que al hombre también le gustaba mi hermana y quiso volver al poblado.

No había que ser un lince para imaginar por dónde iban los tiros. El estómago se me revolvió ante la idea de los abusos que Nekhbet mencionaba, igual sin idea de en qué modo le

gustaba a aquel hombre su hermana. Continué atenta a Tarik, porque ahora su expresión corporal reflejaba arrepentimiento y vergüenza. Intenté echar cuentas, pero no me salían. ¿Cuánto hacía de todo eso? Nekhbet era demasiado joven, tuvo que haber sido concebida tras la infección, y por sus rasgos era indudable que su padre era un salvaje.

—Tuvo que volver, no podía quedarse sola... —dijo la niña—, pero no quería estar con el hombre. Él se fue un tiempo, mi madre y mi hermana servían en la fortaleza. Entonces pasó todo... y él volvió. Yo ya había nacido, creo. Eladio no me contó mucho más, solo que ellos murieron y solo quedamos mi hermana y yo.

Tarik dejó la cama impulsado por la repulsa. Yo seguía haciendo cábalas, quería confirmarlas, pero lo primero era atender a la niña. Insistí en restarle culpa y la mecí hasta que cayó de nuevo en un profundo sueño. Con sigilo, dejé la cama y avancé hasta la cocina, donde Tarik estaba sentado a la mesa, frente a un pequeño vaso y una botella de licor.

—¿Te das a la bebida? —pregunté, intentando sonar despreocupada, aunque me sentía de lo más inquieta—. Es...

—No —gruñó Tarik, zanjando cualquier intento de tratar el relato con calma.

No estaba para bromas ni quería ignorar el tema. Al parecer, le gustaba mortificarse. Me senté a su lado y le di un amistoso toque con la rodilla en su pierna.

—¿Me explicas de qué va esto?

Esperaba otro gruñido, no que se bebiera el contenido de su vaso de un trago, sirviera uno nuevo y me lo tendiera. No era muy amiga del alcohol, porque aturdí y eso me daba pánico, pero estando allí podía permitirme un receso. Como el asunto que intuía iba a ser escabroso, igual necesitaba ayuda extra, así que me bebí el contenido de un trago.

Al segundo, un calor infernal estalló en mi garganta, bajó por mi esófago y agujereó mi estómago. Me puse a toser con los ojos llenos de lágrimas. Al puñetero salvaje no se le ocurrió otra cosa que reírse. Iba a insultarlo mientras lo veía servirse otro trago para él, cuando empezó a hablar:

—La conocía.

La mirada de Tarik se perdió en un punto indefinido, tras beber de nuevo. Al parecer, eso era todo cuanto tenía que decir:

—¿A Niki? —pregunté con mucho cuidado, porque Tarik no estaba nada receptivo y era evidente que el asunto le hacía daño.

—No —respondió mientras negaba con la cabeza. Su pelo ocultó su rostro, pero yo ya había visto la expresión que tenía—. A su madre. La recuerdo... recuerdo ese momento. El consejo se negó a dejarla volver. Se había ido, nos había rechazado. No hay segundas oportunidades.

Me sentí dividida y un poco mareada por culpa del licor. Todavía me ardía la garganta, por lo que mejor no hablar. Tarik ampliaría detalles, a su ritmo. No me sorprendía que en el poblado le hubieran dado la espalda, tal y como eran. No fue justo, pero el problema estaba en que las hijas no tenían la culpa de la decisión de su madre. Supuse que de ahí el aura de arrepentimiento de Tarik.

—También conocí a su padre —murmuré, y ahí mis teorías empezaron a escorar—. Está muerto y nunca llegó a saber...

Acaricié el pelo de Tarik para apartarlo y que me mirara. Lo hizo, y su mirada triste estuvo cerca de arrancarme a mí un par de lágrimas. Su atención estaba ahora puesta en mis ojos.

—La madre de Nekhbet se veía con uno de los guerreros, pero siempre supe qué buscaba. Si se quedaba embarazada, siendo las dos niñas de las nuestras... la dejaríamos regresar. Un día... se acercó a nosotros para darnos la noticia. Estaba embarazada. El padre de Nekhbet había muerto dos días antes, en uno de los asaltos a la fortaleza. Gyasi no supo qué hacer, yo estaba furioso por la caída de los míos y por lo lejos que había llegado ella. Le dije que la próxima vez que se reuniera con los guerreros la mataríamos a ella y a sus hijas.

Mantuve su mirada con fijeza. La culpa de Tarik era obvia, lógica, igual que lo fue su reacción en el momento, o a mí me lo parecía. Sonreí de medio lado, lo que consiguió que su ceño se frunciese con incompreensión. Él esperaba rechazo o algún ataque. Yo quería a Nekhbet, su mala suerte podría haberse evitado, pero no venía a cuento regodearse en las malas decisiones pasadas. Tras colocar la melena de Tarik tras su oreja, acaricié su mejilla.

—Así que al final no eres perfecto —comenté. Antes de su réplica, seguí hablando—. Todos cometemos errores, Tarik. Estoy segura de que lo último que querías era hacerle daño a la niña.

—Pero lo hice —puntualizó con rabia—. A ella, a su hermana y a su madre. Si yo las hubiese dejado pasar, ellas...

Sus ojos se volvían esquivos. Podía ver como la mala conciencia lo consumía. Mis manos tomaron su rostro para obligarlo a mirarme. Acaricié su piel con las yemas de los dedos.

—Aunque tú los dejases pasar, el consejo, tu gente, habría actuado del mismo modo. Tenéis las cosas muy claras en cuanto a lealtades. Ella sumó puntos entre haberse ido y utilizar un embarazo. Ni en un millón de años habríais vuelto a aceptarla. Sois un poquito drásticos, como todo aquel que cuenta con ideales.

Tarik dejó salir un profundo suspiro y apoyó su frente contra la mía.

—No esperaba menos de ti, coyote —comentó a modo de lamento—. Mira que eres rara.

Se me escapó una risa floja, obra de tenerlo tan cerca. Sentí sus manos acariciar mis muslos. Se apoyaba en mis piernas, sin más, pero el calor ascendió imparable. La prudencia se evaporaba. Él tampoco estaba en su mejor momento. De hecho, parecía un poquito borracho. Mejor irse y pensar en la niña o volveríamos a vernos como instantes antes.

Podría darle muchas vueltas al pasado de Nekhbet, pero eso no cambiaría ni el presente ni el futuro. Aparté su cabeza con suavidad y dejé mi silla.

—No la ayudaste en su momento, pero ahora no has dejado de hacerlo. Niki no tiene culpa de tener una hermana loca, tú no tienes la culpa de las decisiones de su madre.



El revuelo se originó a media mañana. Tarik se había ido a primera hora porque los entrenamientos se habían vuelto más fuertes por lo que se avecinaba. Nekhbet se dejó enredar por la madre de Tarik, y a saber en qué andaban metidas. Yo me quedé, porque como fuese al claro y me diera de bruces con la aguadora lo mismo terminaba de perder la cabeza y la asesinaba. Por este pensamiento, recordé a Fátima. Casi hasta podía imaginar qué la había llevado a librarse de la vecina que bebía los vientos por Guillermo. Lo imaginaba, experimentaba algo así, pero la delgada línea que me separaba de ser una demente me impedía añadir a mi registro un asesinato pasional. Aunque ganas no me faltaban. Por tomármelo con humor, me dije

que igual no estaba todo perdido, y todavía conservaba algo de cordura.

Los murmullos, la inquietud, se filtraron hasta llegar a la cocina, donde preparaba la comida en un pésimo intento de no devanarme los sesos. Supuse que se debía a los problemas, hasta que mi nombre sonó a voz en grito.

Guillermo. El pasado me zarandeó con tanta fuerza que tuve que agarrarme a la encimera. Era mi hermano, su voz sonaba cada vez más cerca. La pequeña vela que encendí por él apareció en mi mente, pero la realidad no me dejó recrearme en ella.

Aterrorizada e impelida por las dudas, eché a correr. Salí de la casa, me encontré en una de tantas calles y allí estaba mi hermano, custodiado por Gyasi y otro de los guerreros. Alto como recordaba, idénticos ojos, el pelo muchísimo más corto, lo que le daría un aire frío si su expresión no estuviera desencajada. Ambos lo ignoramos todo hasta derribar el espacio y fundirnos en un abrazo pospuesto demasiado tiempo. Y, de pronto, mi hermano besaba mi rostro y yo lloraba a mares. Las palabras iban y venían. Lo importante, estábamos juntos de nuevo.

Inmersa en emociones demasiado fuertes me pareció ver el rostro de Tarik, hasta que el de mi hermano se hizo con todo el protagonismo. Había cambios, por supuesto, pero tan leves que me pareció que no había pasado el tiempo, que el granero no se vino abajo, que Lucas fue un sueño. Con esto, volvía a ser la niña torpe y frágil de su recuerdo y él el caballero del mío. Por lo mucho que sobraban, poco a poco los vecinos del poblado volvieron a sus asuntos.

—Está bien, Clara, todo está bien —aseguró Guillermo—. Vamos, he venido a sacarte de este sitio.

Los tres años separados volvieron imparables. Dejé de refugiarme contra él para secarme las lágrimas. Me reí de mí misma, observé mi entorno agradeciendo los pocos testigos de mi hundimiento. No había rastro de Tarik ni de Gyasi. Mi hermano también sonrió. Tomó mis manos y me miró con asombro y orgullo.

—Mírate... estás estupenda.

Se me escapó la risa.

—Oh, sí, de maravilla. ¿Dónde has estado? ¿Alcanzaste la fortaleza?

Mi hermano se revolvió incómodo ante la charla frente a los curiosos ojos. Sonreí con diversión.

—Vamos a dar un paseo.

No parecía muy convencido ni seguro, pero asintió y se vino conmigo para una charla privada en mitad del bosque. La astucia, al parecer, era hereditaria, porque escudriñó las copas de los árboles con desconfianza.

—Preferiría charlar en la fortaleza —comentó Guillermo—. ¿Tienes mucho que llevar?

Ahí saltó la primera alarma, pero mantuve el tipo. Era mi hermano y a la vez no lo era. Su piel estaba mucho más curtida, sus ropas dañadas por el tiempo, pero no parecía exhausto. Lucas volvió para recordarme lo sospechoso de quienes dejaban la casa rural que fue un refugio. Ahora sí que entendí bien a qué se refería en su momento.

—No voy a irme a ninguna parte.

Mi sentencia lo dejó descolocado, quizá porque sonaba firme, pero a través de una sonrisa amplia.

—Clara... tal y como están las cosas...

Más alarmas, todas al mismo tiempo.

—¿Cuánto llevas en la fortaleza?

Se revolvió esquivo y yo confirmé mis peores sospechas. Mi hermano había cambiado tanto como yo. Me moví en silencio, por los oídos en las ramas, con los puños apretados de pura rabia. Mi lago no era una garantía, pero el murmullo del agua y la distancia con los árboles concedían más intimidad. Me crucé de brazos y alcé las cejas invitándolo a pronunciarse. Pareció titubear. Antes de que insultara mi inteligencia con una mentira, abrí la charla.

—No diré que me sorprende, pero sí me molesta. De verdad esperaba que todo fuera distinto. —Lo vi inquietarse, sin saber a qué atenerse ni a qué me refería—. No quedasteis en reuniros en la fortaleza. Habéis venido a destruirla.

Guillermo se revolvió con aire culpable. La sorpresa también estaba allí. Podía explicarle que lo mismo que me alertaba en él lo vi en Arturo. El mellizo había actuado mucho mejor, porque sí estaba desbordado en nuestro encuentro. Guillermo se llevó las manos a la cabeza y acarició su pelo corto con aire culpable.

—Nosotros no, Clara —dijo a modo de justificación—. Te juro que no queremos esto, pero... si no lo hacemos nos matarán y la fortaleza caerá igualmente.

Me tomé mi tiempo para responder. Estudié la superficie estanca del lago. Me sentía más o menos así. En apariencia estática, por debajo bullían infinidad de corrientes.

—Yo habría hecho lo mismo. Este lugar caerá antes o después.

Más tranquilo, Guillermo asintió con lástima.

—No parece mal sitio, supongo que por eso no será eterno.

—Seguramente —coincidí sentándome en la orilla, con un margen notable no fuera a asaltarme de nuevo un infectado acuático—. ¿Cuál es el plan?

Guille se acomodó a mi lado, igual de previsor con el agua.

—No nos quedaremos a verlo. Nos largaremos de noche y que se maten. Que no podamos impedirlo no implica que nos guste. Entretenidos en esto, no se darán ni cuenta de nosotros.

Construí el puzle con las piezas que mi hermano me daba. El grupo numeroso avistado atacaría. Tal vez mis conocidos se los habían encontrado por el camino. Él y los mellizos se le sumaron, porque no los dejarían irse sin más.

—¿Sabes cuándo atacarán?

Guillermo se encogió de hombros.

—Cuando llegue el resto. Tienen una líder que se toma lo de estar en primera línea muy a pecho. Ahora está por ahí, ganando adeptos y cargándose posibles enemigos.

—Sí, algo así imaginaba —resolví sin darle importancia.

Guillermo había recuperado su sonrisa y se lo veía cómodo. Yo también lo estaba. El cariño permanecía a pesar de todo. Tarik estaba en lo cierto. Lástima que nuestros lazos se hubieran resquebrajado con el tiempo. Sin él como protector, mi papel no encajaba en el guion. Rememoraba los buenos momentos, sin perder ni un detalle de la charla ni de sus expresiones.

—Supongo que no más de una semana —comentó Guillermo—. El día que llegue la líder, nosotros desaparecemos. Tienen varios topos en la fortaleza. Darán la señal. Uno está con nosotros, no es mal tipo, pero no va a jugársela. Mira... esto es un asunto personal, Clara. La líder se cree que la fortaleza es su casa o algo así. Asegura que vivía allí, también que era actriz, pero lo dudo. Sabe que quienes viven ahora no van a abrirle la puerta, así que piensa tirarla abajo y enviarles infectados para que destruyan lo que hay montado ahí dentro. Está loca, pero es

buena captando gente y la siguen muchos. Por lo que sé, ha ido reuniendo a todos aquellos a los que le negaron el paso tus nuevos amigos. Esa gente no se alejó demasiado, porque las inmediaciones de la fortaleza, tanto terreno accidentado, es bastante seguro y se ven venir las amenazas. Tampoco se quedaron cerca, obvio, por si a los salvajes les parecían una molestia. Separados no podrían hacer mucho, pero juntos...

Permanecí un rato en silencio observando el transcurrir del agua. Comprendía la explicación de mi hermano. Ahora resolvía parte del misterio. La líder de la que hablaba era la actriz. Eso explicaba que se lo tomase con calma, por saborear el momento, y la advertencia a los salvajes, la flecha, también entraba dentro de lo comprensible, pues ellos la rechazaron como el resto. Que otros se sumasen a su causa fue inevitable, sobre todo si estaban resentidos. Imaginé grupos pequeños, un goteo de gente que los salvajes ignoraron, pensando que se irían lejos tras impedirles el paso. ¿Pero adónde ir? Todos estábamos hastiados de vagar. No quedaba nada. Seguro que la actriz no necesitó cubrir largas distancias para encontrarlos. Uno a uno, cada grupo o individuo engrosaría filas o por ser reclutado o por encontrar en su camino compañeros de desdichas. Supuse que la actriz estaría esperando reunir un número importante para caer sobre nosotros con todo su peso y, al fin, lo había conseguido. Lo único que me parecía una casualidad de lo más inquietante eran las medidas de ataque. La flecha, encaminar infectados, para mí no era nuevo. Dos acciones que provenían de mis primeros pasos lejos de Guillermo.

—Es importante que nos vayamos, Clara, una opción es atacar esto primero para librarse de los salvajes. Yo he tratado con ella, porque tuve que ganarme su confianza. Me dijo que se decidiría cuando llegase, pero el odio que les tiene a los salvajes es evidente —dijo Guillermo, tomando mi mano con cariño—. Sobre la fortaleza, no se arriesgarán a que el topo cambie de idea o alguien los detenga. Cuentan con varios explosivos y los usarán en los laterales de la muralla. Una vez entren los primeros infectados los seguirán el resto. Ella puede cambiar de idea, es bastante inestable, por lo que no descarto que cuando vuelva haya un nuevo plan.

Me quedé con los datos justos. Ocultar explosivos no era fácil. Me pregunté si los pondrían desde dentro o, por el contrario, sería desde fuera. Estreché la mano de Guillermo y sentí cómo se estremecía porque mi mirada debía ser fría.

—Arturo dijo que estabas... distinta.

Asentí muy despacio. Guillermo me sonrió con pesar. No soltó mi mano, pero sí aflojó su agarre.

—No vas a irte.

—No.

Se le escapó una risa forzada. Sacudió la cabeza, contempló el lago, antes de mirarme a mí de nuevo. Sus ojos recorrían mi rostro. Buscaban a su hermana y no la estaba viendo.

—¿Voy a tener que matar a ese salvaje para que te deje en paz?

Me reí con ganas.

—Yo de ti no lo intentaría, veo más probable que te mate él, pero, tranquilo, ya no me persigue. Ahora se supone que yo soy su guardiana.

Mi hermano rio por mi tono despreocupado, pero sin idea de qué decía.

—¿Su guardiana? —preguntó, con un aire despectivo que no me hizo ni un poco de gracia—. ¿Pero de qué van estos?

—Ya ves —dije, llamando a la calma. En un primer momento, también yo pequé de

soberbia. Intenté explicarme—. Pudo matarme y no lo hizo, por lo que estoy en deuda con él de por vida.

—Bueno, no te veo muy aplicada —dijo, señalando la soledad a nuestro alrededor—. Arturo me dijo que era tu sombra.

—Oh, ya, sí. Aquí es distinto, menos enfermizo.

—Bueno, bien, aprovecha y larguémonos de esta ratonera.

Sentí sus nervios como míos.

—No.

—¿Por qué no? —preguntó y el humor se extinguía por momentos.

—Porque no quiero irme —sentencié sin molestarme en dar pretextos. Me quedaba con Tarik, ya encontraría el momento adecuado para preguntarme por qué o para arrepentirme.

Guillermo perdió el aire amistoso.

—Van a masacrar esto, no quedará nadie con vida. ¡Qué se venga si quiere!

La sola idea me arrancó una carcajada. Guillermo soltó mi mano. Él no le encontraba la gracia.

—Ni se lo pidas, te arrancará la cabeza muy honorablemente.

—Como se me acerque le pegaré un tiro.

Nuestras miradas chocaron al segundo. La suya destilaba rabia, la mía una advertencia. Por si acaso la pasaba por alto, la manifesté en palabras.

—En ese caso... yo tendría que evitarlo... Y no soy tan honorable, te lo aseguro.

Guillermo perdió por completo los nervios. Se levantó y retrocedió un paso.

—¿Pero qué demonios pasa contigo?

—Cálmate, no deberías ir por ahí gritando —dije, mientras me ponía en pie y sacudía un par de briznas de los pantalones.

—Esto es un suicidio, quedarte es un suicidio.

Asentí, sorprendiéndome a mí misma. La ligereza en mi pecho me indicaba que había estado cargando con un peso inmenso, pero al fin me había librado de él. Encaré a mi hermano y le hablé con suavidad para intentar calmarlo.

—Hace una hora, sí.

—¿Qué? ¡Van a mataros a todos, Clara!

Guillermo me miraba con horror. ¿Acaso no veía lo que yo tenía en mente? Me parecía una solución de lo más lógica e inevitable.

—No si los matamos a ellos.

—¿Pero tú te escuchas? —exclamó Guillermo, sosteniéndome por los hombros a un paso de zarandearme—. ¿Sabes cuántos son? ¡No podéis con ellos!

Su agarre me resultó molesto. Le di un empujón para que perdiera aquel aire dramático. ¿Siempre había sido así? Sentí, sobre todo, vergüenza.

—Sí podemos con ellos, si tú me ayudas. —La sorpresa lo dejó mudo. Su piel perdió color. Yo expliqué mis planes—. Ni siquiera correrás riesgos, porque lo último que esperan es un ataque. Solo tienes que mover uno de esos explosivos, sin más. Te pediría que evitases que reventasen la fortaleza, pero imagino que eso te expone y no pienso consentirlo.

Guillermo emprendió un paseo frenético a mi alrededor. Sus manos danzaban como si pretendiera espantar lo que no le gustaba. Me lanzaba miradas de incredulidad. De nuevo sujetó

mis hombros y me miró con fijeza.

—¿Pretendes que me juegue el cuello por un grupo de salvajes y un alcalde pretencioso?

Suspiré, visto así, yo tampoco accedería. Lo dejé retenerme porque parecía sentirse más tranquilo así.

—Entre todo eso estoy yo —dije sin adornos—. Pretendo que te juegues el cuello por mí. Obviamente no tienes que hacerlo, nada te obliga. Entiendo bien lo que me has dicho, pero yo voy a quedarme y tampoco tengo ganas de morir todavía.

Guille me contempló con una mueca de terror.

—Has perdido la cabeza. Sí que has cambiado y no me gusta en lo que te has convertido.

Me enderecé y las manos desaparecieron de mis hombros sin necesidad de quitarlas de un manotazo. Me tragué la pena, pero esta impregnó mi voz.

—Lo entiendo —dije, acariciando su mejilla. Podría ser la última vez que lo hiciera—. Por eso nunca quise buscarte. Ambos somos distintos y no es una mejora.

Los ojos de Guillermo brillaron de miedo, tristeza y cariño. Me abrazó, pegó su frente a la mía mientras sostenía mi rostro.

—Vas a morir, Clara.

Le devolví el abrazo. El latido de su corazón retumbaba en mi mejilla. Contemplé mi alrededor con una extraña sensación de paz.

—Tú también. Antes o después, caerás. Yo... ya he resuelto todo lo que puse. Apenas he vivido, estoy cansada de salir huyendo para llegar a ninguna parte.

Tras un suspiro, dejé el refugio que me suponía su cuerpo, me puse de puntillas y le di un beso en la mejilla.

—Te quise muchísimo, fuiste lo más importante, eres una parte de mí en cualquier caso. Ten cuidado. Espero de verdad que te vaya bien en otro lugar. Yo, simplemente, me quedo.

TARIK

Regresé a casa porque no quería vérmelas con nadie. La expresión de Clara, el reencuentro con su hermano, pasaba una y otra vez por mi cabeza. Una parte de mí no quería creerlo, otra sabía que Clara se había ido. Podía entenderla, pero no quería. Odiarla me sería fácil, con el tiempo. Preferí evitar la habitación para no ver su sitio vacío. Suponía que también por eso Nekhbet se quedó con mi madre. Ambos íbamos a extrañarla muchísimo. No compartía la decepción de Gyasi ni la rabia de mi hermana. Ambos me exigían que la retuviera, pero no iba a hacerlo. Respetaría su decisión y, también, a mi pesar, la quería a salvo y allí no lo estaría.

La comida estaba a medio preparar y en ella me entretenía cuando escuché la puerta. Sus pasos se metieron en mi cabeza. No me moví o la retendría. Mala idea buscar refugio en la cabaña, debería haber supuesto que volvería a por sus cosas. Esperaba que fuese lo bastante lista para no despedirse. Al parecer la sobreestimaba, porque entró y se colocó a mi lado.

—Esperan a su líder.

Empezó a hablar con voz ausente. Me pasaba el parte, antes de largarse. Qué considerada. Estaba a tiempo de retenerla, por lo que seguí sin mirarla. Según nuestras costumbres, un guardián que no cumple con su labor está obligado a sufrir el castigo. No se los echa del poblado, pero se los convierte en parias, para que vivan eternamente con los errores cometidos. No podría hacerle nada de eso, y no solo porque ella no formase parte de mi cultura. La quería tanto, que la dejaría libre si con eso encontraba la felicidad que no parecía alcanzar a mi lado. Me concentré en las palabras, para no atesorar su voz ni su recuerdo.

Acabado su relato, pareció dudar. A mí me daba igual que nuestro principal enemigo fuese la actriz que vivió en la fortaleza o sus planes de hacer saltar por los aires la muralla. Ya lo digeriría y se lo trasladaría al consejo. En ese momento, ella era lo único que tenía cabida en mi mente. Al fin, la escuché alejarse. Regresó otra vez. Más me valía irme, pero miedo me daba moverme. Deseaba emprenderla a reproches con ella, tanto como hacerla cambiar de idea. Empezó a trastear con los utensilios de cocina. Yo permanecí inmóvil, con las manos bien sujetas al borde del fregadero para que ni se les ocurriera ir a por ella.

—Si vas a quedarte a comer, o me echas una mano o te apartas —cuchicheó Clara, con aire incómodo.

Estaba enfadada y yo no entendía nada. No pude evitar mirarla. Sus ojos tristes, su pena, eran palpables. No había rastro de su hermano ni parecía tener intención de irse en breve. La ilusión creció imparable, pero fui prudente.

—¿Cuándo te vas?

Me miró con aire desafiante.

—No me voy —siseó retándome a echarla.

Me pareció imposible. Mi corazón emprendió un galope angustioso. Dejé de sujetarme al fregadero porque mis manos habían perdido fuerza.

—Tu hermano...

Se revolvió como si algo dentro la hubiera azuzado.

—Te lo dije, mi hermano murió hace mucho.

Se quedaba conmigo, pero parecía de todo menos contenta. Mi orgullo saltó espoleado por el suyo. El alivio me resultó insultante y aguanté sin tocarla y ceñudo.

—¿Dónde queda eso de no abandonar a la familia? —pregunté arrepintiéndome al momento. ¿Cuál era el problema? Ambos sabíamos por qué había decidido quedarse, pero la posibilidad de comentarlo se veía improbable. ¿Por qué le resultaba tan difícil reconocer sus sentimientos? ¿Por qué yo no era capaz de suavizar la situación para que se explicase sin reservas?

La mirada iracunda estaba servida. Me señaló con el cuchillo. De verdad que parecía deseosa de matarme.

—¿Sabes adónde puedes irte?

Pretendía ser tan desagradable como de costumbre, pero dejar a su hermano no había sido algo fácil. El daño era demasiado. Por cómo le tembló el mentón, volvería a llorar en breve. Yo no estaba siendo justo. Ella no facilitaba las cosas, pero en esta situación me tocaba ceder un poco. Di un paso hacia ella con toda la intención de envolverla, aliviado cuando soltó el cuchillo sobre la encimera. Trató de revolverse, pero no iba a evitar mi abrazo. Tras un leve forcejeo, la chica lloraba contra mi pecho y sus manos se aferraban a mi ropa. Me costó entenderla o no quería que lo hiciera.

—Debería haberme ido con él.

Las palabras surgieron solas.

—Tu sitio está conmigo.

De pronto, volvió a forcejear. La dejé ir, porque el rechazo era evidente.

—Seguro que tu gente, tu familia y tu prometida están de acuerdo —me echó en cara antes de largarse.

Quise ir tras ella, pero no sería buena idea. La tensión volvió. Quizá ahora sí se fuera con su hermano, porque las personas mencionadas... su rechazo, le dolía. También, que hubiera prometida. No, ella no iba a esperar una decisión que dependiera de mí, ni mucho menos compartirme. A mí me parecía que todo estaba claro. La había elegido a ella, Tiye lo había visto porque en todas las veces que se acercó a mí durante los entrenamientos yo le aseguré que no cambiaría mi decisión. Si había estado ese día en el claro no era por mi presencia, sino por la de Gyasi, pero Clara no lo sabía. ¿Qué más necesitaba para reafirmar mis sentimientos? Vivíamos juntos, estábamos juntos. No lo veía, porque no quería verlo, y ante eso cualquier explicación por mi parte solo complicaría más las cosas.

CLARA

Mi hermano tenía toda la razón. Me había vuelto loca. Debería estar con él en la fortaleza. No, debería estar a kilómetros de aquella trampa. En cambio, me encontraba tumbada en la cama, sola, con la vista fija en el techo. Estaba loca y además era imbécil. Ni siquiera escuché el sonido de la puerta. Moví la cabeza y encontré a la madre de Tarik en el umbral, observándome. La saludé con uno de mis gruñidos y mi comentario más puñetero.

—Es de lo más espeluznante vuestra forma de moveros. Parecéis fantasmas.

No atendió a mi provocación, seguro que para no volver a nuestras habituales discusiones. Al cruzar el umbral, vi que llevaba algo en los brazos, y unas sandalias con tiras de cuero de las que usaban ellas. Su mano libre me señaló a mí y a las prendas que sostenía.

—Ponte esto, te estás perdiendo el festejo.

Así que había una fiesta. Pues no oía ni la música ni las risas. Una fiesta deprimente, tal y como estaba el patio.

—Casi que paso.

—No, vas a ir, aunque yo misma tenga que sacarte de la cama.

Se me escapó otra risa ante la sola idea.

—Ya, lamento dejaros sin camarera, pero no estoy para pijadas.

La mujer resopló. Se parecía muchísimo a Tarik malhumorada.

—Es una invitación para reunirte con nosotros en este momento. Deja de ofendernos y vístete. Vas a caer a nuestro lado, ¿no? Ya formas parte de todo esto.

—Y cómo te molesta —apuntillé dolidamente sin intención de moverme.

Alguien más se coló en la habitación. La hermana de Tarik.

—La que faltaba.

La guerrera cuadró hombros y me señaló con el dedo igual que su madre. Menudo cuadro formaban. Las dos mujeres, fuertes y orgullosas, amenazándome para que me visitara de gala, cuando así vistas parecían desear matarme.

—Por las buenas o por las malas, vendrás con nosotras —sentenció Nailah.

No pude amotinarme ni con fuerza ni con lógica. Antes de poder despegar los labios para mandar a la hermana a tomar viento, esta esquivó a su madre, sujetó mi brazo y de un tirón me levantó de la cama. Me solté con un aspaviento y le hice frente.

—¿Una fiesta? ¿Sois idiotas?

—Desnúdate —ordenó la madre de Tarik dejando el calzado en el suelo.

Nailah refunfuñó. Antes de ser desnudada, empecé a quitarme la ropa yo sola. Al momento la madre de Tarik se sumó a su hija robándome el aire al colarse en mi espacio vital, y empezó a adecuar la suave tela a mi cuerpo. Miré a la hermana, quien lucía su uniforme de guerrera.

—¿Y por qué tengo que ir así vestida si tú llevas las ropas de siempre?

Nailah me miró, enfadada. Su madre fue quien respondió.

—Porque ella está de vigilancia, siempre. Haz el favor de colaborar. Es noche de calma, nuestra gente sabe lo que se avecina y da las gracias por haber llegado hasta este momento. Aunque finalice, hemos tenido una buena vida.

—Oh, joder —gruñí, levantando los brazos para que la madre de Tarik lo tuviera más fácil, sintiéndome como una estúpida muñeca—. Celebramos que vamos a morir todos. En serio, no os entiendo.

—Eso es evidente —gruñó Nailah, dejando su inmovilidad para tenderme las sandalias.

La madre de Tarik ajustó la tela a mi cintura con un lazo final y fue a por el único espejo de la cabaña. Me lo plantó delante con una sonrisa satisfecha. No lo reconocería ni muerta, pero me gustaba el vestido. La noche sería de calma, pero eso no implicaba que la amenaza hubiera desaparecido. Mi atención fue para Nailah, quien estaba más desagradable de lo habitual, por lo que supuse que conocía la identidad de la líder:

—¿La tía esa sentía algo por ti?

Mi pregunta las dejó descolocadas unos segundos, pero pronto comprendieron mis intenciones. Me parecía una carta a nuestro favor si la actriz resentida se había enamorado de la guerrera, y así se lo expliqué. Podíamos aprovecharnos de sus sentimientos para evitar el ataque o jugar con ellos hasta que encontrásemos un modo de frustrar su empeño homicida. Ni siquiera deberían sorprenderme las miradas de rechazo absoluto que vinieron tras mi propuesta. La hermana de Tarik parecía a un paso de estrangularme.

—Eso es rastrero hasta para ti —gruñó, dejándonos allí envuelta en su aura de honor inquebrantable.

Como la gran madre tampoco estaba a favor de mi treta, y sus labios se separaban para soltar otro comentario glorioso, me vi en la obligación de justificarme.

—Oye, no pienso tener en cuenta los sentimientos de una zumbada que quiere matarnos a todos.

La madre de Tarik dejó salir un resoplido de impaciencia y me dio la espalda para salir de la cabaña. Me libraba de la reprimenda, pero no de la fiesta, y no iban a plantearse siquiera usar mis terribles tácticas. Yo también resoplé, frustrada. Antes de salir al exterior, la mujer no pudo morderse la lengua.

—Uno no puede controlar lo que hacen los demás ni sus errores ni sus malos actos. Lo único que puede es evitar hacer lo que no es correcto.

De verdad que la entendía, pero seguía sin parecerme práctico ni conveniente.

—Como esa loca masacre a tu pueblo, a ver si sigues pensando lo mismo. No tuvisteis problemas en usar los uniformes, ¿verdad? Podíais ser un poquito más transigentes en esto. Que nos jugamos el cuello. Es por una buena causa, es tu obligación como gran madre.

Por el silencio de la mujer, algo había calado. Me sorprendí, porque ya tenía asumido que hablaba contra una pared. Me miró por encima del hombro desde la puerta principal.

—Quizá llegue un momento en el que te arrepientas de lo que dices.

Quería transmitirme algo, pero yo empezaba a ponerme muy nerviosa y a sentirme fuera de lugar, como para resolver misterios. Agité una mano al aire, reconociendo la calle que se abría en absoluta soledad. ¿Dónde estaba todo el mundo? No se oía ni jaleo ni movimiento, pero la fiesta debía estar cerca. Se me escapó una risa nerviosa.

—Oh, puede ser. El día que me hagas caso a mí, entonces sí que el mundo se habrá ido al infierno.



Al fin, me las vi con el poblado en su totalidad. En el centro que dejaban las cabañas, junto a la colina que guardaba su santuario, se reunían en corrillos, algunos sentados sobre tablonces que ejercían de bancos. Rostros de facciones marcadas me devolvían la mirada con cautela. No me rechazaban, podía sentirlo, pero tampoco terminaban de fiarse. Como era mi gente la que estaba a punto de aniquilarlos, no podía tenerlo en cuenta.

La celebración se llevaba a cabo en ese sigilo que los caracterizaba. Las voces, hasta las melodías de improvisadas flautas, sonaban a un volumen adecuado. No acudirían infectados, porque todos estaban retenidos en las jaulas, pero me dio la impresión de que así eran siempre. Hogueras, altares. Me llamó la atención el movimiento próximo a la entrada al santuario. Parejas unían sus manos frente a lo que, supuse, sería su concepto de cura, quien me pareció que era una de las mujeres que formaban parte del consejo. Se estaban casando, y a mí se me encogió el estómago ante la idea de ser testigo de la boda entre Tarik y Tiye.

Como para corroborar que lo vería, la vi a ella. Una túnica de gala, flores en el pelo. Preciosa, toda una novia. Radiante. Y yo debería salir corriendo antes de confirmar la identidad del guerrero que se alzaba junto a ella. Me moví y unas manos me sostuvieron por la cintura antes de que me llevara por delante al pobre incauto que cortaba mi retirada. Cuando alcé la vista, me encontré con los ojos de Tarik y su sonrisa más amable.

Parpadeé confusa porque no debería estar allí, sino a unos metros, junto a su prometida. Porque yo no parecía capaz de centrarme, él me movió con suavidad para obligarme a mirar a las parejas. No soltó mi cintura, sentía su cuerpo contra mi espalda, y un centenar de miradas. Mi incompreensión ascendió imparable al ver que el guerrero que estaba junto a ella era Gyasi. Tarik susurró en mi oído.

—Dejó de ser mi prometida hace tiempo.

Me estremecí y agradecí que me sostuviera, porque bien podría irme al suelo. Por azar, mis ojos se encontraron con los de la madre de Tarik. Su sonrisa de aceptación tampoco venía a cuento. No entendía nada y empezaba a asustarme.

Otro hombre que también debía ejercer de cura, un anciano vestido con una elaborada toga, se plantó ante la pareja y un niño unió sus manos con cintas. No había la menor vacilación en el rostro de Tiye. Aceptaba a su marido, como si tanto diera uno u otro. También Gyasi la aceptaba, como si no le importase que días atrás fuera de otro. La voz de Tarik volvió a entrar en mi cabeza.

—No lo entiendes —dijo por sentado—, pero hubieran sido felices de tener más tiempo.

Pero íbamos a morir en breve. Casi lo había olvidado. Con una última caricia al retirar las manos, dejé de sentir a Tarik. Me recompuse al ver a Nekhbet y Akil acercarse. El chico la llevaba de la mano y su sonrisa, la de ambos, me llenó de angustia. Maldije a Guille en silencio. No quería que murieran. No era justo. Si mi hermano ayudase, todo sería diferente.

—Gracias por quedarte —me dijo Akil, tan rojo que temí que le diera algo.

Nekhbet me regaló un abrazo genuino. Como se me llenaron los ojos de lágrimas, recurrí a la fanfarronería.

—Ya, bueno, solos no tendríais la menor posibilidad.

Ambos rieron, Akil también me abrazó con cariño.

—Estaré a tu lado —me prometió—. Sin mí, tú tampoco las tienes.



No había muchas risas, tampoco demasiada música. Por lo que me explicaron, antes de la infección las fiestas eran mucho más animadas y nunca, jamás, faltaban los tambores. Sin embargo, cualquier instrumento de percusión había quedado descartado. Ahora los habían utilizado alguna vez, sobre todo para dispersar grupos numerosos, jugando con el sonido para alejarlos o conducirlos a puntos en los que fuera seguro eliminarlos. El problema era que, ante el ruido, nuevos infectados se sumaban y la estrategia podía derivar en un peligro mayor.

Yo quería mantenerme en un segundo plano porque me sentía una extraña, pero no me dejaban. Hasta los miembros del consejo se me acercaron, intrigados por el plan que yo tenía. No era un plan en sí mismo, solo un modo de hacernos ganar tiempo, y no sería nada sin Guillermo. Les expliqué como pude que si mi hermano accedía a manipular los explosivos y colocarlos en otro sitio que no fuese la muralla, desviaríamos la atención y un contrataque sería posible. El nombre de Tarik había salido en la conversación, porque él fue el iluminado que ató los últimos cabos. Por esto, su labor era la de organizar los frentes. No me sorprendió, cuando sabía de sobra que él encajaba en el perfil de líder.

Mientras, Tarik estaba sentado con los otros guerreros alrededor de una de las hogueras. Mis ojos no lo perdían de vista demasiado tiempo. Me gustaba verlo, conversaba, sonreía. Estaba preocupado, no se entregaba a la fiesta, pero se mantenía fuerte, o los demás también se vendrían abajo. Era noche de calma, pero los guerreros, hombres y mujeres, debatían los próximos movimientos. Yo podía sumarme a ellos, sería bien recibida, pero me sentía más cómoda en un segundo plano. Lo de trabajar en equipo continuaba sin ser mi fuerte.

Hasta donde me contaron los miembros del consejo, unos ancianos plagados de arrugas a quienes nadie se atrevería a llamarlos viejos por la fuerza que desprendían, conocían la estrategia de nuestros enemigos. El falso arquero resultaba ser la pieza clave. Como me contaron en su momento los guerreros, en la fortaleza no lo ejecutarían, solo lo mantenían preso. Lo soltarían, a través de una de sus costumbres. El delincuente se vería expuesto a un paseo de la vergüenza. Todos los habitantes de la fortaleza estarían en la zona que separaba el castillo de las puertas de la muralla, formando un pasillo para expresar su rechazo y despedirlo. Al otro lado de las piedras, debían estar los guerreros a los que había atacado, y que en otras circunstancias iban a matarlo. Y ese sería el mejor momento para llevar a cabo el ataque. Caerían los guerreros y los habitantes no tendrían tiempo a refugiarse entre los muros del castillo si reventaban la muralla. El caos, los nervios, se sumaría a favor de los atacantes. La masacre estaba garantizada.

Por lo general, el encierro de los detenidos era de una semana, aunque no había plazo fijo, porque nunca antes se las habían visto con un delito de esta índole. El topo del que había hablado mi hermano tenía el papel de posponer o adelantar la liberación. Era un seguro de la actriz, quien parecía haber atado con maestría cada cabo. La líder igual llegaba con retraso, porque estaba peleando en otra parte y, por eso, el arquero no sería puesto en libertad todavía. Su topo se encargaría de convencer a Eladio para soltar al arquero en el momento preciso.

Ahí empecé a hacer cábalas de mi propia cosecha, porque el topo tenía que ser alguien relevante en la fortaleza, pero a mí no se me ocurría nadie. La hermana de Nekhbet podía tener peso en las sombras, extender cuchicheos y urdir engaños, pero su alcance no era tanto. ¿Uno de los médicos? ¿De los del descanso de gala? ¿Por qué ayudar a los enemigos con lo bien que vivían allí dentro? Lo peor, ¿cómo podía Eladio no verlo? Igual lo sobrestimaba, pero el cobrador de morosos no era un estúpido ni se dejaba engañar con facilidad. Algo no encajaba. Igual Eladio había perdido facultades; hasta me planteé que él mismo fuese el topo principal. Lo mismo estaba harto de la responsabilidad, había asumido que no volvería a ver a su marido y a sus hijos, y la pérdida de esperanza lo llevaba a poner fin a lo que él mismo había construido. Podía ser, también lo había visto antes. Cuando una persona decide caer, poco le importa a quién se lleve por delante.

Ocupé un banco y disfruté de la soledad del momento. El cielo sobre mí estaba repleto de estrellas, pero había dejado de impresionarme hacía demasiado tiempo. Ahora, echaba en falta esa negrura propia de la polución, atenuada por las farolas y carteles de las calles. Me descolocó que el padre de Tarik se sentase a mi lado. El hombre imponía, y eso que no había tenido ningún altercado con él, o al menos no como con su madre. Nuestra charla más extensa, la única, se dio cuando acudió a curar a su hijo, y yo no había sido amable al ver su recelo, su decepción, con el herido.

—Dicen que le pediste algo a tu hermano.

Me sorprendió la frase, asentí sin saber qué decirle.

—Dicen que crees que no lo hará.

La pena pudo con cualquier reserva.

—No, es probable que a estas alturas ya esté lejos.

—No lo creo —dijo el hombre con una sonrisa que me recordó, mucho, a Akil—. Si es hermano tuyo, cumplirá su parte.

Me sorprendió, y me sorprendí también porque una parte de mí así lo creía.

—No puedo saberlo a ciencia cierta, prefiero no contar con eso.

El hombre se limitó a asentir y ambos nos dedicamos a observar nuestro alrededor. El silencio no era incómodo. Había algo en el padre de Tarik que me relajaba. Olía a los preparados con los que curaban las heridas, quizá fuese eso lo que le confería un aura de seguridad. Él curaba, peleaba a su manera por mantener a los demás con vida. No debió ser fácil para él dejarlo todo y empezar de cero.

—Me habría gustado conocer las islas —dije sin más.

El hombre rio por lo bajo, inmerso en una broma privada.

—No, Clara, no te habría gustado —comentó, señalándome—. Tú perteneces a este mundo. —Pasó a señalar la festividad que nos envolvía—. Lo que ves puede que te guste, pero se trata de una ínfima muestra. Nosotros también hemos cambiado y perdido. Nos amoldamos por supervivencia. Hemos ido recopilando costumbres, modulándolas bajo nuestro criterio. La vida en las islas no era así, porque no necesitábamos que lo fuera. Mis hijos no recuerdan todo al detalle, eran unos niños. Ni siquiera yo sería capaz de volver a mi vida anterior, por mucho que rechace a tu gente. ¿Tú podrías ser como eras?

Le regalé una sonrisa en señal de que entendía su razonamiento. Me pareció una buena definición de progreso: mejorar lo bueno, cambiar lo malo, aceptar otras ideas y utilidades hasta

convertirlas en algo beneficioso para la subsistencia. La soberbia es un rasgo inevitable que surge con el éxito. El problema es dejarse llevar por ella.

Los ojos negros del padre de Tarik vagaron hasta dar con su hijo. Se leía orgullo y cariño. También miedo a perderlo.

—La primera vez que te vi me gustaste —murmuró—. Hay una línea muy fina entre la arrogancia y la satisfacción por un trabajo bien hecho. Me hiciste ver que mi postura no era correcta. Apuesto a que me hubieras golpeado de no haber ayudado a mi hijo.

Rememoré el encuentro en la fortaleza, la rabia que me generó aquel hombre que, mentón en alto, había aparecido en la puerta de la habitación armado con sus frascos, pero dando fe de lo ingrata que le resultaba la tarea encomendada.

—Sí, es muy probable.

El hombre volvió a mirarme y alzó las cejas con diversión.

—Me lo hubiera merecido —asumió con cariño, mientras se levantaba—. Cuenta con tu hermano, Clara, también me gustó lo que vi cuando dejó el poblado furioso.

De nuevo a solas, traté de disfrutar de la calma, pero las palabras del padre de Tarik bombardeaban mi cabeza. Allí sentada, inmóvil, solo estaba perdiendo el tiempo. Observé a los habitantes, Tarik seguía en su corrillo. Nuestros ojos se encontraron y algo en ellos me arrancó un escalofrío. Él apartó la vista primero y yo tomé aire. Ahora, más que antes, necesitaba movimiento para aplacar mis nervios.

Cuanto más me alejaba de la fiesta y permitía al bosque rodearme, más consciente era del aire fresco y del rocío. Las sandalias y el vestido no eran la mejor indumentaria para recorrer el tramo de bosque que me separaba de las colinas. Además, iba desarmada. Retrocedí de regreso a la cabaña para cambiarme. Al volverme, la mano de Tarik cubrió mi boca e impidió que soltase un grito. Cuando me liberó, mis manos impactaron contra su pecho sin moverlo un milímetro.

—¿Pero de qué vas? ¿Cómo puedes ser tan sigiloso?

Su sonrisa se mostró traviesa y antes de darme cuenta sus brazos me envolvían.

—Porque te estaba siguiendo —murmuró, dándome un mordisco en el mentón—. Vas a escaparte, no llegaras muy lejos desarmada y así vestida.

Me hablaba, lo entendía, pero también me arrastraba con su cuerpo para acorralarme contra un árbol. Sentí la madera a mi espalda, pero mucho más la dureza de su cuerpo. Por lo evidente de mi mutismo, me besó haciendo pedazos cualquier intento de quitármelo de encima. Aproveché una tregua de su boca para no quedar como una imbécil.

—Iba a cambiarme —murmuré, rodeando sus hombros con mis brazos, antes de acortar distancias para encontrarme de nuevo con sus labios.

Percibí su sonrisa contra mi boca. Las manos de Tarik ascendieron hasta tomar mi rostro. Detuvo el beso y pegó su frente a la mía, mientras sus dedos acariciaban mis mejillas.

—Tengo algo que decirte —susurró, con esa suavidad que convertía mis piernas en mantequilla—. Sé que mi madre te explicó las uniones que se dan en nuestra cultura, pero no te dio detalles.

Me encontraba sometida por la intensidad de su voz, por el modo de acariciarme, por su proximidad y lo mucho que lo quería. Eso fue lo único que evitó que echase a correr espantada. Me lo tomé con humor, algo confundida.

—¿Vas a pedirme que me case contigo?

Volvió a reír, con aire resignado porque yo no daba seña de tomarme nada en serio.

—No —dijo y una punzada de desilusión se instaló en mi pecho. Me sorprendió, muchísimo, porque yo no quería casarme con él, no venía a cuento dada la situación... o eso creía—. Voy a explicarte que yo ya estoy casado contigo.

Ahora sí que me había roto los esquemas. Intenté separarme, no apartarme de él, pero necesitaba ver su rostro. Quizá eso me permitiera comprender a qué se refería. ¿Sería el cargo de guardián? No lo creía. Tarik me sonrió con indulgencia, algo cohibido por si mi próxima reacción era de rechazo. Sin soltar mi rostro, se separó lo justo para que nuestras miradas pudieran atarse.

—Lo que pasó la noche que fui a buscarte para mí supone mucho más, Clara. Me entregué a ti, te escogí como mi pareja, algo que está por encima de cualquier concepto de unión. Soy tuyo, da igual que nadie lo presenciara, o que tú no me correspondas del mismo modo. Mi corazón, mi alma, te pertenecen ahora y siempre.

La impresión no me dejó emitir el menor sonido. Hablaba en serio, no podía ser más franco. Su mirada oscura reflejaba la sinceridad en sus palabras. No iba a presionarme, no me exigía nada a cambio. El mundo entero dio una sacudida, obra del estallido de magia, esa que no existía pero percibí en la cueva de las velas, y que ahora recorría mi cuerpo. Sus pulgares acariciaron mi piel y mis párpados temblaron tanto como mis piernas.

—Es increíble lo que me equivoqué contigo —musitó Tarik—. Todavía recuerdo mi primera impresión, mientras estabas tendida en la cama, inconsciente, llena de heridas y golpes. Sí, veía tu fuerza, pero no cuánto escondías. Ahora que lo he descubierto, no quiero perderlo. Sé sincera, Clara, comparte conmigo qué sientes.

¿Qué sentía? Demasiado. Me faltaba el aire, en mi cabeza todo daba vueltas. Lo único firme, a lo que aferrarme, era aquel que se erguía delante.

—A ti —murmuré, incapaz de ser locuaz, dejándome arrastrar por la misma honestidad que él transmitía—. Yo... esa noche en la cueva, no sabía, pero sí pude sentirlo. Te quiero, más que eso... Yo también te entregué mi alma, Tarik... y no quiero perderla.

Esta vez sí hubo comprensión. El mensaje se sobreponía a cualquier dialecto, y su sonrisa terminó de atraparme. Su respiración acariciaba mi piel y sus manos me sostenían. Me rendí a un beso abrumador, porque él se rendía conmigo, aferrándose a sus hombros, buscando su contacto, como si no hubiera más en el mundo. Permanecemos abrazados una eternidad y no me pareció suficiente. Tarik hundió la cabeza en la curva de mi cuello y su mano acarició mi mejilla.

—Quiero más tiempo contigo —susurró, provocándome un nudo en la garganta.

Porque no estaba en nuestra mano, disfruté de su calor en silencio. Él no trató de endulzar la realidad ni hacer falsas promesas asegurando una supervivencia que se antojaba imposible. Sin soltar mi cuerpo, alzó la cabeza y me dio un último beso. Suspiró al ver mis ojos vidriosos por pena.

—¿Adónde ibas? —preguntó con suavidad.

Acaricié su pecho, me perdí en sus ojos.

—Quería echar un vistazo.

Lo vi esbozar una expresión de anhelo y lanzó un lamento.

—Como vuelvas a hablar en mi lengua no te dejaré ir muy lejos.

Me reí, aunque no parecía estar de broma. Podía entenderlo, su idioma contaba con matices

que a mí me derretían el cerebro, al menos cuando él hablaba.

—¿Ya no siseo? —pregunté en mi lengua, entre otras cosas porque no sabía traducirlo.

Su risa sacudió mi cuerpo.

—Sí, coyote, sigues haciéndolo.

Por aprovechar la broma, lo aparté de un empujón. Alzó las manos conciliador.

—Lo has preguntado. —Se desentendió y tomó mi mano.

Sin saber bien por qué, agradecí el gesto y lo seguí de vuelta al poblado o al fin del mundo si quisiera. Se me escapó un quejido. Me pregunté cuánto de aquel cariño y buen entendimiento dependía de la pronta muerte. Suponía que mucho.

—El asentamiento seguirá allí mañana. ¿Qué tal si volvemos a casa?

Me parecía el mejor plan del mundo. Mis últimas horas quería pasarlas con él. Fundirnos hasta que no quedase nada. Sin embargo, no todo dependía de nosotros. Antes de tomar el sendero que nos conduciría de regreso al poblado, la hermana de Tarik nos cortó el paso. Había novedades.



El poblado entero fue testigo del relato de un temeroso vigía recién llegado. Poco después, ya podíamos señalar dónde se encontraba la líder. Ella y una treintena de hombres trataban de barrer otro asentamiento. No muy lejos de la fortaleza había una aldea ecológica que llevaba a su aire casi desde el primer día, porque ya estaban allí antes y, como había imaginado, el fin del mundo los encontró preparados para autoabastecerse. Sin el factor humano ávido de poder ni la locura, que fue lo que llevó al desastre a la otra aldea ecológica que yo tenía de referencia, lograban sobrevivir. Como estaban cerca de las montañas, los infectados solo los atacarían por un flanco, porque por los otros se interponían el poblado y la fortaleza. Llevaban luchando años, pero ahora perdían. Los hombres y mujeres del lugar combatían a la líder y su séquito, aunque no tardarían en desfallecer. Estaban capacitados para luchar contra muertos, no contra estrategias. Yo lo vi claro. Debíamos ayudar a esa gente y aprovechar la unión para borrar a la líder. El resto estuvo más o menos de acuerdo, pero no por su propio beneficio, sino porque conocían a los atacados y su forma de vida no los espantaba tanto. Me quedó claro que de ser otros no moverían un dedo. A mí me valía.

Mientras ultimaban detalles, corrí a cambiarme. Supe que Tarik no me quería expuesta y que odiaba no poder impedirlo. Lo mismo me sucedía a mí con él, pero era inevitable. En este caso, me necesitaban, porque los de la aldea se fiarían más de mí que de ellos. Aunque llevasen años compartiendo terreno, los salvajes no se habían acercado a saludar ni los de la aldea terminaban de fiarse. Igual ni siquiera estaban al tanto de su labor de protección conjunta con la fortaleza. Acceder a la aldea ecológica era complicado. Menuda ubicación más conveniente para el fin del mundo. Me jugaba el cuello a que la líder conocía la existencia de su pasado y, también a ellos, fue a pedir auxilio. Los aldeanos no podían pegar menos con la vanidosa. También era un asunto personal, porque no presentaban amenaza alguna cuando igual ni se enteraban del conflicto.

De nuevo con el grupo, y con mis armas, que no les hicieron ni pizca de gracia, se dio otra

tragedia. Akil quería acompañarnos, el pueblo al completo pretendía impedirlo.

—¡Qué más da! Moriré hoy o mañana. ¡Dejadme ir!

Yo tampoco quería que se arriesgara, pero lo entendía. Sin embargo, no podía meterme. Tarik me lo dejó muy claro con una mirada de advertencia. Me cabreó, no era necesario, pero acepté mantenerme en silencio. Pero la obstinación del chico pudo con todos, y si no lo dejaban ir nos seguiría. ¿Íbamos a perder el tiempo con él? Tarik estaba furioso y sin alternativas. El chico se venía con nosotros, y emprendimos el camino hacia la aldea bajo el amparo de la noche.

Apenas habíamos avanzado cuando Akil se acercó a mí y me miró con toda su molestia.

—Podías haberte puesto de mi parte.

Mi boca dibujó una sonrisa. Tarik iba a mi lado. Fingió no inmiscuirse, pero seguro que no perdía detalle.

—Podría, pero aprecio mi cabeza y no quiero que tu hermano me la arranque.

Tarik apenas giró el rostro. Lo justo para que pudiera ver una sonrisa similar a la mía. Lamenté estropear el momento cómplice, pero no sería yo si me callaba.

—Por otra parte, una suerte contar contigo. Ya sabes, chico, no juegues limpio.

A mi lado, Akil dejó salir una cálida risa, se sentía alagado, pero no terminaba de creérselo. Como Tarik sabía que yo hablaba en serio, lo suyo fue una mirada fulminante que agitó cada una de mis terminaciones nerviosas. Alcé las cejas y le lancé un beso, invitándolo a meterse en sus asuntos. Su cara de sorpresa casi me arranca una carcajada. Acababa de romperle los esquemas con un gesto espontáneo que también debería sorprenderme a mí misma, o al menos hacer saltar mis alarmas. No fue el caso, estaba bien, a gusto a su lado. Nuestras miradas se encontraron, y supe que algo había cambiado esa noche. Ahora sí estábamos juntos. Yo había dejado a mi hermano, él a su prometida. Lo que sucediera resultaba, del todo, incierto y daba un poco de miedo. Ya no tenía excusas, él tampoco. Ambos estábamos indefensos y en peligro, porque se nos agotaba el tiempo.



El terreno próximo a las montañas era accidentado. Ya me había movido por laderas escarpadas, pero eso no impedía que mi pulso y mi respiración sufriesen el ejercicio. No fuimos demasiado lejos, nos movimos en grupos de cuatro. Tarik y su hermana lideraban los primeros, por lo que los perdí de vista pronto. Lo agradecí, no quería estar atenta a él. Me sería más fácil concentrarme, de no ser porque Akil venía conmigo. La responsabilidad estaba servida.

—Procura que no te maten, ¿sí? —pedí a media voz, cuando ya se empezaban a escuchar los ruidos de lucha. Calculé que tras una elevación del terreno se abriría el valle que ocultaba la aldea ecológica—. Ahora que me he reconciliado con tu familia, no me apetece volver a cabrearlos.

—No será culpa tuya.

—Seguro que eso piensan.

—¿Eres consciente de que me han mandado contigo porque saben que harás lo posible por salvarme?

No, no lo era. Solté un quejido.

—Eso, sin presiones.

Akil rio casi en silencio, pero pronto adquirió la seriedad que percibí cuando nos conocimos. Se acababa lo divertido. Como había supuesto, bajo nosotros, en el valle, se daba la pelea. Unos metros más de bosque ocultaría nuestra intervención. Logré moverme con el mismo sigilo que mis tres acompañantes. Tras la última línea de árboles localizamos al grupo sitiado. Se parapetaban tras la muralla destruida de su aldea. A nuestra derecha, protegidos por más árboles, estaba el séquito de ataque, demasiado lejos para poder ponerles cara. Entre ellos y nosotros, un montón de infectados que no hacían diferencias de bandos.

—Mierda —solté, porque entre ellos había un montón de corredores—. Espero que te luzcas, Akil, o no saldremos de aquí ninguno.



Localicé otro grupo de los nuestros no muy lejos. Tras la seguridad de los árboles, intentaban disminuir el número de infectados más próximos. No pudieron ocultarse mucho más tiempo. Como estaban tras las barricadas de los de la aldea, su único peligro eran los muertos. Los vivos parecían más preocupados por matarse entre ellos. Ver a Tarik contra los corredores me cerró el estómago. Ver a uno de los del asentamiento dudar contra quién abrir fuego me robó el aire. Urgía entrar en escena.

—Akil, cúbreme —dije, entregándole un revolver—. Tengo que meterme ahí dentro.

Akil me miró con horror por el arma y porque lo que pretendía era imposible. Llegar hasta las barricadas de la aldea suponía atravesar una zona en la que había una veintena de muertos.

—Confía en mí —dije, porque no había tiempo para explicaciones.

El chico asintió y preparó el arma. Sabía lo que era, aunque no la había usado en su vida.

—Dispara solo contra infectados. Pase lo que pase, no dispires a los de la aldea.

Volvió a asentir con determinación. El chico creía en mí de forma ciega. Recé porque no se equivocara y no cayera en que, probablemente, los de la aldea tratarían de atacarme al acercarme a ellos. Manos en alto, señal inofensiva. Pequeña e indefensa. Deberían concederme el beneficio de la duda por lo menos. Sin cuenta atrás, eché a correr escurriéndome entre las manos y los dientes que trataron de apresarme. Escuché un par de disparos, ninguno iba contra mí ni hacia la barricada. Eso tenía que ser bueno.

—¡No disparen! —chillé a un paso del puesto.

Corría en zigzag no solo por los muertos, sino por los atacantes. Una bala silbó cerca de mi cabeza y terminó en un torso putrefacto. Dos infectados me cerraron el paso. Rodé por el suelo y no pudieron atrapar me. Uno de frente, su cabeza estalló librándome de la amenaza. Si había sido el chico, le regalaría el arma. Caí al otro lado del puesto, volví a alzar las manos. Un cañón apuntaba a mi cara. Solté mi discurso de carrerilla.

—Los salvajes están con vosotros y vienen conmigo. Ellos también son una amenaza para nosotros, aquí está su líder y la queremos muerta.

El hombre que me encañonaba dudó, yo también. Su espesa barba negra salpicada de canas me impidió desvelar su expresión, pero al fin bajó el arma y gritó órdenes al resto. Primer asalto concedido. Le di la espalda, desenfundé mi segunda arma y traté de localizar a la líder.

Entre tanto, vi a Tarik pelear, también a Nailah. Eran, los dos, brillantes. Akil se les sumó ahora que yo estaba a cubierto. La destreza mostrada días atrás se mantenía. El chico era infalible con los muertos. Hora de ir a por los vivos.



Toda líder debe saber cuándo retirarse y esta estaba a un paso de hacerlo. Sus hombres eran su cobertura. Yo estaba allí para que no tuviera éxito, pero no me lo pondría fácil. La actriz empleaba su entorno impidiéndome ver algo más que su pelo rubio, sujeto en un moño del que escapaban un par de mechones. Crucé un par de palabras con la gente de allí y salí a campo abierto. Sin corredores, no era un paseo pero sí más fácil. Me libré de los que más se acercaron, esquivé enemigos armados con disparos certeros y alcancé las líneas enemigas.

Como no, la líder se escabullía. Cuanto más me acercaba a ella, más se removía algo dentro de mí. Una familiaridad que nada tenía que ver con haberla visto en la tele o inmortalizada en las paredes de la fortaleza. No dejé que la sensación me distrajese. Sus hombres me cerraban el paso. Para mi sorpresa, Nailah se le plantó delante salida de la nada. Porque en un cuerpo a cuerpo iba sobrada, me dediqué a cubrirle las espaldas, pero la líder parecía tenerlo todo previsto. Lógico si conocía tanto a la guerrera.

El bosque que nos envolvía era denso y tan frondoso que malamente podía darse un paso sin tropezar con un arbusto o un tocón perdido. Nailah era buena, pero no podía sola con la actriz, dos de sus secuaces y cuatro infectados, y yo no podía cubrirla a ella y pelear por mi vida. Había estado tan cerca. Por esquivar a un infectado, perdí de vista la escena un par de segundos. Cuando pude centrarme de nuevo en ella, el corazón dejó de latirme.

Nailah estaba con las manos en alto y muy pálida. Akil entre los brazos de la líder, con un cuchillo pegado a su cuello. Su llanto sonó atronador en mi cabeza. Suplicaba por su vida, pedía que matase a Nailah en vez de a él. Obviamente, fingía. Barajé opciones para ayudar en su teatro y entender qué plan tenía. Muy básico, apartar el arma de sí mismo y revolverse. La líder no tenía por qué confiarse, pero era inevitable con la representación. Yo me había ido acercando lentamente, a la caza de un mejor ángulo de tiro, atenta a lo que pudiera torcerse. Entonces vi bien el rostro de la actriz y mi mundo dio una sacudida.

—¿Berta? —pregunté con un hilo de voz.

Los ojos de la mujer me encontraron, reflejando tanta sorpresa como yo. Parpadeó como si acabasen de colocarla allí. Las piezas terminaron de encajar. La flecha explosiva, el encaminar infectados. Berta conocía esos recursos, porque yo se lo conté en su día. Me parecía asombroso que la buena de Berta fuese la terrible y resentida líder. Al final, sí era una actriz brillante. Igual ella había estado compinchada con los asaltantes de caminos desde el primer momento, aunque lo dudaba. Lo único que tenía claro de la mujer era que se movía por oportunismo.

Como me sucedió a mí al reencontrarme con Guillermo, al verme, el papel de Berta había cambiado al de la mujer indefensa. Un segundo y apenas un milímetro, pero el cuchillo se movió. Akil no necesitó más, yo tampoco. Las preguntas se contaban por miles, pero primaba proteger a los míos. Mientras el chico se revolvía como haría con cualquier corredor, disparé a la frente de Berta sin que me temblase el pulso. Después, abatí a los dos que amenazaban a Nailah. Con ella

libre de movimientos, cayeron los infectados dispersos. El grupo de Tarik barrió a los enemigos que quedaban en pie. Encontré su mirada y vi que no aceptaba ni una sola de las ideas que había tenido. Demasiado temeraria, no sé de qué se sorprendía.

En mitad del revuelo, no tuve ni un segundo para lamentar la caída de Berta. Así es la vida. No suele haber ocasión de dejarlo todo en orden y siempre queda algo pendiente. Todo sucedía demasiado rápido, pero me embargó la tristeza al terminar con la vida de una conocida, casi amiga. No sabía, ni sabría, qué le había llevado a cambiar tanto de registro y convertirse en la temible líder. El por qué creía entenderlo, pero seguro que Berta había recorrido un largo camino hasta ese instante. No llevábamos tanto separadas, la idea ya estaba ahí antes, incluso cuando se movía con nosotros. Esperaba el momento o ganaba experiencia. Jamás podría saberlo a ciencia cierta. Busqué a la hermana de Tarik, pero el rostro de la guerrera no dejaba ver otra cosa que determinación. No la quiso, pero seguro que, como a mí, no le hacía ninguna gracia su muerte.

Los de la aldea se encargaron de sus heridos, pero dos se nos acercaron. Tampoco había tiempo para presentaciones o agradecimientos. La trifulca, los disparos, habían atraído demasiadas atenciones, y más que vendrían. El asentamiento recogía sus cosas, el hombre que me encañonó se acercó acelerado.

—Sé que hay más —dijo a la carrera—. Si necesitáis refugio para unos pocos, nuestras minas son seguras.

Asentí conforme y acepté el papel que me daba. Hablaba de las minas en las montañas. Una zona común para todos y que serviría bien para esconderse hasta que pasase el asalto. No todos estaban en forma para pelear ni contaban con suficiente edad o destreza. Un plano de verdad, sin dibujos. Sonreí sin quererlo.

—Gracias.

Estaba deseando llegar, hasta que volví a encontrarme con la expresión de Tarik. Me dio la espalda y echó a andar sin esperarme.

Nailah se acercó con un silbido.

—Has estado muy muy bien, pero vas a pagarlo caro. Podrían haberte matado mil veces.

Sí, lo sabía y, por eso, no pensaba ser yo la que le hablase.

—Estupendo —cuchicheé.

Mis piernas se movieron para regresar al poblado, mis ojos lanzaron un último vistazo al cuerpo de Berta. A mi lado, Nailah bajó un poco la voz.

—¿De qué la conocías?

—No la conocía —respondí felicitando a la víctima por su brillante papel, antes de explicarle a grandes rasgos mi relación con Berta.

La mujer había aparecido en mi vida durante una incursión a un pueblo. Estaba sola y no presentó ningún peligro. Lucas y yo acabábamos de sumarnos al equipo de Agustín, y este decidió añadir también a Berta a la comitiva. Año y medio juntos, peleando y compartiendo miserias. Ahora, que tenía más datos, supuse que nos la encontramos poco después de que Berta decidiera alejarse de la fortaleza. Me planteé, también, si no habría sido cosa de Berta la dirección que tomamos. No los primeros meses, pero probablemente con el tiempo fue ideando sus planes y se encargó de convencer a Agustín para que nuestros pasos nos llevasen tan cerca de la fortaleza. Si yo estaba en lo cierto, Berta había logrado reunir un ejército en tiempo récord. Con los argumentos que tenía y el resentimiento de aquellos que fueron rechazados, normal el

éxito captando adeptos. Además, en nuestro camino juntos habíamos localizado algunos asentamientos que también pudieron servirle a la actriz. Nosotros no nos acercamos, siempre habíamos pasado de largo, pero seguro que ella decidió ir llamando puerta por puerta, prometiendo maravillas. Y si eso no funcionaba, utilizaría la fuerza bruta y el miedo.

La hermana de Tarik me había escuchado en silencio. Atendía a mi relato, pero seguro que también rememoraba los momentos que había pasado con Berta. Al terminar, preferí anticiparme a ella.

—Ahórratelo. Ya sé que tú no lo habrías hecho.

Nailah rio con diversión.

—En este caso, te equivocas —dijo—. Se lo merecía. Cayó bajo tu mano, pero porque fuiste más rápida.

El rencor se filtraba en cada sílaba. Para Nailah nada justificaba el empeño homicida de Berta. Me sonrió con malicia.

—Y quizá sea lo justo, cuando tú la instruiste.

No me sentía bien por matar a Berta, pero tampoco responsable.

—Parfraseando a tu madre, lo que cada uno hace es cosa suya... o algo así.

La risa de Nailah fue extraña, porque el escenario no estaba para alegrías. Nailah cabeceó una última vez a modo de felicitación y se centró en Akil.

—Quién iba a decirlo —comentó, antes de sujetar a su hermano por el cuello y zarandearlo con cariño.



De regreso al poblado, no me quedé a la puesta al tanto. Agradecí las felicitaciones y recibí algún que otro abrazo, además de la gratitud de los padres de Tarik. Su madre se me acercó conciliadora. Aguanté como pude y, en cuanto vi la posibilidad, no dudé en escabullirme. Regresé a la cabaña desierta, me di un baño y puse rumbo a mi cama con la mente en blanco. Tarik me esperaba en el sofá del salón. A él no podía darle esquinazo, debíamos hablar, pero pensaba ahorrarnos el drama a ambos.

—Estoy demasiado cansada para tus críticas —lo advertí y me apoyé en el marco, inquieta porque no me miraba.

—¿Buscas que te maten por algún motivo? —preguntó con seriedad.

Suspiré con cansancio. Mi jugada fue temeraria, pero porque no tuve alternativas.

—No, Tarik. Sí quisiera morir, estaría muerta hace mucho.

Me metí en la habitación y me dejé caer en mi cama. No podía enfadarme con Tarik, cuando su inquietud era idéntica a la mía. No quería perderme. El ejercicio había sido excesivo y, combinado con la tensión, me impidió ir a hacer las paces con Tarik. Estaba molida. Al segundo, el mundo desapareció por completo.

Volvió a aparecer poco después, por culpa de una pesadilla. Una en la que desfilaron todos mis miedos. Iba a tumbarme de nuevo cuando sentí la falta de Nekhbet. Con ella dormía un poco mejor. Bien del todo solo había dormido una vez en ese tiempo. Mis ojos se dirigieron hacia la cama contigua. Tarik no dormía, lo supe por su respiración. Quizá lo despertó mi grito o sus

propias pesadillas.

¿Qué estaba haciendo? En la pesadilla lo perdía; allí, estaba conmigo. Dejé mi cama y me acerqué a la suya. Él se movió para hacerme sitio. Me acurrugué contra él y sus brazos me envolvieron, transmitiéndome una calidez maravillosa. Las palabras treparon por mi garganta, imparables.

—Yo también quiero más tiempo contigo —murmuré contra su pecho.

A modo de respuesta, sus labios rozaron mi frente con un suave beso.

—Lo tendremos.

Su determinación tiró de la mía. Podíamos tener cuanto quisiéramos, así me sentía en ese momento.

—Lo sé —dije, sin rastro de dudas.

Abrazados, encajábamos tan bien que todo parecía perfecto, y el cariño erigió un fantástico castillo, protegido de la realidad con nuestra entrega. Me mantuve recostada contra su pecho dejándome mecer por su respiración.

—No puedo pelear a tu lado —murmuró Tarik, como quien confiesa un delito horrible.

Me incorporé para poder mirarlo. La penumbra atenuaba nuestros rostros, pero el brillo de la preocupación y el miedo resaltaban frente a cualquier otra forma.

—No voy a quedarme al margen —dije—. Ya he estado tras la barrera, Tarik, y jamás volveré allí. Me preguntaste por qué me abandonaron, esa es la respuesta. Sé que cuesta aceptarlo, pero no puedes protegerme. Ni yo a ti.

El suspiro de Tarik acarició mi piel y sonreí. Sin embargo, el miedo se mantuvo, porque ambos daríamos la vida por el otro y, al mismo tiempo, ninguno agradecía el sacrificio. Tarik alzó la mano y su caricia me dejó aturdida.

—Sí que puedes... y yo también. Mantente con vida y yo haré lo mismo.

Me incliné para besarlo de nuevo, sin perder la sonrisa. El mensaje era evidente y de lo más irónico. Para sobrevivir, debíamos centrarnos en nosotros mismos, en lugar de en el otro.

Escuchamos movimiento en el salón y también percibimos el cambio en el ambiente. Novedades. Un vigía habría descubierto algo, hora de ponerse en movimiento. Nuestras miradas se encontraron por última vez antes de dedicar toda la atención a prepararnos.

Tarik fue el primero en dejar el cuarto. Yo le di cierto margen y me entretuve vistiéndome y armándome, antes de ir a su encuentro. Recuperé el uniforme de los guerreros y lo combiné con mis armas de fuego y cuchillos. No escuché nada, pero sí sentí algo a mi espalda. No pude girarme hacia la puerta. Noté un pinchazo muy familiar en el cuello. Alguien me estrechó con fuerza. El cansancio se hizo más denso y me vi arrastrada sin remedio.

TARIK

La abracé un segundo más antes de dejarla de nuevo sobre la cama y ponerme en movimiento. Clara me odiaría al despertar, pero al menos estaría viva. Había sido idea de mi madre, ella había vuelto a drogarla, pero, de todas las reacciones que yo podía experimentar, solo apareció el alivio. Simplemente, no podía perderla ni pelear junto a ella. Claro que la necesitaba en la batalla, pero no me arriesgaría ni a verla morir ni a que me viera. Eso mismo argumentaba mi madre. El éxito de esa tarde estuvo justo en pelear separados. Juntos, nuestra preocupación estaría con el otro, por lo que de forma irremediable nos distraeríamos. Yo no la dejaba a un lado, solo la relegaba a otro puesto. Ella se lo había buscado, al elegirme. Una pena que todo argumento no fuese a servir en cuanto recobrase la consciencia. Al ponerme en pie, la miré por última vez y sentí la sonrisa al imaginar su reacción. Iba a enfadarse. Ojalá pudiese verlo.

Mi madre entró con cautela. Con ella, mi padre y Akil, quienes la transportarían en una improvisada camilla hasta las minas. Gyasi se mantuvo en el umbral con gesto serio.

—Entiendo a tu madre, pero no me gusta.

Mi padre sacudió la cabeza.

—A ella ni va a gustarle ni va a entenderlo.

Mi madre había previsto lo que supondría su ataque. Observaba a Clara con arrepentimiento, pero también con determinación. Su voz no reflejó nada de lo que sentía.

—Llevo cuerdas, será un peligro cuando despierte. Ya le explicaré que la culpa es suya. ¿No quiere que la aceptemos? Claro que lo hacemos. Para muestra, hasta usamos sus juegos sucios.

Akil sonreía. Me lanzó una mirada burlona.

—Te culpará a ti. Como no regreses para que pueda reprochártelo, irá a buscarte hasta el mismísimo infierno.

Seguro que sí, a todo. No podía seguir allí, viéndola plácidamente dormida. Me acerqué a su cama, apenas deposité un beso sobre sus labios. Era muy consciente de que podríamos perderla por traicionarla pero, para mi madre, no nos había dejado alternativa.

—Manteneos todos de una pieza —murmuré, con una presión cada vez más grande en el pecho.

No se prolongaron las despedidas, la mitad de las personas que me importaban quedaban atrás, la otra mitad se expondría conmigo. Recé cuanto supe desde que dejé el cuarto hasta que me reuní con los demás ante el santuario. El motivo del revuelo sí eran novedades. Uno de los vigías había transmitido que los ánimos estaban turbios entre los atacantes. Ya sabían que la líder había caído, y no habría un momento mejor para combatirlos.

Estábamos cansados, pero no podíamos arriesgarnos a que el grupo que quedaba buscara otro plan. La muerte del líder era importante, entre otras cosas porque el vacío de poder crea enfrentamientos internos. Más de uno quería el puesto. Ese era el momento de caer sobre ellos, mientras se miraban el ombligo. Había una ínfima posibilidad de éxito. Seguían siendo demasiados y bien provistos. El comodín que suponía el hermano de Clara no podía ser más incierto. Y yo no podía estar más asustado, porque las minas tampoco suponían una garantía.

El consejo había estudiado el plano que nos entregó el hombre de la aldea ecológica y sí,

parecía seguro, pero había varios accesos que no tenían por qué haber sido pasados por alto ni por los vivos ni por los muertos. Allí abajo, de haber algo más que piedras, no estarían más seguros que en el poblado.

Un cuerno rompió la quietud de la noche. Un sonido del todo nuevo, una alarma, una sentencia de muerte. Lo habíamos traído con nosotros de las islas, convencidos de que jamás sería necesario utilizarlo. Nos atacaban. A nosotros, en el poblado. La sorpresa pintó cada rostro. Nadie lo esperaba, ni siquiera fue una opción a tener en cuenta. Mi mente se tomó un segundo para pensar en los que se alejaban de las cabañas. Demasiado rápido, era probable que mis padres apenas se hubieran internado en el bosque hacia su destino.

Vi movimiento en las calles, extraños que empezaban a cercarnos al amparo de las sombras, apuntándonos con sus rifles y automáticas. Desenfundé mis armas, pero no era en mí en quien pensaba. Si algo atacaba a mis padres de camino hacia las minas, Clara estaba indefensa. El pánico me zarandeó, porque era muy probable que la muerte de la mujer que amaba fuese por culpa de querer que estuviera a salvo.



Habíamos acertado... casi en todo. Con la caída del líder pelearon por alcanzar el puesto, solo que se resolvió demasiado rápido. El hermano de Clara intervenía, pero no a nuestro favor, sino en nuestra contra. Guillermo era el nuevo líder. Uno que conocía el poblado, a sus habitantes y las deducciones y estrategias que emplearíamos.

Sus hombres nos atraparon a nosotros, mientras los muertos estaban destinados a invadir la fortaleza. Ese había sido el plan desde el principio y así se mantenía. Lo que no sabíamos era que, las jaulas construidas, una vez liberadas de infectados, servirían para nuestro encierro.

Nuestros atacantes nos ordenaron guardar silencio y acatamos. La horda era liberada y ningún bando quería llamar su atención. No vi a los infectados, pero sí los oí. Arrastraban los pies, avanzaban como un ejército de espectros creando sonidos espeluznantes. Iban a congregarse en el lateral de la muralla que reventaría en cualquier momento. Desconocía cómo estaban las cosas en la fortaleza, pero seguro que sus habitantes se reunían entre el castillo y las puertas para un paseo de la vergüenza que les saldría muy caro. Ellos y su exaltación frente al delincuente era lo que llamaba a gritos a los muertos. Me pregunté por los soldados que observaban desde las murallas y supuse que estarían conchabados con los enemigos o habrían dado la alarma. ¿Por qué? ¿Qué sacaban con aquel motín? Morirían. Era imposible que sobrevivieran, y eso solo me dejaba una opción desalentadora: nadie daría la alarma, porque no estaban vigilando, cuando esa era nuestra tarea. Confiaban en nosotros de tal forma, que seguro que al oír sonar el cuerno lo tomaban como una especie de respuesta a su estúpida costumbre. Creerían que el cuerno formaría parte de algún ritual antes de ir a por el hombre que nos había atacado. La noche, tan cerrada, ocultaría la aproximación de la horda. Los habitantes de la fortaleza, tan ruidosos, impedirían que se escuchasen los sonidos de arrastre, o los gruñidos de los infectados. El topo se habría asegurado de mantener el lugar de la explosión libre de ojos curiosos, para que nada echase por tierra el ataque.

Nosotros queríamos revolvernos, sin importarnos sus armas de fuego, pero el factor sorpresa nos impidió prepararnos para un contrataque efectivo. Cuando nos obligaron a alejarnos del poblado tampoco plantamos cara. Llegamos a su campamento, envueltos en la impotencia. Las jaulas ya estaban vacías, ahora iban a ser para nosotros. No habríamos accedido a meternos allí dentro, hubiéramos peleado a muerte sin temor, de no ser por los rehenes.

Cuando decidimos refugiarnos a los más débiles en las minas, comprendimos que no sería sensato que se desplazasen juntos. Entre niños, ancianos y heridos, sumaban unos cuantos. Según los planos, el laberinto de túneles garantizaba una zona algo más segura que el resto. Dos accesos próximos nos permitían dividir a los nuestros en dos grupos. Nailah guiaba al primero, lista para reunirse con nosotros una vez llegasen a su destino. Gyasi se encargaría del segundo y también se nos sumaría. Quizá mi amigo regresase, pero Nailah ya estaba allí, sometida, incapacitada, sin poder presentar batalla, porque luchar haría que matasen a la mitad de los niños del poblado.

Leí en su rostro la humillación, y el dolor que le suponía habernos fallado. Porque la comprendía y sabía que no serviría de nada asegurar que no fue culpa suya, me limité a buscar otra alternativa, incapaz de dejar de pensar en cómo les habría ido al segundo grupo y en si volvería a ver a Clara algún día.

—Este es mío —siseó el líder al otro lado de los barrotes de la jaula que me retenía.

Guillermo me dedicó una mueca arrogante. Supe que era un digno rival y que me tenía muchas ganas. No más que yo a él. Por ello, lo primero que hicieron al sacarme de la gran jaula fue atarme las manos y pegar un arma a mi nuca.

Me obligaron a arrodillarme frente a él y lo lograron solo porque golpearon mis piernas. La rabia apenas me dejó escuchar su pregunta.

—¿Dónde está mi hermana?

—Muerta —respondí sin rastro de duda, porque la hermana que tuvo no existía.

El puñetazo estuvo cerca de derribarme, pero me mantuve erguido.

—Si muere será por tu culpa, lo sabes, ¿verdad? De un modo u otro, jamás será tuya.

Lo miré con todo mi desprecio.

—Ella es libre y me ha escogido. Sí que es mía —dije en un siseo—. Y no tu hermana. El hermano que tuvo, también murió hace tiempo. Ahora, no eres nadie para ella.

Esta vez lo que me cayó fue una patada que me lanzó de espaldas al suelo. Guillermo era fuerte, y estaba rabioso por mi acierto. Intenté incorporarme, pero el dolor me lo impidió. El líder no tuvo inconveniente en sujetarme por los bordes del chaleco y enderezarme. Sentí que algo caía en uno de los pequeños bolsillos, muy cerca de dónde su mano se cerraba sobre la tela. Vi un brillo en sus ojos y sus palabras me confundieron.

—No estoy tan muerto como piensa.

CLARA

Me despertó un gimoteo. Alguien lloraba a mi lado, una mujer, que olía de maravilla. Sin embargo, otro olor se impuso sobre el perfume floral. Humedad, tierra, muerte. Batallé con mis párpados. Mientras los obligaba a responder, agudicé el oído. Escuchaba pasos, infectados y vivos. Muy cerca, quizá sobre mí, aunque algo distorsionaba los sonidos creando un molesto reverberar. Algún que otro golpe, arrastre, quietud. Un lamento, un gruñido, un gemido, pero no voces.

Desorientada, apenas pude hilar pensamientos que esclarecieran dónde estaba. Recordaba el cansancio, el cuerpo de Tarik contra el mío. El pinchazo en el cuello. A un paso de gritar su nombre, una mano tapó mi boca. Lucas regresó a mi mente, también el granero y Guillermo. El olor floral se impuso, luego el de la tierra. Una piel muy suave contra mis labios. Una mano pequeña. No era Lucas, no estaba en un granero. Estaba en las minas.

El sentimiento de traición sacudió mi cuerpo. Moví los brazos para quitarme la mano de la boca, sin encontrar resistencia. La mujer a mi lado temblaba, quizá tratase de contener el llanto, pero no lo conseguía del todo. Parpadeé varias veces, la negrura se mantenía a pesar de tener los ojos abiertos. Sentí su cuerpo aproximarse y me quedé muy quieta, su voz se me metió en la cabeza y maldije para mis adentros. Tiye. No se me ocurría nadie peor con quien verme encerrada.

—Están arriba, nosotras... —su voz no era lo bastante baja. Sobre nuestras cabezas se notó la excitación. Al menos dos infectados sabían que había presas allí... bajo el suelo.

Un sótano o algo parecido. Demasiado pequeño. Alcé las manos y toqué el techo. Bajo mis palmas vibró la madera por culpa de los pasos renqueantes. Estaba tumbada de espaldas. Si no era un ataúd, lo parecía mucho. La angustia amenazó con hacerme perder los papeles.

Drogada, traicionada. Relegada a ser una protegida, por el hombre que, presuntamente, me quería. Enterrada con su anterior prometida. Tenía que salir de allí. Las lágrimas me hicieron cosquillas. ¿Cómo había podido Tarik? Y, a pesar de lo humillada que me sentía, me preocupaba lo que a él pudiera pasarle. Me abandonaban, de nuevo. Golpeé la madera sobre mi cabeza con rabia. La agitación no se hizo esperar, como el lamento de Tiye. Enfríé las ideas para localizar mis objetivos. Sobreviviría, sola. Podía. No necesitaba ni un hermano ni una pareja. Por los sonidos, eran dos. Tres a lo sumo. Como si eran cientos. No me mantendría en mi tumba más tiempo.

Porque mis intenciones eran obvias, Tiye trató de detenerme con sus súplicas. La ignoré, para tantear la madera a la caza del acceso. Cuando al fin encontré una especie de argolla que me recordó a un tirador, me quedé muy quieta. Tiye se relajó a mi lado, igual pensaba que me había entrado la sensatez de golpe. Imbécil, más de lo que ya la consideraba. Solo pretendía que los de fuera se calmasen. Si abría con ellos tan cerca, correría un riesgo demasiado alto. Y necesitaba armas. Tanteé mi cuerpo. Al menos me dejaban dos revólveres, tres cuchillos y munición. No me habían desarmado. Me pregunté quien más estaría en aquel refugio y caí en que no era seguro, ni una mina.

No sabía cuánto tiempo había pasado, dónde estaba Nekhbet, Tarik o Guillermo. Ni

siquiera dónde estaba yo. El encierro y la incertidumbre llamaron a gritos al pánico. No iba a quedarme a esperar por nadie. Abrí la puerta con el coro de un chirrido de bisagras y un grito de Tiye.

Se hizo la luz, pero no tuve tiempo de fijarme en el salón que apareció de golpe. El primer infectado era un niño de los míos. Atravesé su frente sin compasión alguna. El segundo un hombre viejo, o al menos eso atestiguaban los pocos mechones blancos que coronaban su cabeza desfigurada. El tercero, una mujer. Un sudor frío bañó mi espalda porque si no era la madre de Tarik, se le parecía mucho. Casi flaqueo, casi la tenía encima, cuando mis reflejos se antepusieron frente a la impresión. Hundí la daga en su cabeza y allí la dejé, porque yo perdí las fuerzas.

Terminé de rodillas entre los tres cadáveres, con la respiración vuelta un jadeo, y las náuseas agolpándose en mi garganta. Tiye apenas asomó la cabeza. Estaba muy pálida, lo que no afeaba su bonito rostro. Rompió a llorar y ahogó un grito al localizar a la mujer que me dejó aturdida. Pronunció un nombre, o eso me pareció. Sus manos descansaron sobre el suelo sucio y polvoriento, antes de vomitar.

Caí entonces en que ni siquiera sabía cuál era el nombre de la madre de Tarik. Ni una sola vez lo había escuchado, y el que acababa de pronunciar Tiye le pegaba. Mis ojos buscaron el cadáver... y la presión que sentía menguó al fijarme mejor en la salvaje que acababa de matar. No era la madre de Tarik, se le parecía, pero no era ella. Una puerta se abrió con ímpetu. Gyasi entró dando fe de haber pasado un infierno. Sus ropas parecían a un paso de romperse, estaba cubierto de sangre, pero no parecía herido, solo exhausto.

—¿Qué...? Venía a por vosotras. Hay que...

Me levanté envuelta por un calor insoportable. Mis ojos lo fulminaron. Gyasi parecía asustado, sobre todo cuando lo señalé con la daga.

—¿Dónde está Tarik?

Gyasi palideció tanto como su recién estrenada mujer, quien lloraba aterrorizada sin salir del todo del subsuelo.

—Clara... cálmate. Deja que me explique.

—¿Dónde?

No quería explicaciones, quería salir a buscarlo y encontrarlo antes que la muerte.

—Te necesitamos aquí —respondió Gyasi con voz afectada—. Estamos rodeados. Si quieres ir a por él, vas a tener que ayudarnos a dejar esta casa.

Ver a Akil casi me devuelve al suelo de puro alivio. El chico se quedó inmóvil al localizarme, quizá porque comprendía lo mal que me había sentado la traición. Sus ojos fueron hacia los cuerpos. Percibí tristeza, pero poco tardó en centrarse de nuevo en mí.

—Por favor, ayúdanos —pidió Akil.

Él no tenía culpa de que su hermano me hubiera hecho daño. No quería, pero mi brazo empezó a bajar hasta que el filo apuntó hacia el suelo. Los ojos de Akil, idénticos a los de Tarik, me impidieron amotinarme. No podía abandonarlos. Elegí pelear con ellos, y eso era lo que iba a hacer.

—¿Dónde estamos?



La urbanización en la que vivieron los niños que yo había matado, ese era mi nuevo emplazamiento. Estaba en una de las viviendas, en compañía de los padres de Tarik, su hermano, su mejor amigo y su exprometida. Había también un par de ancianos y seis niños del poblado. Mientras, Nailah y Nekhbet podrían haber corrido la misma suerte y no haber llegado a las minas a tiempo. El paradero de Tarik y los demás guerreros era un misterio. Lo único cierto era que nos habían atacado primero. Y eso era culpa mía, porque yo decidí esperar. Nadie mencionó nada, pero seguro que se arrepentían de haberme tomado tan en serio.

Me retiré a una ventana para observar el bosque y el acceso a la urbanización. Un hervidero de muertos se deslizaba entre los sauces y la maleza. Demasiados corredores. Eso solo podía implicar que habían abierto las jaulas. Probablemente la fortaleza fuera un recuerdo.

Sentí que alguien se colocaba a mi lado. Me sorprendió que fuese la madre de Tarik. Había pasado los últimos minutos sin hablar ni con su marido, porque podía con ella la incertidumbre de los dos hijos que tenía fuera.

—Pensé que te había matado —dije, no sé por qué.

Me miró confundida y me expliqué un poco mejor, aunque sin muchas ganas. Me pareció que sonreía.

—Al final me tienes aprecio.

—Yo no diría tanto —murmuré, con los ojos puestos en el atardecer sobre el bosque, preguntándome dónde estaban mi hermano y Tarik—. ¿Sabías lo que pretendía?

Un asentimiento y ella también perdió la vista en el bosque.

—No podía pelear a tu lado, Clara, ni tú tampoco. Ambos estaríais más pendientes del otro que de vuestras espaldas. Y las minas no terminaban de convencernos, no tenían por qué ser tan seguras. Lucharías, pero lejos. No te puso a cubierto, solo te envió a otro peligro, sin idea de lo mal que saldría todo.

No me servía su argumento. No podía elegir destino por mí. Yo tampoco quería pelear a su lado, no quería verlo morir ni que él me viera, pero jamás se la habría jugado de semejante forma. Apreté los labios para no dejar salir los reproches. Solo se los haría a él.

—No te ha traicionado a ti, Clara, se ha traicionado a sí mismo. Te quiere tanto, que has hecho que olvide el honor. Y ni siquiera te das cuenta.

Permanecí en silencio. Me quería tanto, que me mandaba lejos. No me serviría jamás de consuelo. Si él caía, no dejaría de preguntarme si, de estar allí, no habría podido evitarlo. No. Si él caía, yo volvería a morir de nuevo.

No fui consciente del cambio. La madre de Tarik se iba y a quien ahora tenía a mi lado era a Tiye

—Clara... él estará bien. Es fuerte. No temas por su vida.

Apreté los párpados con rabia. Mejor dejar las cosas claras.

—Espero que esté bien, para poder matarlo yo misma —aseguré categórica. Tiye dio un respingo. La miré con asco—. Te aconsejo que me evites. No me caes bien, no te guardo el menor aprecio. No voy a ser agradable contigo.

Me miró con toda su tristeza. Bajó la cabeza dolida.

—Yo no te he hecho nada.

Me salió una risa de lo más floja.

—Tú no has hecho nada, ese es tu problema. ¿Cuál es tu papel en esta vida, Tiye?
¿Humillarte?

No me miró, pero en su respuesta había un atisbo de fuerza.

—Quiero una familia.

—Y te da igual con quién formarla —apuntillé, entendiéndola todavía menos.

—No —dijo para mi sorpresa. No esperaba una explicación—. Quise que fuera con Tarik, pero a Gyasi también lo aprecio. Es... cuando se convirtió en tu guardián, Gyasi me lo pidió, pero yo mantuve la esperanza. Solo cuando vino al pueblo contigo empecé a entender que lo había perdido. Cuando apareciste en el claro con su hermano, ese día, lo supe. Yo... lo estaba esperando. Él fue siempre muy claro conmigo, no engaña. Te eligió a ti y yo tuve la suerte de que Gyasi lo comprendiera.

—Da igual. Eso ahora no importa —dije, negándome a verme afectada por sus palabras.

—Ahora es cuando importa —susurró Tiye, antes de alejarse para ir a consolar a uno de los más pequeños—. Estos son los momentos en los que de verdad sabemos lo que queremos.
¿Realmente quieres matarlo?

Me sentí como una imbécil. Aquella mosquita muerta acababa de darme una paliza en tres segundos. Apoyé las manos en el alfeizar y dejé caer la cabeza. Lo que quería era moverme, pero un mar de muerte me lo impedía.

La tierra se sacudió con tanta fuerza que temí que la casa se viniera abajo. El ruido procedía del interior del bosque, una explosión de las grandes. No pude concretar dónde, pero no parecía en la fortaleza. Lo importante, que los muertos también lo habían escuchado y buscarían su origen sin descanso. Se iban. Uno tras otro. Nosotros nos quedamos muy quietos. Pronto podríamos movernos.

TARIK

En el bolsillo del chaleco, estaba la llave de la puerta por la que entramos en las jaulas. El hermano de Clara la había dejado caer ahí, pero ni idea de qué esperaba que hiciese con ella. Entre los vigías y los muertos, si llegaba siquiera a entornar los barrotes, nos pegarían un tiro. La mayoría de los que formaban el grupo de enemigos se había marchado, ellos ocuparían nuestro poblado mientras caía la fortaleza. No entendía bien cómo esquivarían a los muertos, pero me preocupaba más como esquivaríamos nosotros los inconvenientes.

La explosión hizo temblar el suelo y hasta mi alma, porque por los sonidos procedía de nuestro hogar. No fui el único en sacar esa conclusión. Nuestras viviendas, quizá también el santuario, debían ser un recuerdo. Varios de los míos sucumbieron al malestar por la pérdida del lugar más sagrado. Ese era el momento que el hermano de Clara estaba esperando.

Alertados por la explosión no programada, los vigías y hasta el mismísimo líder, parecían preocupados. No nos vigilaba nadie, los teníamos a todos muy cerca, reuniéndose para compartir impresiones. Los que no se habían echado el arma a la espalda o guardado en su funda, apuntaban hacia el lado contrario. Podríamos caer sobre ellos, éramos muchos y no lo esperarían. No perdí tiempo.

La hermana de Nekhbet estaba con ellos, dándole identidad al topo que se la había jugado a Eladio y veracidad a las suposiciones de la niña. Ni siquiera me sorprendía que se hubiera puesto a salvo, como buena rata que era. Como también era prudente, fue la primera en ver nuestras intenciones. No pudo despegar los labios. Un disparo sacudió su cuerpo, una mancha granate empezó a extenderse en su pecho. Ver el arma en la mano de la niña me provocó una sensación inexplicable. No me gustaba, pero al mismo tiempo resultaba inevitable.

Habría tiempo para pensar después. Ahora, tocaba pelear por nuestras vidas. Fui uno de los primeros en salir, la posición más arriesgada. Debía mantenerme con vida, porque le debía a Clara al menos el derecho a matarme.

Al parecer, conservaría mi vida, pues Guillermo y un par más de los hombres que nos retenían, abrieron fuego contra el resto, librándonos de los más rápidos desenfundando. No guardaron las armas cuando no quedó ninguna amenaza en pie. Varios muertos empezaban a asomar entre los árboles. El hermano de Clara habló con decisión.

—Estamos con vosotros —dijo, y sus ojos se encontraron con los míos.

Mi gente no bajó la guardia, esperó a que yo confirmase lo dicho. Sí, era el líder de mi gente, pues hasta los miembros del consejo esperaban mis palabras.

—Están con nosotros —repetí en nuestra lengua.

Un segundo de dudas, antes de movernos para enfrentar a los muertos atraídos por la trifulca. Todavía estaba saliendo gente de la jaula, mi hermana decidió que los más pequeños se quedasen allí dentro, tumbados en el suelo, para mantenerse lejos de disparos furtivos y cadáveres. Al resto nos tocaba pelear contra demasiados enemigos.

CLARA

El poblado era un mar de cuerpos. La explosión había arrasado con la mitad de las cabañas, desmembrado a un montón de gente que no eran salvajes. Supe que eran los del asentamiento enemigo y eso tuvo todavía menos sentido. No había muchas opciones. Si ellos estaban allí, los nuestros estarían en el asentamiento, a saber en qué condiciones. Un disparo fugaz nos hizo comprobar que no todos estaban muertos, pero también que los objetivos no éramos tanto nosotros, como los infectados. A mí me dio lo mismo. Vivos o muertos, no pensaba dejar a nadie con vida.

Avanzaba imparable, seguida de la familia de Tarik, de Gyasi, un par de guerreros más que custodiaban a los niños y ancianos y Tiye, quien, si bien no peleaba, se las ingeniaba para escapar de las amenazas y no entorpecer lo más mínimo. Sin embargo, eran demasiados. El poblado estaba infestado a causa de la explosión. Con tantos heridos, los pocos infectados que rondaban lo tuvieron fácil para aumentar sus filas. Tal vez quienes invadieron el poblado se hubieran refugiado en el santuario y mi hermano los hizo saltar por los aires. Buena idea, de no ser porque ahora esas víctimas nos obligaban a refugiarnos en una de las casas y tapiar las puertas.

—Tenía que ser hermano tuyo —gruñó Gyasi tras apuntalar la última ventana.

Le lancé una mirada de advertencia. El plan había sido bueno, drástico, una locura, pero bueno.

—Somos nosotros los que no estamos donde deberíamos —apuntillé negándome a darle la razón.

La madre de Tarik me miró con impaciencia.

—Oh, por favor, discutir con ella es como darse contra un muro.

Tiye se había sentado en uno de los sofás, abrazada a sí misma.

—¿Y ahora qué haremos?

Me mordí la lengua para no responder ninguna grosería. Gyasi fue a consolarla, yo me llevé las manos a la cabeza dispuesta a arrancarme un par de mechones. No soportaba el encierro, no cuando Tarik y mi hermano podían estar en peligro. Mis ojos dieron con la chimenea.

—Hacer más ruido —murmuré acercándome para valorar si era posible salir por aquel agujero.

Una mano se cerró en mi brazo.

—Iré yo —sentenció Akil.

La tensión regresó al salón. Me quité de encima su mano y negué con la cabeza.

—Tengo que salir de aquí, es lo mejor para todos, os lo aseguro.

Akil no lo puso en duda, asintió consciente de lo que me suponía el encierro y la incertidumbre.

—Pues saldremos los dos.

Me reí a un paso de ponerme a llorar. Varias lágrimas escaparon de mis ojos. Vi las dudas en los rostros que me rodeaban, salvo en el de Akil. Determinación absoluta. Saldría con o sin mí. El resto, no cabía por el tiro.

—A mí solo se me ocurre salir y hacer ruido. ¿Tienes idea de cómo?

El padre de Tarik intervino. Estaba tenso, no le gustaba la idea, pero asumía el destino de su hijo o confiaba en que yo lo mantendría a salvo.

—La casa de curas. Allí hay suficiente para fabricar un explosivo.

Nunca había sido buena en química, por lo que esperaba que Akil supiese fabricar una bomba o sirviese con lanzar una cerilla. El chico asintió conforme y se giró de nuevo hacia mí.

—Te sigo. No cubres bien tu espalda.

Lo miré mal, por el apunte. Iba a replicar, pero la madre de Tarik se me plantó delante y me dio un beso en la mejilla.

—Pase lo que pase ya eres de esta familia.

Se me cerró la garganta, las lágrimas rodaron imparables. Asentí, sin palabras, y dejé que despidieran a Akil, para ocultar el miedo que sentía. No quería defraudarlos, a ninguno. Gyasi dejó a su mujer para acercarse a mí y tenderme su cuchillo.

—Por las veces que nos has salvado, también formas parte de los guerreros.

Parpadeé para desterrar las lágrimas. Tomé el arma con manos temblorosas, la valoré, pero negué con la cabeza. Gyasi estuvo cerca de soltar un quejido ante mi rechazo y no pude evitar sonreír.

—Todo esto... cuando celebremos que seguimos vivos.

Su risa aligeró un poco mi ánimo. En ese momento, sí tenía un motivo por el que sobrevivir y no pensaba perderlo por nada del mundo.



Subir hasta el tejado no fue fácil, y sí muy sucio. Una vez arriba, comprobamos que bajar tampoco sería sencillo, pues los infectados rodeaban la vivienda. Akil escudriñó el poblado como un halcón al acecho.

—Podemos saltar hasta ese tejado.

Él igual sí, yo lo veía poco probable. La distancia entre las cabañas era tan considerable como la caída, por no mencionar que partirse un tobillo era la apuesta más segura. Una segunda explosión agitó todo el poblado. Ninguno de los dos estaba bien asentado sobre el tejado y estuvimos cerca de caernos, pero logramos mantenernos. Los infectados parecieron dudar. Akil me hizo un gesto para que no me moviera y acepté, porque con un poco de suerte ese estruendo, sin duda proveniente de la fortaleza, nos quitaba de encima a unos cuantos.

Funcionó, no se fueron tantos como nos hubiera gustado, pero sí despejó un poco uno de los laterales de la casa. Era ahora o nunca, antes de que se dieran cuenta de que allí tenían algo más a mano.

Akil saltó con elegancia felina, pero me temí que se abriera la cabeza. Por el contrario, rodó por el suelo y se libró de dos de los lentos con ese sigilo tan habitual en su gente. Yo, por el contrario, tuve que calcular mucho mejor la caída, perdí más tiempo, pero no me rompí nada contra el suelo y también hundí la hoja de un cuchillo en un infectado, y sostuve su cuerpo hasta tenderlo sobre la tierra, para que no emitiese sonidos.

El chico se movió con facilidad entre los restos de la explosión y las viviendas. Alcanzó una cabaña próxima que reconocí de mi primera visita. La de las curas. Parecía hacer una eternidad

desde ese momento. Ojalá todo hubiera sido distinto. Entramos con sigilo y dejé a Akil hacer, pues parecía saber qué buscaba.

—No tendremos mucho tiempo —susurró un poco acobardado.

No tendríamos una bomba con detonador a distancia. En sus ojos, vi inseguridad por primera vez, mientras manipulaba diversos botes de vidrio. La mesa metálica sobre la que los colocaba me dio una idea. La habitación contaba con una ventana, a través de ella vi bosque y apenas movimiento de infectados por ese lado.

—Vierte eso ahí, ponlo en cajas o algo... quizá de un disparo desde allí podamos hacer fuego.

El rostro del chico se iluminó y yo recé porque mi puntería no fallase. Un disparo atraería atención sobre nosotros. Si la explosión no lograba hacer más ruido, a saber dónde terminábamos sitiados.

—Saldremos por la puerta —expliqué mientras abría la ventana—, rodeamos la casa para que los que pueda haber en la calle se acerquen, nos vamos hacia el bosque y desde allí disparamos.

Akil se movió con celeridad, lo preparó todo y se dispuso a salir de la casa. Alguien le cortó el paso. Un vigilante que yo conocía de vista. Sin embargo, no era él. Por su rostro y por la fea herida en su pierna, estaba infectado y pasaba a ser uno de los corredores.

Por familiaridad, Akil no reaccionó. Se suponía que ellos eran inmunes, cuanto más quienes hacían vigilancias. Yo sí reaccioné a tiempo, sin ganas de comprobar si Akil era inmune o no. Apunte, disparé, y la bala entró de forma limpia entre los ojos enloquecidos.

Un segundo y ya teníamos a varios infectados listos para ocupar su puesto. Akil seguía conmocionado, quizá pensando en sus hermanos y amigos. Lo sujeté del brazo y tiré de él para llevarlo hasta cualquier otro cuarto, a la caza de una salida trasera.

Otra habitación con camilla. Abrí la ventana, fuera no estaba desierto, pero solo había un par de lentos. A empujones hice que el chico saliese por la ventana y me reuní con él fuera. Un disparo me clavó en el suelo, Akil se echó sobre mí para cubrirme por si llovían más, pero la voz de Arturo nos sacó de la inmovilidad.

—Aquí —dijo a media voz, desde la zona del bosque a la que pretendíamos ir.

Arturo no estaba solo, lo acompañaban tres personas más. Ya me preocuparía más tarde. Corrí hacia ellos, dándome de pleno con el pasado, con el rostro de Fátima en primera línea. También ella había sufrido cambios, pero se mantenía fiel a mi recuerdo. Su mirada me recorrió repleta de preocupación, yo la ignoré más preocupada por mi futuro que por un pasado que ya no venía a cuento.

Dejamos que nos cubrieran y me centré en mi tarea pendiente. Apunté a la ventana abierta, calculé dónde estaba la mesa con lo preparado por Akil y disparé. No pasó nada. Arturo me preguntó qué demonios hacía, lo mandé callar. Disparé de nuevo. Esta vez, la explosión nos lanzó al suelo. Dolorida, levanté la cabeza para buscar a Akil y comprobé que estaba igual de aturdido que yo, pero ileso.

—¿Qué demonios preparaste?

—Lo que encontré —gimió el chico.

Sus nociones de química eran peores que las mías. Me levanté y le hice un gesto para regresar a la cabaña donde dejamos el resto. Habría que dar un rodeo, pero seguro que no nos

cruzaríamos con demasiados infectados.

Arturo me sujetó del brazo, yo me solté con brusquedad y hablé antes que despegase los labios.

—Gracias por la ayuda. Si quieres seguir ayudando, sígueme. Si quieres ponerte a cubierto, ve en dirección contraria.

No me quedé a esperar respuesta. Akil y yo corrimos presurosos porque no había tiempo que perder: La cabaña había dejado de estar sitiada, los padres de Tarik y el resto salían. Hora de alcanzar el campamento. Juntos reemprendimos la carrera, seguidos de Arturo, Fátima, dos que recordaba de la fortaleza y un par que ni siquiera me sonaban.

TARIK

Lo último que había esperado de esa noche era pelear espalda contra espalda con el hermano de Clara. Pero así estaban las cosas, nada bien, porque eran demasiados infectados, y muy pocas las posibilidades de resguardarnos.

—Clara estará bien, mandé a los míos a por ella —me aseguró Guillermo, entre jadeos.

Repelí a un corredor antes de acuchillarlo. Sentía calambres en los brazos. Empezaba a estar agotado.

—Si sobrevivo a esto, es probable que me mate ella.

Me pareció que se reía o se quejaba, no podría jurarlo. Los infectados salían de todas partes. Del poblado, de la fortaleza, los ya retenidos antes. Los nuestros. Había visto convertirse a uno de los míos, cuando no era posible. Esto había hecho mella en mi gente, se desanimaba, pero no se dejaría aniquilar sin más.

Entonces, los disparos sonaron atronadores. Las manos de Guillermo me obligaron a echarme al suelo. Alcé la cabeza lo justo para verla avanzar imparable; Clara disparaba y cada disparo era un acierto. El corazón pareció a un paso de salirse de mi pecho. No solo estaba ella, también mi familia y Gyasi. Mi gente, amparada por la suya. Pegué la frente al suelo un segundo, su rostro concentrado se había quedado grabado en mi mente. Me pregunté si su hermano me derribaba para que en un arranque no me pegase un tiro. Seguro que lo estaba deseando.

—Sigamos —aconsejó Guillermo, dándome una palmada en la espalda.

Me levanté y preferí no buscarla, para no despistarme y porque no estaba listo para enfrentarme también a ella. Aunque la encerrona se la hubiera tendido mi madre, seguro que Clara cargaba contra mí por haberla dejado sola. Las amenazas se habían reducido de forma notable, pero todavía quedaban unos cuantos. Desquitarme con ellos era infinitamente más reconfortante que el descanso.

Guillermo continuó a mi lado, quizá también preocupado por cómo se tomase Clara su intervención. Sutil, desde luego, no había sido. Y tanto que eran familia. Una rubia se acercó a la carrera, tomó el rostro de Guillermo y lo besó antes de lanzarme a mí una mirada de pánico.

Yo no debía tener buen aspecto, ni parecía inofensivo a pesar de estar hecho polvo. Caí entonces en que no quedaba un solo muerto en pie, pero seguro que no tardarían en aparecer otros nuevos.

—¿Clara? —preguntó Guillermo.

—Está... —dijo la mujer, antes de sacudir la cabeza con una expresión que no supe descifrar.

Me angustié, no parecía ir a decir que estaba muerta, pero ahora necesitaba verla. Me giré y la encontré a un paso, mirándome con semblante serio. También ella parecía agotada, pero lo bastante cabreada como para mantenerse erguida.

—Estoy demasiado cansado para tus críticas.

No le hizo gracia que repitiera sus palabras. Una pierna quiso fallarme. Estaba más cansado de lo que pensaba.

—Debería matarte —siseó y el sonido de su voz, a pesar del resentimiento, me reconfortó

como nunca.

Cogiéndome desprevenido, Clara acertó distancias, sostuvo mi rostro y me obligó a bajar la cabeza para alcanzar mi boca. Respondí al beso, el roce de su lengua sacudió mi cuerpo, amenazándome con irme definitivamente al suelo. Rompió el beso con fastidio, pues se alegraba mucho de verme, pero también seguía enfadada.

—Hay que largarse de aquí —intervino Guillermo.

—Clara, yo... —murmuró la desconocida, echa un manojito de nervios.

Me giré hacia la desconocida contrariado. La compañera de Guillermo parecía tenerle más miedo a Clara que a mí. Clara esquivó mi cuerpo y de un puñetazo lanzó a la mujer al suelo. Guillermo ni siquiera se inmutó. La chica tampoco pareció tomárselo demasiado mal.

—Lo siento —murmuró la mujer antes de incorporarse con torpeza.

Clara dejó ver su cansancio al fin y le tendió una mano.

—En su momento, hiciste lo correcto por mi hermano. No me fio de ti, pero, mientras no vayas a por alguien que me importa, me da lo mismo lo que hagas.

La chica contempló la mano de Clara con desconfianza. Clara sonrió con malicia y me señaló con el pulgar.

—Ya te he sacudido, no mereces tanto la pena y tengo que conservar las fuerzas para darle una paliza a este.

La mujer volvió a mirarme con los ojos como platos. Yo suspiré y me fui a abrazar a mi familia, Akil el primero.

—¿Adónde se supone que iremos? —preguntó mi padre con una mirada fulminante hacia Guillermo.

Guillermo alzó las manos, desentendiéndose. Como su hermana, no pediría disculpas, ni siquiera por haber volado el poblado.

—A la fortaleza —respondió Guillermo con aire confiado—. Os aseguro que está más limpia y espaciosa que nunca.

A mi gente no le hizo gracia, pero no teníamos muchas opciones. Las explosiones habían despejado de forma momentánea el acceso de la muralla, pero pronto volvería a ser impracticable. Empezaron a marchar, mientras otros liberaban a los niños. Yo me armé de valor y me acerqué a la mujer de mi vida, consciente de que igual me quería lejos.

Clara me esperaba con una expresión a medio camino entre extenuación e impaciencia. Una nueva remesa de muertos nos obligó a posponer los asuntos pendientes.

—Ayuda a tu gente —exigió Clara mientras preparaba su arma.

—Nuestra gente —gruñí ganándome una mirada críptica.

Mientras los armados cubrían la retaguardia, no nos quedó otra que avanzar con heridos y débiles, hacia el lugar que tanto odiábamos.

Llegamos primero, para comprobar que allí no había más que un par de habitantes. La muralla se encontraba intacta. La segunda explosión había tenido como fin despedazar el grueso de infectados que bien podrían sitiar el lugar. Quedaban muchos cuando se cerraron las grandes puertas, pero nos ocuparíamos en otro momento. Dónde estaba el resto de habitantes del castillo, dónde estaba Eladio, era un misterio. Quizá ocultos en las mazmorras. Dudaba que se atrevieran a salir con el revuelo.

Porque había demasiados heridos y no todos podían señalar con seguridad si habían sido o

no mordidos, se improvisó una enfermería en el mercado. Yo ayudé a trasladar a quienes pasaron la criba. El tiempo empezó a correr imparable. Todos estábamos cansados, pero ninguno se retiraría hasta asegurar que dentro del castillo no había un solo infectado. Localicé a Clara hablando con unos y otros. Estábamos a salvo, me había ganado un descanso.

No esperé a que me guiaran, ascendí por las escaleras y me fui directo a la habitación que había compartido con ella. Ni siquiera deshicé la cama. Me dejé caer sobre la colcha y cerré los ojos, derrotado.

CLARA

Me dolía todo el cuerpo, pero tenía un millón de asuntos pendientes. Como, por ejemplo, localizar a Eladio. Fátima y Arturo no me quitaban los ojos de encima, no terminaban de fiarse, gracias a la charla mantenida con Arturo bajo aquel mismo techo. Podían estar tranquilos, había sido sincera con Fátima. Mientras no fuese a por los míos, lo que hiciese no me importaba. No le guardaba ni un poquito de cariño, con ella jamás tuve algo bueno, pero a mi hermano sí le importaba. En más de una ocasión, me había planteado que la relación entre ambos venía porque así debía ser; porque llevaban toda la vida juntos, pero lo que brillaba en sus ojos al mirarse desbarataba mi teoría. Se querían. A saber qué demonios le veía Guillermo, pero apreciaba a Fátima de forma sincera.

La madre de Tarik se colocó a mi lado nada más empezar a subir las escaleras. No me detuve, seguí rumbo a las terrazas. Al parecer, ahí se alojaban los habitantes. Relegados, muertos de miedo, guiados por Eladio.

—No fue Tarik —dijo la mujer, mientras nos internábamos en uno de los recargados pasillos.

No la comprendí. Estaba cansada, y muy incómoda. El uniforme se pegaba a mi piel por culpa del sudor; el olor de la sangre, el hollín, la tierra y los demás recuerdos de la pelea se adhería a las telas provocándome una incomodidad insoportable. Miré a la madre de Tarik de soslayo. Ella estaba igual de sucia y cansada, pero su boca dibujaba una sonrisa.

—¿Cuál es tu nombre? —pregunté sintiéndome como una estúpida por el tono arrepentido y acobardado. Acababa de dejar ver el respeto que sentía por ella.

En lugar de aprovechar mi flaqueza, la madre de Tarik sostuvo mi mano para que me detuviera. Se me plantó delante y de pronto me sentí como una cría. Me soltó, pero solo para enmarcar mi rostro con un cariño y una mirada desbordante de aprecio.

—Me llamo Hekit —musitó, logrando que a mí se me llenasen los ojos de lágrimas y se me encogiese hasta el alma—. No fue Tarik, Clara, fui yo.

Apreté los labios al notar que me temblaban. No quería ponerme a llorar delante de ella, menos cuando no tenía muy claro por qué iba a hacerlo. Mi cerebro procesó lo que me estaba diciendo. Tarik no me la había jugado, había sido ella. Un brillo divertido oscureció los ojos negros de Hekit.

—¿Por qué? —reproché con voz aguda, lo que me hizo sentir más niña todavía.

Su risa me arrancó un lamento. Que me envolviera entre sus brazos para estrecharme fue el detonante para la tremenda llorera. Y antes de darme cuenta, me aferraba a su cuerpo mientras el mío se convulsionaba por los sollozos. Como solo puede hacerlo una madre, Hekit acarició mi pelo, mi espalda, me brindó su apoyo, sin importarle que estuviese hecha un desastre.

—Conozco a mis hijos, Clara, y vi cuanto te valoraba Tarik. No quería, pero fue imposible no sentir lo mismo. Todo cuanto he hecho ha sido motivado por la impotencia, porque tú sentías lo mismo por él, pero no te daba la gana de aceptarlo y le hacías daño.

Tal y como lloraba, envuelta en la nostalgia y extrañando a mis propios padres, me costó escucharla, pero no perdí detalle.

—Te dije que te arrepentirías de tus consejos, coyote —añadió inmersa en la broma—. No lo hubiese hecho con ninguno de mis hijos, porque ellos no serían capaces de entenderlo, pero tú sí, ¿no es cierto? Sabes que lo que me movió fue la sensatez y el miedo. Podríais haber peleado juntos y salir ilesos, pero no iba a arriesgarme a perderos, a ninguno. Si te hice creer que fue él, no tuvo más fin que el de llamar a esa rabia que te ha mantenido con vida todo este tiempo. No dejarás este mundo sin tener la última palabra. Ahora, puedes empezar a vivir de otra forma. Ya tienes todo cuanto necesitas, y lo has logrado por ti misma.

Las palabras me envolvían con tanta fuerza que me fue imposible dejar de llorar. Lejos de amonestarme o perder su aprecio, Hekit lloró conmigo. Sí, la entendía, compartíamos el mismo miedo. El peligro no había pasado, el mundo jamás sería un lugar seguro. El futuro era incierto. Nos separamos y limpiamos nuestras lágrimas emborronando nuestros sucios rostros. Nuestra relación no variaría, íbamos a discutir y a estar en desacuerdo, pero eso no significaba que no nos valorásemos mutuamente.

—Descansa, coyote. Nos queda un largo camino, pero tenemos tiempo de alzar algo bueno, juntos. ¿Con quién deseas estar de verdad en este momento?

Con Tarik. Ni con mi hermano ni con Eladio. Me despedí de Hekit y desvié mis pasos para regresar a una habitación que me había atrapado en muchos aspectos. Sabía que él estaría allí y también que apenas sería consciente de mi presencia. Viéndolo tendido sobre la cama, cubierto de sangre y moratones, no me veía capaz de echarle ninguna bronca. Saber que no había sido él quien me había inutilizado suponía un alivio, pero podía haber obrado de otra forma. No dejándome. No tenía ni idea de qué hacer ahora.

Me moví con todo el sigilo que pude, pero lo sentí agitarse un poco.

—Clara —murmuró con su voz ineludible.

Mil mariposas revolotearon en mi estómago y me temblaron hasta las pestañas. Casi cierro de un portazo. No quería echarle una bronca ni quería matarlo. Lo que quería era tenderme a su lado y pasarme así el resto de mi vida. Igual que antes de la batalla, solo que ahora todo sería diferente. Ninguna amenaza daba fuerza a las promesas. Ahora sí había una oportunidad de estar juntos, y eso me asustaba. Igual que él, ni me molesté en cambiarme. Me tumbé a su lado, pegándome a su cuerpo, y pronto el mundo dejó de importarme.



Apenas dormí unas horas y lo primero que hice al despertar fue sonreír. Como la última vez que dormimos juntos en esa misma cama, nuestros cuerpos se habían movido durante el sueño para amoldarse. Estaría a gusto de no ser por las agujetas, los dolores dispersos y el mal olor reinante. Habría que quemar hasta la colcha, pero teníamos tiempo y Tarik todavía dormía. Como lo más urgente era darme una ducha, me levanté como pude y me fui al baño. Dejé que el agua arrastrara sangre, mugre y preocupaciones. Durante cinco minutos fui libre, pero me apuré en acelerar el baño. Abajo quedaba demasiada gente, todos muy diferentes y muy perdidos. Vestida con unos vaqueros y una camiseta sencilla, planifiqué mis movimientos. Lo primero era localizar a Eladio, para preguntarle cómo había pasado por alto el engaño. Sin embargo, no pude dejar el cuarto sin acercarme de nuevo a Tarik y darle un suave beso en los labios.

Al salir de la habitación, me tomé el paseo con calma. En el pasillo, mis ojos buscaron a Berta. No tardé en encontrar una de las fotos de la actriz. Curiosamente, seguía sin parecerse a la mujer que conocí y a la que había matado. Los retoques en la imagen eran tantos que podría haber sido cualquier mujer rubia, hasta Fátima. Me despedí de ella por última vez, dando por zanjado ese capítulo de mi vida.

Abajo, me esperaba mi hermano, quien mantenía su postura de líder y se entendía con Gyasi mejor de lo esperado. No se tomarían decisiones importantes hasta que todos estuviésemos más o menos recuperados. La convivencia iba a ser complicada, pero pondríamos de nuestra parte; carecíamos de alternativas. El número de infectados en el exterior sería angustioso. Convivir entre esos muros, inevitable, igual que unirse para librarnos de las amenazas. Los dos hombres me sonrieron, Fátima se llevó la mano a la mejilla amoratada.

—¿Ya has matado a mi hermano? —preguntó Gyasi burlón cuando me coloqué a su lado.

—Se ha quedado inconsciente, lo disfrutaré más cuando despierte.

Me rio la gracia, pero señaló un punto a mi espalda.

—Pues ha despertado.

Me volví con cautela. Tarik me miraba de esa forma intensa. El cansancio se mantenía, pero había recuperado algo de fuerza. Él también había pasado por la ducha, aunque sin duda había sido más rápido que yo para estar abajo a tiempo. Se abrió paso hacia mí, sin inmutarse por el mar de personas que nos rodeaba. Para mí, los demás también desaparecieron, sobre todo cuando lo tuve delante.

—Me despertaste al irte —susurró, consiguiendo que el calor envolviera mi cuerpo—. ¿Vas a matarme?

Aguanté sin derretirme como una loca enamorada.

—Seguro que me arrepiento... pero no, no voy a matarte —aseguré, incapaz de contener mi sonrisa.

Tarik no necesitó más. Acortó distancias y me estrechó en sus brazos. Sus labios buscaron los míos con urgencia. Se separó apenas un segundo, mientras me elevaba en el suelo.

—Lo siento —susurró, sincero.

No quería sus disculpas, por lo que volví a besarlo, antes de apostillar algo.

—Si tuviera a mano drogas, habría hecho lo mismo que tu madre y tampoco te habría llevado conmigo.

Tarik rio y me devolvió al suelo.

—Y por eso jamás te dejamos acercarte a la casa de curas.

—Cierto —apuntilló Gyasi, quien no había perdido detalle, como el resto.



Los anteriores habitantes habían dejado de refugiarse en las terrazas, y se reunieron con los demás para ayudar a los heridos y atender a tanta gente. Su actitud había cambiado, y supe que tardarían mucho en tomarse un descanso de gala. Ellos no se había expuesto, pero la burbuja en la que vivían había reventado y el horror sacudía con fuerza sus vidas.

Yo busqué a Eladio, sin éxito. Recorría los pasillos rememorando mi itinerario hasta que

Luis, el adolescente que ya conocía, se me acercó y me desveló el paradero del hombre. Eladio me esperaba en la terraza de la sala en la que nos recibió a nuestra llegada. La alcancé en silencio, pues todas las puertas estaban abiertas. Como me daba la espalda, creí que no había advertido mi presencia. Estaba a un paso cuando su voz sonó afligida.

—No quiero ni imaginar lo que has pensado de mí.

O yo nunca lograría ser tan sigilosa como los guerreros o aquel hombre era tan astuto como creía. Me decanté por la segunda opción y me coloqué a su lado. Eladio me conocía, igual que yo a él. No tuve ninguna duda de que a él jamás lo engañaron. Era consciente del peligro, del riesgo. Lo que yo debía desvelar ahora era por qué no había hecho nada al respecto.

El paisaje que se abría ante nosotros me arrancó un escalofrío. El bosque seguía imperturbable, pero el humo se enroscaba en las copas de los árboles. Las últimas lluvias y la humedad habían impedido que el fuego de las explosiones se propagase demasiado, pero localicé varios puntos quemados. Lo peor, el penetrante olor que supone una multitud de infectados sitiándonos. Podía verlos en la lejanía, cubriendo un terreno extenso. Dentro de la muralla todo estaba controlado, hasta había algunos valientes, u obstinados, encargándose de las cosechas y animales. El resto se centraba en los heridos más delicados, esos que no cruzarían todavía las puertas del castillo, por si acaso.

—Creí que habías perdido la esperanza —dije con sinceridad—. Siento lo de tu marido y tus hijos.

Eladio apoyó las manos en la barandilla de piedra, y al fijarme en él reparé en las lágrimas que cubrían sus mejillas. No casaban con la sonrisa en su boca.

—Mi marido murió en una de las revueltas del inicio. Mis hijos no, Clara, son unos chicos estupendos, valientes, que te aprecian.

Mi mandíbula estuvo a punto de desencajarse. Luis y Martín, los dos adolescentes, adquirieron una mayor relevancia.

—Vaya —murmuré.

Me pregunté por qué no me había dicho nada. Antes de replicar, me mordí la lengua. En realidad, nunca me dijo que su familia hubiera muerto, eso fue lo que yo deduje. Eladio me miró y encontré sus ojos más cansados que nunca.

—Arturo habló mucho conmigo y me contó tu historia —comentó, devolviendo la vista al bosque—. Por mucho que uno te diga lo que debes hacer, no basta para que lo hagas, ¿verdad?

No comprendí por donde iba, y me sonrió con indulgencia. Mi atención estaba dividida entre la charla con Eladio y la horda de infectados. Deberíamos organizar partidas para acabar con ellos. Habría que planificar un modo de separarlos, convertir la multitud en grupos más manejables.

—Esta gente no estaba preparada para enfrentar el desastre —reconoció Eladio—. ¿Qué demonios iba a hacer? ¿Armarlos? Serían todavía más peligrosos. Necesitaban vivirlo. Solo así podrían cambiar sus ideas. Ha sido culpa mía, yo les dejé acomodarse, pero de imponer otras normas surgirían los motines. Entonces, habríamos caído mucho antes.

No podía negar lo evidente. Yo misma era la prueba de que la incompetencia no se salva por imposición de otros, sino que requiere empeño y experimentar los riesgos. Eladio había sido drástico, pero efectivo.

—Estoy harto de ser líder, gracias por relevarme.

Mi risa salió al instante y lo miré buscando alguna señal de humor, sin encontrarla. No podía estar hablando en serio.

—Yo no voy a liderar nada.

Eladio también rio, lo que a mí no me hizo ni pizca de gracia.

—Ya lo has hecho. Llevas haciéndolo desde que atravesaste esa puerta. Esta victoria no hubiera sido posible sin ti. No quieres asumir la responsabilidad, lo sé, pero eso no cambia el hecho de que tú has sentado las bases para un nuevo comienzo.

—Yo, los salvajes, mi hermano, tú y hasta tus hijos —enumeré, rechazando cualquier protagonismo.

Eladio asintió con orgullo a la mención de los adolescentes. Lo entendía, eran unos chicos geniales.

—No sola, por supuesto —comentó Eladio—. Nadie logra nada en solitario, pero eso no te resta mérito. Sigue así, Clara, manténnos unidos y es probable que recuperemos el mundo. O, mejor, que creemos uno nuevo.

—Paso —atajé con un encogimiento de hombros, acomodándome en la barandilla. Lo importante era encontrar el modo de reducir los infectados de fuera—. No tengo ni idea de lo que haré, pero no dirigiré esto.

La risa de Eladio volvió a envolverme, mandando al traste mi rotundidad.

—¿Acaso no estás pensando ya en cómo librarte de todos esos?

Sentí el rostro en llamas. ¿Cómo podía ser tan transparente? Eladio gesticuló con elegancia, invitándome a negar lo evidente.

—No puedes evitarlo, Clara —dijo con satisfacción—. Lo supe...

—Ya. Nada más verme —cuchicheé, sin saber qué demonios hacer en situaciones tan personales. Respetaba a Eladio, igual que a la madre de Tarik, de ahí que sus palabras removieran algo dentro de mí y me hiciera ilusión que valorase mi implicación.

—No, para nada —aseguró Eladio, con cara de espanto—. La primera vez que te vi creí que estabas loca, pero tu inmunidad me llamó a gritos. Tuve una corazonada, podría decirse. Fue después.

—¿Cuándo maté al hombre que venía conmigo? —pregunté con aire aburrido, porque, tras ese suceso, Eladio me había confesado que me necesitaba. También que tenía estrés postraumático.

—No —respondió Eladio obligándome a dedicarle toda mi atención, divertido por mi actitud de alerta—. Fue cuando aceptaste tener un guardián. Si estuvieras loca o fueses tan terrible, lo habrías matado o te hubieras aprovechado.

Al recordar mis inicios con Tarik recuperé el buen humor y sonreí como una boba.

—Sí, todavía no sé cómo me aguanté... ni como aguantó él.

Ambos reímos juntos, totalmente de acuerdo en ese misterio. Eladio me abrazó a traición, sin darme margen para esquivar el gesto de aprecio.

—Le salvaste la vida a mis hijos. Primero a uno, sin saber siquiera su nombre, después a ambos —dijo al separarse, tomándome por los hombros para que no rehuyera sus ojos—. Puedes ponerte todo lo impertinente que quieras, pero siempre lo tendré presente y haré lo que tú digas.

Acababa de darme la clave para librarme de tanto halago y cargarme aquella mirada rebotante de cariño.

—Pues entonces siga influyendo en esto. Su gente también lo aprecia. No le gusta ser líder, lo comprendo, pero va a tener que aguantarse. ¿Quiere un mundo mejor? Pues asuma que su vida es una mierda y que está aquí atrapado como el resto.

Eladio estrechó la mirada por mi falta de tacto, pero el cariño se mantenía, igual que en mis ojos. Yo sonreí de forma amplia y evité su réplica con otra de las mías.

—En el apocalipsis no se contemplan las dimisiones ni la jubilación, amigo.



Salí al exterior del castillo para echar un ojo a los heridos. Como temíamos, más de uno se había infectado, pero, prevenidos, no llegó a extenderse el contagio. El médico joven se movía con celeridad entre los refugiados, sin hacer diferencias entre ellos. Nadie habría imaginado que días antes era amigo de los comentarios racistas. Cuando hay problemas de verdad, peligros y daños, se terminan las estupideces. Tarik hablaba con los suyos en lo alto de la muralla. Otro que organizaba para limpiar el perímetro. Sonreí, me encantaba. Iba a reunirme con él cuando un rostro familiar me hizo un gesto. Mala cosa. Mi siguiente asalto sería con Fátima.

El impacto que le supuso la nueva Clara había pasado y volvía a ser la Fátima de siempre. Lo aprecié en sus ojos, brillaban de desprecio. No debería ir... pero mis piernas se negaron a detenerse. Avancé hasta la muralla, porque allí estaba ella, cerca de las escaleras que llevaban a lo alto. No vi ni rastro de mi hermano o de Arturo, pero supuse que no andarían muy lejos.

A un paso, ella desenfundó su cuchillo y lo dejó en uno de los huecos de la muralla. Me contuve para no reírme. ¿Realmente creía que me preocupaba un ataque por su parte? De ser así, la habría matado fuera. Mi orgullo saltó como un resorte, porque me sentí ofendida. Por seguirle el juego, yo hice ademán de desenfundar mi arma, pero me detuve al rozar la culata.

—Bah, paso de pijadas —dije, cabreándola—. No voy a atacarte ni tú a mí. No es por el gran amor que nos profesamos. Ambas lo hacemos por Guillermo.

Acertaba de pleno, y eso logró que enrojeciera de furia. Fátima quería a la Clara incompetente y sumisa. Mala suerte, sobre todo porque la culpa de que esa Clara ya no existiera era suya. Hablar le costó de tanto que apretaba los dientes.

—Tu hermano quiere que arreglemos nuestras diferencias y yo no tengo ganas de que me mates mientras duermo.

Puse los ojos en blanco con desdén, espoleándola un poquito más.

—Primero, las diferencias siempre han sido movidas tuyas. Segundo, si quisiera matarte, de verdad, ya estarías muerta.

Como Fátima siguiera enrojeciéndome le reventaría la cabeza. Ahora sí parecía deseosa de asesinarme. Su actitud rabiosa me puso en guardia, pero ni pestañeé.

—¿De qué vas, imbécil? —preguntó Fátima, escupiendo las palabras—. ¿Ahora eres la reina del baile?

Miré a mí alrededor con falsa incompreensión.

—¿Hay un baile? No tenía ni idea.

Su ataque fue inminente. Se lanzó a por mí. Fátima sabía pelear, yo también, pero ella tenía más cuerpo. No me convenía que la pelea fuese larga ni podía arriesgarme a que hiciese blanco.

La esquivé, a traición le puse la zancadilla y ella cayó de bruces contra el suelo.

—¿Mejor?

Se levantó impulsada por el orgullo. Su mirada fue más fría que nunca. Por eso, mi arrogancia surgió inmensa.

—Me juego el cuello a que ahora te arrepientes de haberme dejado atrás, ¿eh?

Pensé que atacaría de nuevo. Por el contrario, Fátima rompió a llorar. No de pena, sino más bien de angustia.

—Me arrepentí hace años, mil veces —musitó, con voz tomada, obra del ataque de histeria—. ¡Lo perdí todo por tu culpa! ¡Por ti! ¡Siempre tú! ¡¡Te odio!!

Sus gritos atrajeron la atención de los allí reunidos. A mí dejó de hacerme gracia el encuentro. Busqué a los míos y me sorprendió ver que Tarik ya no estaba en la muralla. No muy lejos, hincaba la rodilla sobre la espalda de Arturo, para mantenerlo pegado al suelo. En una actitud similar, Nailah retenía a Guillermo. Mi hermano y el mellizo reflejaban en sus rostros lo que temían, que yo matase a Fátima. Tarik y Nailah se mantenían inexpresivos, a saber qué creían o esperaban ellos. Su misión era solo la de evitar entrometidos. Me sentí mal, sin saber bien por qué. Fátima parecía rota, hundida, un sueño hecho realidad, que no traía la satisfacción esperada. En ese momento, yo prefería que se abriera la tierra y me tragara.

—¿Por qué? —gritó Fátima, fuera de sí—. Siempre lo has tenido todo, tan fácil. ¡Mírate ahora! ¡Yo me he quedado sin nada, pero tú has ganado sin mover un puto dedo!

Las palabras me acorralaron, alejándome de cualquier control. Lo que decía carecía de lógica. Iba a replicar, pero ella siguió, imparable.

—¡No te lo mereces! ¡Todos perdemos, pero la gente como tú...!

Ni siquiera pensé, atacé, porque me estaba haciendo daño. ¿Cómo podía insinuar que lo había tenido fácil? ¿Qué no había perdido nada? ¿Qué no sufrí como ella? Hablé, pero ni yo misma fui consciente de lo que decía. En mi cabeza, no dejaban de sucederse los momentos estelares de mi vida. Desde que era una cría a la sombra de los tres, pasando por la muerte de mi padre, el grotesco fin de mi madre, la caída de Lucas. Mis sentimientos hacia Tarik, el desastre del comienzo, el terror del posible final. Todo el miedo, la indefensión, el dolor, iniciaron una reacción en cadena que me hizo caer sobre Fátima. Ella trató de hacerme frente, pero yo estaba mil veces más dolida. Y en ese momento, solo pensaba en infringir el mismo daño.

El grito de Nekhbet me sacó de la espiral que supone la locura. De pronto me vi sobre Fátima, sentada a horcajadas, con el puñal que ella dejó en el saliente de la muralla listo para hundirlo en su cuello. Su bonito rostro estaba salpicado de sangre, amoratado, por unos golpes que no recordaba haber dado. Su mirada me hizo sentir repulsa hacia mí misma. No dejaba de odiarme, pero, como yo, no quería morir. Fue en ese momento cuando caí en un detalle realmente triste.

—Te conozco de toda la vida —susurré, casi sin voz—, y no conservo ni un solo recuerdo bueno.

Los ojos que me devolvían la mirada no reflejaron arrepentimiento ni tristeza.

—Yo tampoco —replicó, casi sin fuerzas, antes de quedarse inconsciente.

Me aparté de ella para enfrentar un millón de ojos cargados de sorpresa, incomprensión e incomodidad. Solté el arma. Como si hubiese sido la señal pactada, Tarik y Nailah liberaron a Guillermo y Arturo. Ambos corrieron en mi dirección. Arturo me esquivó para caer de rodillas

junto a su hermana. Guillermo se detuvo ante mí, pero sus ojos iban hacia Fátima brillantes de preocupación. Yo apreté los labios con fuerza. No iba a disculparme, y más le valía a mi hermano no pedirme explicaciones. Tras un tiempo incierto, Guillermo sacudió la cabeza y me rodeó para ayudar a sus amigos.



Huí. Me refugié en los escalones que conducían a la parte más alta del castillo. No quería estar con nadie ni dar explicaciones ni recibir consuelo. Necesitaba aclararme, porque me las veía con un mundo de sentimientos encontrados. Antes, Fátima siempre había sido mi referente. La idolatraba por cosas banales, pero su aceptación era algo con lo que había soñado mil veces. Tras el encuentro, asumía que jamás tendríamos una relación cordial, y a pesar de lo mucho que yo había cambiado, lo lamentaba. Podría haber sido mi hermana, pero el destino se empeñaba en que fuese mi enemiga.

No percibí la presencia de Nekhbet hasta que la tuve sentada a mi lado. La miré de soslayo, convencida de que había perdido un montón de puntos con ella.

—Enhorabuena —dije, buscando fuerza en las baldosas del suelo—. Ya eres tan sigilosa como tu gente.

La niña tomó mi mano. Su piel estaba tibia y su contacto aligeró un poco el frío que yo sentía.

—Igual merece morir —dijo muy bajito—, pero matarla no te hará sentir mejor.

Tarik me había puesto al tanto del papel de la niña. La envolví entre mis brazos y ella se acurrucó contra mi cuerpo, antes de ponerse a llorar desconsoladamente. Imaginé cómo se sentía, porque acababa de vivir algo muy parecido.

—Era tu hermana —murmuré—. No debería haber sido así, no debería haber estado en tu contra. Hiciste lo correcto, pero eso no impide que lamente que no fuera de otra forma.

La cabeza de Nekhbet se movió de forma afirmativa. La sentí cerca de mí de un modo indescriptible y la abracé con todo mi cariño.

—Lo siento, Niki —aseguré contra su pelo, tan suave y a la vez fuerte—. No es justo todo lo que has pasado ni lo que te has visto obligada a hacer.

La dejé llorar, sin intención de soltarla así tuviera que pasarme la eternidad en aquella escalera. Cuando empezó a recuperarse, Nekhbet se apartó lo justo para mirarme.

—Estaba triste y sola. Dolía... todo —consiguió decir con una expresión de devoción que me encogió el estómago—... Hasta que llegaste... Tú eres mi hermana.

El nudo en la garganta casi impidió que mis palabras salieran. Acaricié su bonito rostro para desterrar las lágrimas.

—Y tú la mía —aseguré, sin rastro de dudas.

TARIK

Cada persona debe librar sus propias batallas. Por eso, no intervine ni dulcificaría la que estaba librando Clara. Había visto todo el dolor al que la otra mujer la expuso. Estuvo cerca de matarla, y yo la habría dejado, aunque supiera que iba a arrepentirse. Así se lo expliqué a Arturo, cuando caí sobre él para que no se metiera. Aquel hombre me odiaba un poquito más gracias a esto. No mejoró que apuntillase que no era buena idea intervenir entre una hermana y la mujer a la que quieres. Él no negó sus sentimientos hacia Clara, pero le faltó tiempo para escupir que se merecía a alguien mejor que yo.

Ahora, sentado en las cómodas sillas de mimbre en una de las terrazas, sonreí de satisfacción al recordar la cara de Arturo, contraída, cuando puntalicé que igual tenía razón, pero que él jamás estaría a la altura de Clara.

El aire empezaba a enfriarse. Estaba cómodo, pero habría preferido que la silla contigua estuviera ocupada por ella. En cambio, debía darle espacio. Clara vendría cuando se sintiera bien consigo misma. Y en eso no podía ayudarla, solo brindarle apoyo.

La situación estaba bajo control. Nos tomaríamos un respiro antes de salir a eliminar infectados. Ellos no se cansarían, nosotros necesitábamos estar en plena forma. Me resultaba increíble trabajar de verdad en equipo, pero es lo que pasa cuando asumes que tu enemigo te supera. No colaborábamos, ahora realmente convivíamos. Cada cual con sus peculiaridades. Gente viva había quedado fuera, de uno y otro bando y raza, también se sumaban los de la aldea ecológica. Necesitábamos esta unidad para despejar la entrada y que pudiera darse un regreso.

Escuché movimiento, pero no giré la cabeza para mirar hacia la puerta. La silla a mi lado la ocupó el hermano de Clara. Se mantuvo en silencio. Nuestra relación no era precisamente buena, aunque mil veces mejor que la de nuestras parejas.

—Siempre he cuidado de ella.

Parecía querer disculparse. Comprendí que no tenía ni idea de cuánto sabía yo. Cabeceé de manera afirmativa.

—Me contó cómo era —dije atento al horizonte, cuyo cielo gris prometía algo de lluvia para limpiar los estragos de la pelea y aplacar el desagradable olor reinante—. Me habló de ti, de ellos y de lo que vivió después. Ha sido sincera. Si quisiera matar a tu novia ya estaría muerta.

El hombre sentado a mi lado pareció desfallecer en su asiento. Empezaba a comprender por qué Clara no había querido buscar a su hermano. Ambos habían cambiado tanto que se convertían en dos desconocidos. No debe de ser fácil enfrentar a una persona que recuerdas, pero no reconoces.

—Dejó de ser mi novia cuando me confesó lo que había hecho —murmuró Guillermo, y ahí sí lo miré con sorpresa—. Siempre me lo ha contado todo. Conmigo... Fátima no es como ves.

—Tu hermana tampoco.

—Lo sé —dijo con pesar—. Ahora son iguales, y jamás serán amigas.

La voz de Clara nos tomó a ambos desprevenidos.

—Si vais a ponerlos a marujear sobre mí, os dejo solos.

Guillermo sonrió apenas, pero mantuvo la vista al frente. Yo giré la cabeza para encontrarla apoyada en una mesa próxima.

—Qué sigilosa —la felicité.

Me guiñó un ojo con complicidad, lo que logró calentar mi sangre. Me gustaban esos gestos espontáneos. Me gustó mucho más que dejase la mesa, se aproximase, y terminara sentada en mi regazo.

—Aprendo rápido —musitó, antes de darme un suave beso en los labios.

Acogí el roce con gusto. Clara fingía indiferencia, pero estaba tan afectada que necesitaba un punto de apoyo para enfrentar a su hermano. Ser yo su apoyo me provocó una punzada de orgullo y cariño inusitada. Ella apoyó el brazo en mis hombros, yo rodeé su cintura con los míos. Su hermano seguía sin mirarnos, pero no por rechazo, sino porque se sentía dividido.

—La quiero —confesó Guillermo.

Muy en su línea, Clara soltó un resoplido.

—Otro que está como una puta cabra.

La sonrisa de Guillermo fue de gratitud. Se armó de valor y habló, todavía con ojos esquivos.

—Arturo me contó que sabes lo que pasó con Elisa.

Di por sentado que me excluirían de la conversación, pero ella me puso en antecedentes.

—Era nuestra vecina, coincidimos con ella al poco de todo esto, y Fátima se la cargó porque le hacía ojitos a Guillermo.

—No fue... así —lamentó Guillermo—. No exactamente. Fátima...

—Ya, celosa —atajó Clara—. Eso también lo entiendo.

Por la mirada que me lanzó Clara, yo debería saber a qué se refería. El rostro de Tiye apareció en mi cabeza y sonreí. Sabía que estaba celosa, pero nunca me planteé que ella fuese a hacerle daño a Tiye, aunque sí comprendía las ganas que pudiera tenerle.

—Elisa quería que viniéramos a la fortaleza —continuó Guillermo, atrapando nuestra atención—. Había oído hablar de este sitio. A mí me sonaba muy bien. Pensaba en ti, en cómo protegerte, porque tú has sido mi prioridad siempre. Fátima, en cambio, desconfiaba de este lugar, de todo. Decía que lo único seguro éramos nosotros. —Guillermo se sumió en un silencio. Lo que pasase por su cabeza era desagradable por el modo en el que enrojecieron sus ojos—. Pasó por mucho, Clara, la han atacado... en muchas formas.

Clara se encogió. Su expresión se tornó triste. Supuse por donde iban las agresiones que pudiera haber sufrido la chica, porque los infectados eran solo uno de los riesgos ahí fuera.

—No estaba en su mejor momento —susurró Guillermo—. Fue por mí, pero solo en parte. Le habían hecho daño y se defendía de cualquiera que intentase separarnos. Matarla no la ayudó. Cuando me confesó lo que había hecho y sus motivos... la entendí. Ahí empezamos a estar juntos como pareja, aunque ella me quería más que a la inversa.

Saqué en claro que eso había cambiado a lo largo de los años, y era algo de lo que Guillermo no se sentía orgulloso. Al parecer, empezó con Fátima quizá por mera proximidad, pero no porque la quisiera. No era su prioridad, su única prioridad estaba recostada contra mi pecho. Guillermo señaló a su hermana, pero su mirada seguía perdida en el cielo encapotado.

—Contigo siempre ha sido dura, pero más que celos, fue envidia. Su madre los quería, pero debía trabajar tantas horas que ella no podía sentir ese cariño. Su familia era la nuestra. Mamá y

papá lo eran todo para ella, igual que yo. Con Arturo sí mantiene una buena relación, pero no es ni la mitad de fuerte que la nuestra... y no mejoró cuando se dio cuenta de que él también te quería.

La risa de Clara fue una mezcla de nervios y rabia.

—Pues lo disimulaba de maravilla.

Guillermo al fin se encaró con nosotros. Nos miró con seriedad.

—Arturo adora a su hermana, lo último que quería era hacerle daño y sabía que tú eras el foco principal de sus problemas. Tampoco ha sido fácil para él, ¿sabes? Tuvo que escoger entre vosotras, y deberías respetarlo por mantenerse leal.

Me armé de paciencia porque sabía cómo iba a reaccionar Clara.

—Oh, no —siseó ella, a la defensiva—. Hay muchas formas de hacer las cosas y los insultos, los disparos de advertencia, sobran.

Guillermo se enderezó en su sitio, listo para defender a su amigo.

—¡Él intentaba ayudar a su hermana y pelear contra lo que sentía!

Clara se mordió la lengua, igual porque llegados a ese punto daba lo mismo. Con un gesto de la mano invitó a Guillermo a seguir hablando. El líder que yo había visto, el hombre peligroso estaba de vuelta, y fue inevitable que me pusiera en guardia.

—Tras la caída del hospital, lo primero que Fátima hizo fue contarme que eras inmune —compartió sorprendiendo a su hermana, mientras adoptaba un tono algo altivo—. No se lo dijo a Arturo, ni mucho menos a ti...

—¿Lo sabías? —cuestionó Clara, dolida—. En la casa rural ella te dijo que se me habían echado encima, ¿qué era uno de ellos!

Los dos hermanos se miraban con idéntica actitud de reto. Si no relajaban las formas, lejos de acercarse se separarían para siempre.

—Y por eso supe que mentía —sentenció Guillermo—. Por eso quise buscar tu cuerpo. Cuando recobré la consciencia también lo sabía Arturo. Él me dijo que había ido a buscarte, pero no te encontró, y yo también volví. Fue en balde. Ahí... se terminó lo nuestro, y he hecho todo lo posible por hacerle daño. Seguimos moviéndonos juntos, los tres cambiamos. Nos unimos al grupo de la mujer, no teníamos alternativas, pero tampoco nos quitaba el sueño lo que le sucediese a los que vivían aquí o a los del poblado. Y estaba rabioso con ambos. En estos años, no hemos sido un equipo, tenlo por seguro.

Sentí una especie de empatía no por Guillermo, sino por Arturo. Él había sufrido más que cualquiera y también era el único que no obtendría recompensa alguna. Lo lamentaba por él. A veces las decisiones correctas nos llevaban al fracaso, y Arturo parecía haber ido sumando una tras otra.

—Entonces... —dijo Guillermo con derrotismo. El arranque se fue y volvió a arrellanarse en el sofá de mimbre.

—Regresé de entre los muertos —intervino Clara.

Guillermo asintió y le lanzó una mirada dolida. El reproche fue evidente.

—Yo no dejé de buscarte —protestó—. Fuiste lo único que me mantuvo con vida.

Clara tuvo la decencia de no replicar, y se justificó por limar asperezas.

—Yo no quería, pero tampoco pude evitar pensar en ti... No lo sé. Si no quisiera encontrarte, me habría largado al segundo, aunque fuese con una sombra de más pegada a los

talones.

Me sonrió e imité su gesto. Quería besarla, llevármela de allí y dedicarnos tiempo, pero la charla no había terminado. Guillermo se frotó el rostro en señal de agotamiento.

—Fátima se comprometió a dar su vida por recuperarte. Fue ella quien se la jugó y cambió los explosivos.

—Y tú la perdonaste —aceptó Clara sin censura.

—No, no la he perdonado.

—¿No estáis juntos?

Guillermo sacudió la cabeza. Yo recordaba el beso que presencié, y también el modo en el que se miraban o el miedo que expresó cuando Nailah lo inmovilizó para que no interviniera en la pelea.

—Menudo mártir —soltó Clara, volando por los aires cualquier tipo de sensiblería.

Yo dejé caer la cabeza, porque la chica acabaría enemistada hasta con su propio hermano. Guillermo empezaba a conocerla, porque lejos de sorprenderse, enderezó los hombros y le lanzó una mirada fulminante. Clara sonrió con regocijo.

—Sabes que tú eres el responsable principal de que yo fuese una inútil, ¿verdad?

—Clara, no... —supliqué en mi lengua, para evitar el enfrentamiento. Hizo oídos sordos.

—Me protegiste, yo era tu prioridad —enumeró, con aire serio—. Ellos minaban mi seguridad, pero tú impediste que desarrollase defensas. Sé que lo hiciste con toda tu buena intención, una parte de mí lo agradece, pero otra te lo está reprochando.

Me mantuve muy quieto, porque seguro que Guillermo se defendería. Tampoco quería intervenir en esta batalla. Por el contrario, Guillermo dejó salir una sonora carcajada repleta de ironía.

—Eso era justo lo que me echaba en cara Fátima. Decía que tú no sabrías defenderte mientras los demás lo hiciéramos por ti.

—No lo reconoceré ante ella, pero tenía razón —aceptó Clara, antes de resoplar—. Sí tuve suerte, muchísima, porque podría haberme ido rematadamente mal. No fue un camino de rosas, pero me ha traído hasta aquí.

Clara dejó mis piernas y echó a andar para escapar de lo que fuera que agitaba su cabeza.

—Lo mejor que ha hecho por mí fue abandonarme. Deja de hacer el imbécil y júrale amor eterno —refunfuñó, de camino a la puerta. Ahí se volvió, más seria que nunca—. Yo ya le he partido la cara, por mí solucionado, pero volveré a hacerlo como se le ocurra provocarme.

No pude evitar reírme. Me levanté para ir tras ella. Guillermo también dejó su sitio. A mi lado, su voz, fría y peligrosa, se coló en mi cabeza.

—Como le hagas daño a mi hermana te arrancaré el corazón.

No perdí la sonrisa, pero en un parpadeo lo sujeté del brazo, se lo retorció, hasta que su mejilla descansó sobre la mesa. Me incliné para hablarle al oído, a ver si así entraba mejor el mensaje. Me caía bien, más o menos, y estaba claro que Guillermo necesitaba un poco de ayuda.

—Si le hago daño, me lo arrancará ella misma —reconocí con orgullo—. Tu hermana sigue necesitándote, pero no para que la protejas. Valora lo que tienes o la perderás para siempre.

CLARA

Las reuniones fueron una constante, porque antes de empezar a movernos debíamos saber hacia dónde. Se decidió, a grandes rasgos, que en cuanto nos librásemos de los infectados que sitiaban la fortaleza, mantendríamos cada cual su sitio. Es decir, la comunidad ahora reunida entre las murallas volvería a dispersarse entre el poblado, la fortaleza y la aldea ecológica. Sin embargo, mantendríamos el contacto y libertad de movimientos por los problemas que pudieran presentarse. Con esto, me pregunté cuál sería mi sitio. La aldea la descarté, pero no iba a ser fácil decidirme entre la fortaleza y el poblado. Sabía que Guillermo se quedaría allí. En parte, yo pertenecía más a las murallas que a las casas prefabricadas, pero, tras vivir en el poblado, ya no lograba descartarlo de forma rotunda. No sabía bien por qué pero el lugar me gustaba. Dónde quería vivir Tarik era evidente, aunque no comentó nada ni iba a presionarme. Me resultaba alentador poder entenderme con Tarik sin necesidad de perderme en palabras. Yo no estaba para dar detalles, pero no hacía falta. Él lo sabía, sabía bien por lo que estaba pasando. Sí, había tenido muchísima suerte. Tardamos en regresar a la habitación. Yo fui la primera en tumbarme en la cama. Lo miré con diversión.

—Mira, ahí sigue tu silla.

Se me acercó amenazante, antes de atraparme bajo su cuerpo. Sus labios acariciaron mi cuello.

—También fue tu silla, pero ambos necesitamos la cama.

Por cómo lo sentí, sí, ambos íbamos a necesitar esa cama en ese momento, aunque no para dormir. Enredé mis brazos en torno a su cuello. Sentí una de sus manos recorrer mi cintura y me estremecí de placer, pero también porque en ese lado me había golpeado durante mi viaje con Akil por el tejado.

—¿Estás bien? —preguntó, con la misma suavidad con la que me tocaba.

—Estoy molida, igual que tú —reconocí, demasiado excitada para que me detuvieran un par de moratones.

El roce de su cuerpo me arrancó un gemido. Sus labios atacaron los míos sin intención de darme tregua. Mis manos se aferraron a él, mientras diversos calambres me recorrían de pies a cabeza.

—Como se dé un asalto, no van a poder contar con nosotros —aseguró Tarik, mientras nuestras manos colaboraban para librarnos de las ropas.

Me hizo gracia, pero era muy probable que me quedase inconsciente.

—Que aprendan a apañárselas solos, no vamos a estar ahí siempre —asegué, siguiéndole la broma.

Nos reímos juntos, antes de dejarnos llevar por otros sonidos mucho más gratificantes. En ese momento, la fortaleza podía irse al infierno que a ninguno de los dos iba a importarnos.



Un nuevo amanecer nos encontró en la terraza de la habitación, donde había un cómodo sillón de mimbre, y sin la menor intención de regresar a las zonas comunes. Primaba el descanso y asentar los pilares de un nuevo comienzo. Se decidió posponer las tareas de limpieza hasta estar recuperados, pero un nuevo plan estaba en marcha. Había que desviar la atención de los infectados para alejarlos un poco de las murallas, fragmentarlos y, poco a poco, se iban puliendo los detalles. Ahí entraban las personas que habían quedado fuera. Como nosotros, también ellos se reagrupaban y recuperaban. Después, se encargarían de las distracciones necesarias para ir dispersando al mundo de infectados que nos retenía. Una vez las puertas se vieran más o menos despejadas, nosotros nos sumaríamos a la batalla. El trabajo en equipo y la preparación aseguraba el éxito, pero la tarea iba a ser agotadora y no exenta de peligros, por lo que mejor esperar a estar todos en plena forma.

Todo eso quedaba en un segundo plano. Tarik y yo hablamos. La conversación empezó cuando abrimos los ojos, y fue saltando de tema en tema con una facilidad de palabra que no habíamos tenido antes. Mi miedo a que lo sentido viniera de la inminente muerte se evaporaba, porque, ahora que veía una vida por delante, no variaba lo mucho que lo quería. Lo mejor, podía tenerlo todo. Viviría con él en el poblado, pero pasaría mucho tiempo en la fortaleza. Por decisión unánime todo habitante de los tres lugares recibiría adiestramiento y yo formaría parte de quienes enseñaban. Otros realizarían partidas de reconocimiento, unos pocos se quedarían lejos de los riesgos. Sin saber bien cómo, Arturo se coló en nuestra conversación. El amigo de mi hermano me evitaba, eso era evidente y yo conocía el motivo.

—Entiendo que esté avergonzado —comenté, mientras la respiración de Tarik me mecía, al tener la cabeza apoyada en su pecho.

Como no, Tarik no estaba de acuerdo. Una de sus manos jugaba con mi pelo, impidiendo que la ligera brisa lo acercara a mi rostro.

—Avergonzarse por querer a alguien es la mayor estupidez que he oído, pero no me sorprende de vosotros.

Puse los ojos en blanco. Debería explicarle que la vergüenza no venía por querer, sino por no ser correspondido, pero igual seguía sin entenderlo.

—Oye, ¿tú sabes lo que es el despecho? ¿Los celos? —protesté. La aplastante seguridad en sí mismo que mostraba conseguía sacarme de quicio.

Tarik se movió, yo alcé la cabeza para tener su rostro a un palmo. Su mirada me recorrió de forma intensa.

—Lo sé, lo he sentido —dijo, culpándome.

Ahora sí que estaba perdida. ¿Le había dado motivos para sentirse despechado o celoso? ¿Cuándo? No había tenido tiempo ni habían estado las cosas para flirtear precisamente.

Mi expresión volvió a ser delatora, porque poco tardó en reírse con esa cadencia que agitaba todo mi cuerpo. Al segundo, sujetó mi nuca y me besó, para después susurrar contra mis labios.

—Me sentí despechado la mañana siguiente de estar juntos, por ejemplo. Actuaste como si lo sucedido no tuviese relevancia.

—Sí... eh... —No pude decir más.

—Me he celado hasta de Gyasi, por lo bien que os entendíais. Sobre todo de Arturo, porque lo que ha contado tu hermano yo ya lo sabía.

Los sentimientos de Arturo hacia mí eran algo que no sabía cómo tomarme, ni sabía cómo

sentirme. No lo quería de forma romántica, pero sí como parte de mi familia.

El suspiro de Tarik me devolvió a la terraza. El día avanzaba envuelto en la escala de grises que implicaba el humo de los diversos incendios, por suerte ya extintos. Me inquietó el modo en el que me miraba, me preocupó que dudase. Sentía celos, y yo sabía bien lo mal que se pasaba con ellos. No quería eso para Tarik. Mis manos atraparon su rostro.

—Te quiero a ti —dije, con suma entrega—. No sé si en tu mundo existe el divorcio, me aterra que llegue un día y cambies de idea o cambie lo que me haces sentir, pero...

—Lo sé —dijo, interrumpiéndome con expresión tan dulce que me rendí por completo. Estaba loca por él, enamorada de un modo inexplicable. Aturdida por lo mucho que experimentaba, casi paso por alto su ceño fruncido, como si buscara un modo de decirme algo complicado—. Lo que tú y yo tenemos... no varía, Clara. Sé que no puedes verlo, pero va más allá de un compromiso corriente. Sí existe el divorcio, sí pueden variar los sentimientos en cada individuo, pero nuestros matrimonios tampoco implican lo mismo que los vuestros. Se trata de trabajar en equipo, complementar a la otra persona bajo unos mismos términos.

Juraría que eso mismo teníamos nosotros. De nuevo, mi expresión le hizo reír y yo me sentí como una idiota.

—A mí no me hace gracia —protesté. En otro movimiento imprevisto y repentino, terminé sentada sobre sus piernas, mientras él me abrazaba con fuerza—. Esto sí me hace gracia.

A él también porque rio, sin dejar de estrecharme entre sus brazos.

—Lo nuestro va más allá, porque ninguno tiene elección, coyote —aseguró, provocándome un escalofrío con sus palabras y con la sensación de su aliento en mi cuello—. No varía, no se termina. Tampoco se elige. Es el destino.

El cariño, combinado con los nervios, me arrancó una carcajada.

—El destino —repetí. Necesitaba tomármelo con humor o me ahogaría entre intensidades.

Tarik no iba a dejar que me protegiese. Sus manos atraparon las mías, entrelazando nuestros dedos. Sus ojos oscuros brillaban cargados de aprecio.

—Sí, el destino —dijo muy despacio, inamovible—. Me contaste que oíste hablar de este lugar mil veces. Podrías haber llegado mucho antes, cuando ninguno estaba preparado para esto. Pudiste llegar demasiado tarde o no haber venido nunca. Sin embargo, llegaste en el momento preciso, para vértelas con tu pasado. Y yo salí a tu encuentro, porque, de no haber sido tu guardián, jamás te habría conocido.

Tenía sentido. Una sucesión de casualidades, tras un abrupto camino. Los labios de Tarik acariciaron mi mejilla de forma suave, pero logró nublármelo todo. Mis pensamientos perdían coherencia, pero algo resaltaba bien claro: estaba en el lugar correcto, con la persona adecuada, para poder tener una vida que mereciera la pena, rodeada de gente que me importaba. La pregunta de la madre de Tarik, «¿Por qué sobrevivía?», por fin tenía respuesta.

—Gracias por salir a mi encuentro —conseguí decir.

Nos fundimos en un beso largo y profundo, de anhelo y de entrega. Al separar nuestros labios, Tarik me sonrió de esa forma que lograba alcanzar hasta mi alma.

—Gracias por dejarme encontrarte.

AGRADECIMIENTOS

Esta vez seré breve. Esta parte nunca es fácil, son muchas personas a las que tengo que darles las gracias, y al final siempre queda algún nombre perdido en la memoria.

A los seguidores del Rincón de Nesa, a quienes comentáis en redes sociales, Amazon, Goodreads o dónde sea, porque cada palabra vuestra ayuda. Que le deis una oportunidad a mis historias ya es motivo de agradecimiento.

Al igual que al inicio del libro, te lo agradezco sobre todo a ti, por animarte a conocer a Clara y a Tarik, acompañándolos en su itinerario.

Espero que hayas disfrutado esta aventura.

Contents

1. [Copyright](#)
 1. [Nota del Editor](#)
2. [ITINERARIO](#)
3. [TARIK](#)
4. [CLARA](#)
5. [TARIK](#)
6. [CLARA](#)
7. [TARIK](#)
8. [CLARA](#)
9. [TARIK](#)
10. [CLARA](#)
11. [TARIK](#)
12. [CLARA](#)
13. [TARIK](#)
14. [CLARA](#)
15. [TARIK](#)
16. [CLARA](#)
17. [TARIK](#)
18. [CLARA](#)
19. [TARIK](#)
20. [CLARA](#)
21. [TARIK](#)
22. [CLARA](#)
23. [TARIK](#)
24. [CLARA](#)
25. [TARIK](#)
26. [CLARA](#)
27. [TARIK](#)
28. [CLARA](#)
29. [AGRADECIMIENTOS](#)

Landmarks

1. [Cover](#)
2. [Table of Contents](#)